HERMENEGILDO DE LA CAMPA

19 CUENTOS

ESCRIBIR UN CUENTO

19 CUENTOS NO PREMIADOS Y COMENTADOS

Y

SUGERENCIAS DIDÁCTICAS PARA ENSEÑAR

A ESCRIBIR UN CUENTO



HERMENEGILDO DE LA CAMPA

19 CUENTOS NO PREMIADOS Y COMENTADOS Y SUGERENCIAS DIDÁCTICAS PARA ENSEÑAR A ESCRIBIR UN CUENTO

Segunda edición

GRANADA

2008 AÑO INTERNACIONAL DE LAS LENGUAS

ISBN: 978-84-9916-141-9
DL: PM 1241-2009
Impreso en España / Printed in Spain
Impreso por Bubok

A mis queridos alumnos que fueron los motivadores de este libro y que me acompañaron, con entusiasmo durante 19 años, en el Concurso de Cuentos "Hucha de Oro" de la CONFEDERACIÓN DE CAJAS DE AHORRO DE ESPAÑA

ÍNDICE

SUMMARIO IN INTERLINGUA

In le PRESENTATION on expone le importantia de que le institutiones educative sia inseniante del capacitate de scriber. Ab le Etate Medie con le inseniamento del *Grammatica* e del *Rhetorica* ad nostre dies isto ha essite un constante educative.

On questiona si, in nostre schola actual per le prevalentia de summar plus de erudition, ille inseniamento ha devenite minus stimate. Es hora de recuperar le enthusiamo pro que le alumnos aprenhende a scriber. Il es necessari situar iste enthusiasmo in le objectivos prevalente del systema educative preuniversitari. E il es multo pedogogic comenciar per le scriptura plus facile pro un alumno: le redaction de un conto.

Al abundante bibliographia de como inseniar a scriber e de como inseniar a scriber un conto nos, ora, vole presentar un serie de contos que sia un concretion de como nos pote adjutar alumnos pro le initiation in le admirabile arte de scriber contos. Il es le via plus rentabile e plus facile e motivabile pro scriber le primer conto de cata alumno.

On expone 12 consilios o suggerentias concrete pro animar e orientar le alumnos in le initiation del arte del scriptura de contos.

Le enthusiasmo necessari pro initiar le scriptura de contos on incrementa con le opportunitate de que le alumnos participa in un concurso de contos specialmente si es un conscurso juvenile. Le professor pote motivar la participation del alumnos in el concurso de contos si ille es le prime in presentar su proprie conto.

Anque on stimula le alumnos a facer un cursetto de como aprehender a scriber contos, si ille tene opportunitate que hodie on incrementa con le inseniamento virtual.

Le libro contene 19 contos presentate al concurso de contos Hucha de Oro organisate per le *Confederación de Cajas de Ahorro de España.* Cata conto tene un Commentario didactic que expone le adjuta que iste conto pote tener pro le formation del alumno in su innitiation in le arte de scriber e, in concreto, un conto.

In le fine del libro il ha un parve e commentate bibligraphia.

INTRODUCCIÓN

El arte de enseñar a escribir o el deseo-intento de enseñar a escribir debe ser tan antiguo como los primeros proyectos y realizaciones para educar a los niños y adolescentes. Las escuelas que se organizaron con el *Trivium* y el *Quadrivium,* y remontémonos por lo menos a Isidoro de Sevilla, ya comenzaban con la enseñanza de la *Grammatica, Rhetorica, Dialectica*.

Aunque sabemos que también se programaba a veces la *Rhetorica* y la *Poetica* separadamente para distinguir bien lo escrito en prosa del verso, generalmente la Rhetorica comprendía toda la enseñanza para educar en todo tipo de oratoria y de escritura en prosa y en verso.

Parece que los historiadores de la educación y de la enseñanza están de acuerdo en que durante la Edad Media y en sus Escuelas Monacales y Catedralicias se enseñaba a escribir como pieza fundamental de la formación impartida. Con la llegada de la Edad Moderna y la extensión de la enseñanza preuniversitaria en los colegios de las instituciones religiosas docentes como la Compañía de Jesús, los Escolapios y otras instituciones, y más tarde, en el espacio femenino, la Compañía de María y la floración de congregaciones que la siguieron, la enseñanza de la *Rhetorica* se tecnifica. Por tanto, podemos decir que la enseñanza del arte de escribir es una constante del proceso educativo. Pero surge la pregunta, que es más bien un temor: ¿en el siglo XX, en nuestro sistema docente español, la enseñanza de la *Rhetorica* ha ido en regresión?

La anécdota del Ministro de Instrucción Pública de Napoleón III, pavoneándose en el Parlamento al decir "Señores diputados, son las cuatro y media de la tarde y en todos los Liceos de Francia se está estudiando el mismo texto de *De bello gallico* de César", es ciertamente sintomática de un nuevo estilo en que la enseñanza pasa de manos de la sociedad a manos de los políticos. Presumen de democráticos por el origen de su autoridad y caen en el totalitarismo por el estilo y la forma como se administra esa autoridad. La subsidiariedad desaparece de su horizonte. Estos políticos son los que después, legislando y reglamentando abundantemente, con el balanceo de los partidos, han elaborado un sistema docente más erudito y menos formativo.

Nuestro sistema educativo, en su etapa preuniversitaria y universitaria, durante los siglos XIX y XX ha mirado mucho más a Francia que a los países conservadores de la *Rhetorica* como podemos enumerar a Alemania y el Reino Unido. Sea cual sea la respuesta que demos a si en España, en el siglo XX, ha habido una decadencia de la *Rhetorica,* lo que nosotros podemos afirmar es que cuando por la mitad del siglo XX hemos enseñado oratoria, a nivel universitario, pudimos comprobar que las publicaciones sobre ese tema, si eran españolas era de clérigos para clérigos, y si eran extranjeras y traducidas, eran de seglares y para seglares.

Nada más que hay que enfrentarse, con sentido crítico, ante las polémicas pruebas de Selectividad, en España, para convencerse de que se evalúa la preparación que el alumno tiene ya en conocimientos para

la carrera universitaria que quiere estudiar y no lo que posea en las "vaguedades e imprecisiones" —así la descalifican— de si sabe escribir, si sabe pensar, si se entera de lo que lee, si sabe analizarlo y evaluarlo. Para no hacer polémica demos por válido, por ahora, que en España la erudición, el tener datos —lo cual es más fácilmente evaluable— prevalece sobre la formación, el saber hacer cosas —lo cual es de más difícil evaluación. Esta afirmación concedida, lo que sí podemos constatar como compensación a nuestros males y como una conquista positiva es que aunque nuestro sistema educativo esté recargado de erudición y falto de formación, el propósito de enseñar a escribir sigue afirmándose y con intensidad, sinceridad y deseo de hacerlo eficaz.

Ahora, más que lamentar males y exhortar a bienes en el mundo docente, de lo cual ya hay bastante, lo que pretendemos es presentar una modesta experiencia de cómo enseñar a escribir.

La bibliografía de cómo enseñar a escribir es abundante y ahora la estimamos y la damos por supuesta. Pero sí, tal vez, falten realizaciones concretas de cómo enseñar ese arte maravilloso de enriquecer a los niños y adolescentes en el arte de expresar su interior.

Hay primeramente que entusiasmar a los alumnos con el ejercicio de la escritura personal, original, creativa.

El entusiasmo es un bien escaso. No en vano la etimología de la palabra nos sitúa en *en-theós-si-smos* 'en dios situarse o ser arrebatado por el dios', como pasaba con las pitonisas. Un recurso para entusiasmar al alumno, que tenemos confirmado durante diecinueve años, es

invitarlo a que participe en un concurso de escritura de cuentos. Nosotros íbamos con nuestro cuento que queríamos presentar al concurso, lo leímos en clase e invitábamos al alumnado a concursar. En un colectivo siempre hay quien responde a tal invitación.

Otro dato de experiencia es la conveniencia de empezar por un cuento cuando queremos invitar al alumno para que empiece a escribir. Los géneros literarios son múltiples pero hay unos géneros más fáciles que otros. Escribir poesía es factible pero el alumno se siente inhibido, le resulta más difícil, tiene que tener una habilidad, en parte y solo en parte, innata. No en vano *El poeta nace y el orador se hace.* Además los concursos de cuentos son más numerosos. Es verdad que también los hay de narraciones breves pero el cuento siempre tiene más garra.

La enseñanza de cómo escribir un cuento hay que explicarla y establecer en esta explicación como fases de realización:

1ª. Ir buscando un tema, ir pensando en un tema. Ese tema puede ser una experiencia tenida, una narración leída u oída, un cuento que hemos conocido. Cualquier tema, poniéndole arte, puede ser *cuenteable*.

2ª. Una vez que tengamos un tema, el alumno vaya viendo cómo le da una estructura a su escrito. El tema tiene que ser enriquecido. Si el tema es un cuento que él ha leído, para que no sea un plagio tiene que trasladarlo a otras coordenadas, hacer una traducción de sus componentes, presentar el cuento como un doblete de un mismo acontecimiento y buscar mil recursos para hacer

un escrito diferente y original. Viene bien entonces que el alumno construya, que redacte la estructura de lo que piensa escribir, poniendo incluso números: 1º, 2º, 3º. Algunos didactas de cómo escribir un cuento presentan la estructura del cuento en: **presentación, nudo y desenlace.**

3ª. *Cada uno fríe las patatas a su manera,* pero puede venir bien no escribir inmediatamente sino ir pensando sobre el tema. No *consultarlo con la almohada,* que tiene una función más importante: ayudar a dormir, pero ir dándole vuelta en los momentos de ocio.

4ª. Enriquecer la narración del cuento con detalles concretos, con eventos singulares, con lo original y lo imprevisto. Conviene educar a los alumnos en el hábito de la observación, la fijación en los detalles, en lo pequeño. Entre los alumnos mayores vendría bien anunciarles que hay una ciencia novedosa y apasionante que es la etología o ciencia del comportamiento animal y humano. Educar al alumno en ver reflejamente lo que se ve generalmente en superficialidad. *No es noticia que un perro muerda a un guardia pero sí es noticia que un guardia muerda a un perro.* Todos deberíamos ser educados en el proverbio latino *Aquila non captat muscas* (el águila no capta moscas), que aunque se le quiere dar el sentido de que un hombre superior no debe ocuparse de las cosas sin importancia, también vale para denunciar al que se cree superior y no ve lo más elemental que debemos ver todos, y también vale como enseñanza de que hay que fijarse en lo pequeño aunque nos creamos águilas. Consultar la anécdota de Pío Baroja (que explicamos en el comentario didáctico del cuento 5): “Yo

no hago nada extraordinario, escribo lo que veo". El arte de escribir es hacer palabra lo que está en la vista.

5ª. Prestar mucha atención a la adjetivación; sustantivos insulsos ganan relieve y colorido con un adjetivo o epíteto oportuno.

6ª. Utilizar, mientras escribimos, abundantemente los diccionarios. No sólo el *Diccionario de la Real Academia Española* y el *Diccionario del uso del español* de María Moliner, sino también los diccionarios de sinónimos, antónimos, parónimos..., sin olvidar tener a mano el *Diccionario ideológico* de Casares siempre que tengamos el concepto y no encontremos la palabra.

7ª. Una vez que tengamos el cuento escrito, conviene dejarlo dormir y releerlo después de algunos días. Siempre encontraremos posibilidades de mejora y corrección. Trabajando en el ordenador es muy fácil, suprimir, añadir, trasladar. Seguir la enseñanza de Ezra Pound: "El esmero es la única convicción moral del escritor".

8ª. Es conveniente educar a los alumnos para que pongan en común los cuentos que escriban, y así ellos mismos se motiven y estimulen.

9ª. Aconsejar que en nuestras lecturas literarias, tengamos siempre, como una segunda atención, la idea de cómo lo que leo lo podría yo decir de otra manera y en general, pensar en una forma más radical, más acomodada a nuestra idiosincrasia.

10ª. El consejo general de leer lo podemos concretar y tonificar aconsejando leer cuentos, cuando nos decidimos a acudir a un concurso de cuentos. Se da un círculo virtuoso: el querer ir a un concurso de cuentos nos invita a leer cuentos y el leer cuentos nos invita a concursar.

11ª. Los alumnos preguntan la extensión que debe tener un cuento. No hay que fijar una extensión determinada pero cuando se va a un concurso hay que adaptarse a las normas que impongan las bases del concurso. En los *Concursos de cuentos Hucha de Oro*, la base 7ª. era: "La extensión de cada cuento será de tres folios como mínimo y de seis como máximo, mecanografiados a dos espacios y por una sola cara."

12ª. Resumiendo: así como es excelente poesía la que tiene un valioso contenido en un continente bello —eso acontece en los maestros de la poesía, v. gr. San Juan de la Cruz, Antonio Machado...— de la misma manera, persuádase el alumno que él escribirá un buen cuento cuando junten un contenido, un tema, un argumento, una trama valiosa, en un estilo bello y lleno de colorido y originalidades

CONCURSOS DE CUENTOS

Como este libro ha tenido feliz publicación gracias a que unos colectivos se animaron a participar en concursos de cuentos, nos sentimos llamados a recomendar que un refuerzo de motivación para educar a escribir un cuento es animar a los alumnos a que

participen en concursos de cuentos. Los medios de comunicación nos tienen informados de ellos. Ahora, solo queremos insistir en el *Concurso de Cuentos "Hucha de Oro"* que la *Federación de Cajas de Ahorro de España* convoca anualmente y también podemos recomendar de manera rectilínea los concursos que se dirigen a adolescentes y jóvenes.

En nuestro deseo y esfuerzo para que los alumnos aprendieran a escribir cuentos, escribiéndolos ellos mismos, tuvimos la oportunidad durante diecinueve años de ir al *Concurso de Cuentos "Hucha de Oro"*. Yo escribía cada año un cuento, los leía en clase y animaba a los alumnos a que ellos concursasen conmigo. Esos cuentos —ninguno de los cuales fue premiado— son los que incluimos en este libro. Hemos añadido a cada cuento un **Comentario Didáctico** en el cual queremos hacer resaltar la utilidad que pueda tener ese cuento para motivar a concursar y además dar pistas concretas para facilitar la escritura de un cuento. Conste, como testimonio de gratitud, que aunque el jurado no premió ningún cuento, el Director General de la Confederación Española de Cajas de Ahorro nos obsequió muchos años con la publicación de los cuentos premiados y finalistas: lo que es de agradecer mucho, y nosotros aprovechamos esta ocasión para hacerlo.

CURSILLOS SOBRE CUENTOS

Otro recurso que queremos enfatizar es la participación en cursillos que nos eduquen y entusiasmen a escribir cuentos. Sólo ahora queremos citar uno entre tantos como proliferan. Es *Háblame de los Cuentos*.

Empleo del cuento para la adquisición de habilidades lingüísticas. "Tardes de cuentos". Ha diseñado el curso Encarnación Corral Pulido. El Diploma lo expide la *Fundación VERBUM* y el *Instituto del Lenguaje y la Comunicación* y es reconocido por la Direcció General d' Orientació i Innovació Educativa del Departament d'Educació de la Generalitat de Catalunya. La información que tenemos es de 10.11.2006.

Mi gratitud al colectivo *Grupo de Investigación ÉTIMO del Departamento de Didáctica de la Lengua y de la Literatura, Universidad* de Granada, que ha hecho posible esta publicación. Especial gratitud a la profesora Rosalía Crespo Jiménez por su colaboración ilustrando estos cuentos que ha leído con tan optimista entusiasmo. Al autor José Gómez Muñoz se debe especial reconocimiento por la maquetación de este libro.

1. LA MEJOR AGUA

Mira, vamos, vamos a subir para que pruebes lo que es agua, sólo agua, no esos líquidos sofisticados de la publicidad, agua pura, agua hecha de nieve, agua penetrada de sol, agua rizada por el aire puro de las montañas, para que te enteres a-gu-a, ven conmigo a la *Fuente del Avellano*, y gozaremos de las vistas de Sierra Nevada y de la Vega de Granada, porque, ¡bendita sea tu alma! no me puedo callar, que no, que no me callo, que te lo digo, que *Dale limosna mujer que no hay en la vida nada como la pena de ser ciego en Granada,* y métete en el alma, en el fondo del alma, ese cielo, esa luz, mira ahí lo tienes, ¿no lo ves? ese es el Dios o la *Natura* de Baruk Spinoza; ese es el "mil gracias derramando pasó con esos sotos con presura", de San Juan de la Cruz.

Vamos que no, que no hay nada, que te lo digo yo, que se me derrite el alma de emoción, que el *Suspiro del Moro* fue poco, que no es leyenda, que no, que es la pura verdad, más pura, qué sé yo si más o menos pura que la *Fuente del Avellano,* que cuando se mira Granada con ojos puros todo es poco y que nos tenemos que ir a la vendimia a La Mancha y que no volveremos a verte, oh Vega mía, hasta que Dios quiera y que nos marchamos mañana y que hoy nos debemos de hinchar de esta agua y de este cielo y que se nos meta en los tuétanos y que nos emborrachemos de tanto bien, de tanto garbo como Dios ha dejado aquí en Granada, si Granada es "el polvillo cuando Dios se sacudió su manto", y que el tren es muy pesado, ¿no te acuerdas? y el viaje caluroso porque existe el calor, la calor, los calores y las calores y que va mucha gente y las criaturas resoplan y se suda y se

charla y que vamos que se tarda mucho y que tenemos que tener mucho coraje, entusiasmo.

Pues hay que ganar dinero para criar a los chaveas y nada más, que maldito parné, pero que Granada es la tierra del ochavico y que hay que comer y dar de comer y repartir entre todos, "¡chavales! ¡Pan de flor de harina! Mascarlo despasio. Mejor pan no se come en palasio", que la tierra es muy grande y el trabajo a destajo es muy duro, y que si "Jaén se levanta brava con todos sus olivares", Granada, levántate, levántate brava con todas tus maravillas, y entre ellas la más grande la *Fuente del Avellano,* y arráncate, tierra mía, arráncate ya, que ya basta, que hace un sol de justicia y que por la frente corres agua pero no la del *Avellano* sino lo contrario, goterones de sudor y que el sudor es salobre, muy salado y que hay solo cuatro sabores, el sabor a dulce, el sabor a amargo, el sabor a salado y el sabor a agrio y mira que la saliva con el pan sabe a dulce y los orines son amargos y el regüeldo es agrio pero sobre todo el sudor es salado y que unos sudan más que otros y vamos, sí, es verdad pero todos sudan y que unos comen más pan que otros pero todos comen pan o galletas y que hay mucha gente que no sabe que los orines son amargos porque los esquimales tienen que aprovechar el calor y los utilizan para limpiar pero a nosotros nos da asco, habrase visto, nos da asco y escucha ¿sabes lo que dicen?, escucha, yo no lo creía y dicen que en Paris beben sus propios orines, el agua del Sena la purifican, vamos, la mismísima agua de la *Fuente del Avellano*, ¿será verdad?

Y que estamos en la vendimia y que esto es para una película de Felini o para Buñuel y que *Arroz amargo* no es lo mismo que la vendimia en La Mancha pero que esa mujer gorda que ves, bendita sea tu alma, no es

Silvana Mangano pero que hay que saber mirar, mira desde aquí, enfoca la cámara hacia allá, lo ves, si todo hay que mirarlo con cariño, si hay que mirar las cosas, si hay que hablarle al hermano sudor y al hermano amargor y a la hermana Mancha y sobre todo a la hermana agua y el que oyere cantar ¡ay mi canto!, y el que me oyere cantar pensará que estoy alegre, yo soy como el pajarillo que canta cuando se muere, pues no, que te lo digo yo, que yo no estoy triste sino que sé mirar y que yo estuve en Mijas y verás, yo miraba y remiraba y veía que los turistas miraban a las indígenas y los indígenas miraban a las turistas que iban en *burrotaxis* y todos se miraban y todos se quedaban contentos porque mirar es vivir y el que mira vive y el que no mira se muere pero hay que saber mirar y unos miran con el ojo izquierdo —*sinistro oculo* decían los pedantes— y otros con el ojo derecho y yo creo que aquí en La Mancha, en la vendimia, debemos mirar con los dos ojos porque los que miran con el ojo izquierdo serán los que se llaman de izquierdas, ¿no te parece?, bendita sea tu alma, y los que miran con el ojo derecho serán los que se llaman de derechas pero ahora nadie quieren que le digan que es de derechas sino que todos dicen que tienen visión panorámica, vamos como si en La Mancha no hubiese panoramas.

Y qué pensará el compadre Roberto, míralo ahí, dicen que la mujer tiene leucemia y que está más liado que un trompo y mira, te lo digo yo, se lo comen las deudas y mira lo que pasó, te lo voy a contar, es que tiene mucha miga, mira, estábamos todos los de la vendimia frititos por la maldita sed, bueno verás, *la hermana sed* o *la hermanastra sed,* tú verás, me armo un lío y dimos de mano y fuimos a beber y verás, qué agua bebimos, era un agua gorda como una vaca, lo que da la tierra, ¿qué culpa

tiene la tierra si es llana? Llana como la palma de la mano.

Verás, ahora viene lo bueno, pues estábamos bebiendo de aquello que llamaban agua y todos bebíamos en el cubo del pozo, casi dos al mismo tiempo, agarrando la cuerda, aquello no era beber, aquello era abrevar y va y dice el Tomás, ¡ay! ¡ay! , y respiraba profundo, si tuviéramos aquí el agua del *Avellano* y mira, se hizo un silencio porque decía mi maestro que el silencio crea la aristocracia del espíritu y el silencio duraba, duraba mucho, se escuchaba a sí mismo, se cortaba el silencio y el personal bebió y la gente callaba, ¡qué bien se estaba calladito!, pero nada, el Curro no se pudo contener y salió en medio como un torero para una buena faena y dijo, porque el Curro es gitano y del *Sacromonte* y no de los que ganan dinero con los turistas, y va y dice el Curro: “Y tú, Tomás, ¿para qué quieres ahora el agua de la *Fuente del Avellano*? Si ahora, aquí, en la vendimia, en La Mancha, la mejor agua del mundo es ésta, ¿no ves? criatura, no seas payo, ¿no ves que esta es la mejor agua del mundo? no tienes otra” y desde el fondo del grupo, desde el fondo del alma dijo uno: “Vaya con el Séneca, con que la mejor agua es la que se tiene y no hay otra”, y verás, *unos meditando y otros en silencio del bendito pozo todos se partieron y entre aquella flama medité un momento que la mejor agua es la que dé el cielo* y cuando se acabó la vendimia unos parodiaban canturreando *Adiós La Macha, La Mancha mía, nunca volverá verte, nunca en la vida.*

Y a mí se me hizo un nudo en la garganta y siempre que bebo agua me pregunto cuál es la mejor agua del mundo y yo creo que el gitano tiene razón, ¿qué

te parece?, porque yo me digo que para encontrar la mejor agua del mundo podría haber muchos caminos, uno sería empezar a caminar hasta encontrar esa fuente de agua perfecta, ¿la encontrarás?, otro sería fabricarla con la química o con la alquimia y otro sería fabricarla, sin fatalismo, con garbo, con alegría, como hizo el Curro, fabricártela tú en el fondo de tu alma, porque verás, era agosto y en La Mancha a las cuatro de la tarde.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Este cuento se escribió después de leer en clase trozos escogidos del novelista García Márquez, que es modelo de novelas escritas como hablando, sin párrafos diferenciados, todo seguido.

Después se invitó a los alumnos a que escribiesen un cuento con esa técnica literaria y con un tema de su vivencia personal. La técnica de García Márquez la creemos sugerente para aprender a escribir empezando a escribir lo que se habla y como se habla. También estaban invitados los alumnos a incluir en su cuento trozos y frases de poesías y escritos modélicos que se conocen incluso de memoria, siempre que haya una oportunidad para ello. La invitación a escribir estaba reforzada con la sugerencia de que participasen en la edición del *Concurso de Cuentos Hucha de Oro.*

2. EL CUENTO DEL AGUA Y EL AGUA DEL CUENTO



En mi patio tengo un cubo y en el cubo tengo agua. Hoy a escala mundial hay que economizar energía pero también tenemos que economizar agua. Ya tenemos hasta un eslogan internacional y para más, en inglés: *Save water, salve agua.* Solidario yo, pongo el cubo debajo del canalón del agua de los tejados. El canalón está roto y sale un chorro de agua cuando la lluvia es intensa.

El cubo se llena de agua pero de un agua limpia, transparente, como si viniera de un manantial. Viene del cielo aunque pasa por un tejado pero ella misma se autopurifica.

Los botánicos dicen que hablándoles a las plantas y poniéndoles una musiquita apropiada crecen más intensamente. Pero yo digo más: hablándole al agua y sobre todo escuchando al agua, recibiendo su mensaje, *su cuento,* el agua es más agua, es más pura, es más verbosa, más expresiva, es más *la hermana agua.*

El agua en el cubo es un símbolo, nos trae un mensaje, nos cuenta un cuento. Vamos a oírlo. Es un cuento sencillo, no sofisticado, es el lenguaje de lo limpio, brillante y natural. ¿Sabremos oírlo?

Nosotros miramos el agua. Ella nos mira a nosotros.

En los días de invierno el agua del cubo está fría. Cuando se interrumpe la lluvia la superficie está quieta, el agua goza su inmutabilidad, su volatilidad, cada molécula de esa agua ¿dónde estuvo? El agua, la misma agua, ha estado en el aire, en la nube, en el charco, en el vaso, en

la sopa, en el río, en la orina, en la sangre, en el sudor, en la saliva, en el mar, en el vegetal — las coles son un noventa y tantos por ciento de agua— en el pez, en la carne...¿dónde no está el agua? Al principio fue el agua. Por eso Thales de Mileto, el primer presocrático, ciudadano de una ciudad marítima, puso el fundamento de todo en el agua. Pero todo eso tiene mucho que pensar. Si el agua ha estado en la sangre, ¿sangre de quién? ¿de un limaco, de un cóndor, de un terrorista, de un santo, de un premio Nobel? Dime, agua, en dónde has estado, quiero saberlo. ¿Es que no tengo derecho a saberlo? ¿es que no puedo saberlo?. Quiero saberlo, necesito saberlo, ¿es que es malo saberlo? ¿Dónde has estado? Dímelo, te lo ruego.

Mi agua es observadora y cuando alguien se mira en ella, ella lo mira a él. El agua tiene muchos mirones y sin embargo el agua no se hace coqueta, es pensativa, soñadora.

Ayer el agua, mi agua, vio cómo en ella se miraba el sol. El agua veía mucha luz, mi agua jugaba, brillaba con la luz y la descomponía. Eran los siete colores del espectro: rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, índigo y violeta. El sol se está ahora desintegrando, segundo a segundo, sale, se pone, el orto, el ocaso. Mi agua lo ve todo y ella permanece. Cuando llegue la entropía final del universo, existirá el agua.

De noche el agua es más bonita, ella goza más, la luna es más íntima, más confidente, la luna en el agua riela y en el patio sopla el viento. Un proverbio árabe afirma que el amor de la mujer es cambiante como la luna y el amor de los hermanos es firme como las estrellas. Mi

agua ve la luna, se ríe y permanece. La luna menguará, crecerá, se ocultará, el agua subyace.

Y de noche mi agua ve el parpadeo cósmico de las estrellas. La luz de Alfa-Centauro, la estrella más cercana a mi agua, tiene que recorrer cuatro años-luz para que llegue al cubo y mi agua está allí quietecita, expectante, dándonos lecciones de quietud y permanencia.

Yo le pregunto a mi agua cuál es la virtud más difícil para los mortales. ¿Es la paciencia?, ¿la caridad?, ¿la castidad? Y ella inmóvil en el cubo nos grita: ¡LA CONSTANCIA! Porque ésta da aguante a todas las demás virtudes.

De día, cuando no luce el sol, el agua ve desfilar las nubes. Son sus primas hermanas son agua, pero qué distintas al agua de un cubo. Las nubes corren veloces, se sienten libres, o se extasían, se precipita. Las nubes tienen que pensar lo que van a hacer, están condenadas a ser libres, mi agua está ya hecha, es un ser ahí, un estar ahí, ¿hasta cuando?

El aire no sólo mira el agua, la acaricia, la mece. Cuando el viento es suave no se ve nada, es un intercambio entre ellos. Pero si el viento es más fuerte, entonces, la ondula. El agua siente la voluptuosa sensación del soplo, el alma entonces recibe alma, espíritu. La vida es soplo —insufló Dios en el barro— y el agua tiene vida.

Por eso el agua se alegra cuando ve acercarse a ella un ser vivo. El más atrevido es el pájaro, es libre. El pájaro se pone en el borde del cubo. Mi agua comprende

la formación de los mitos. Si ha llovido y hay mucha agua, el pájaro bebe y se marcha. Si hay poca agua, el pájaro intenta beber, se agacha, no llega, el pájaro se ve en el agua, el pájaro se narcisiza, el pájaro se frustra, el pájaro no se realiza, el pájaro se aliena, el pájaro es cosificado por el agua y ésta sonríe, se ríe de tanta banalidad: es *el cuento del pájaro que no pudo beber agua.* Es un cuento banal ¿pero por qué no podemos decir también que es un cuento vano? Pero hay más, antaño era el mito de Tántalo castigado a tener siempre sed y a ver cómo huía de sí el agua de la fuente cuando él intentaba beberla. El pájaro se alarga, no llega ¿quién fuera gaviota?

Un joven español ha ganado el *Premio Holanda* por su estudio y observación del comportamiento de la salamandras. Pero el agua se vuelve a reír; si dan un premio al que observa salamandras, qué me tendrán que dar a mí que soy la observación permanente.

El agua sabe, como el demonio, más por viejo que por demonio. El agua sabe un cuento: "Érase una vez un literato que decía que la gente pensaba dos o tres veces al año porque él, que pensaba tan sólo dos o tres veces a la semana, se había hecho famoso".

El agua observa. Al cubo se acerca el niño pero éste no se contenta con mirar. ¿Será verdad lo que ve? ¿Lo engaña el sentido? ¿Es él, él mismo, el que está en la imagen en el agua? Mete la mano en el agua para comprobarlo pero con su juego rompe el invento. En la era de las centrales hidroeléctricas, de los hidroaviones, en el mundo del hidrógeno descubierto, de los hidratos de carbono, el niño goza, es un inventor ha descubierto el hidrojuego, y el agua dúctil y bondadosa, *la hermana*

agua, se deja acariciar por la mano del niño. El agua lava al niño y sobre su piel impregnada de lanolina corre el agua en forma de gotas. Las gotas juegan al sol de verano. Uno de las más bellas escenas es ver a un niño jugar con el agua. ¡Cómo goza! Agua sobre niño y niño sobre agua. El agua tiene tensión superficial. Las gotas de agua son perlas, llenas, redondas, turgentes. Cuentan, en un humor científico de químicos, que en un laboratorio entró una espléndida joven que era todo un bombón, turgente como una gota de agua sobre la piel del niño. Un químico miraba embobado y su compañero de investigación le dice: "¿Qué miras? si es todo agua, si es todo tensión superficial"
.

¿Qué sería del agua sin tensión superficial?

El niño se hace joven, el joven se hace adulto, el adulto se hace viejo, el viejo se mira en el agua, el agua permanece. Cuentan de un sabio, premio Nobel que afirmaba que tenemos la edad de nuestras arterias pero otro sabio le respondía tenemos la edad de nuestra piel y ésta tiene la edad del agua que tenemos, nuestra edad es la de nuestra piel y ésta la del agua que tenemos, cuando no hay agua, se arruga la piel.

El agua del cubo nos dice: si hay que economizar agua, es porque ésta escasea, en el fondo está el espectro de la escasez de agua. ¿Llegaremos un día a tener sed?

Hay un cuento: En Sevilla un joven había cometido un crimen. Estábamos en la era de los *Regentes.* Estos eran superjueces. No habían conseguido que el joven confesase. Ni con hambre ni con palizas. Entonces un

fiscal pensó en el agua. Tuvo al joven sin comer varios días y cuando ya estaba bien hambriento, le ofreció cariñoso un plato de bacalao con tomate muy salado. El joven se lo comió ávidamente y cuando acabó, suplicó a su bienhechor: ahora le agradecería un vaso de agua. ¡Cómo se hubiera bebido mi agua del cubo! El fiscal le dijo: No te daré agua hasta que confieses tu asesinato. Y el joven, que había resistido palizas y hambre, confesó.

Oí una vez que a cierto personaje le preguntaron qué opinaba sobre eso de que siempre tuviese que haber pobres, y él, sentencioso, respondió: “Sí, siempre tendrá que haber pobres, pero con tal de que no siempre sean los mismos”.

¿Pasaremos sed? Pero dice el agua del cubo que no siempre pasen sed los mismos. A unos el agua les cae bien, a otros les cae gorda. El borracho decía: “El agua oxida el hierro, pudre la madre, horada la piedra, ¿al estómago qué le hará?”

No es mal año por mucho trigo, pero sí es mal año por mucha agua. Cuentan —estamos de cuentos— que un famoso médico afirmaba: Es más dañino un litro de agua que una copa de coñac. Lo que daña es la cantidad.

Llovía mucho y dijo el muchacho: Esto va bien al negocio de mi padre.

—¿Es agricultor?

—No, es lechero.

El agua de mi cubo es agua. En el mundo de los sucedáneos hay que repetir la palabra para que signifique

algo: café, café; leche, leche. El agua de mi patio pasa al lavabo, allí es agua sin aditamento. Se habla de agua de Colonia, agua fuerte, agua brava, agua mansa, agua regia, aguarrás, agua dura, agua salobre, agua cruda, agua blanda, agua delgada, agua angélica, agua de azahar, agua bendita, agua de socorro, agualiche, agualoja, aguada, agua de borrajas, agua abajo, agua arriba..., y para acabar, menos poético: ¡Agua va!, hacer aguas, aguas mayores y aguas menores y mear agua bendita. Pero más estimulante es que esto queda más claro que el agua porque cuando nos llega el agua al cuello lo mejor será echarse al agua para nadar entre dos aguas hasta que las aguas vuelvan a su cauce.

El agua resbala como una dulce caricia sobre el acné juvenil de la adolescente preocupada por su cutis. Gracias a mí, el agua, la espuma de afeitar se forma abundante para que el varón de la casa disimule su deseo de presumir y acicalarse con machacona regularidad y eliminar su barba y mantener un equilibrio entre su barbudo espíritu viril y el afeite que deja su cara como la de su mujer.

Cae en el cubo una gota de agua. El agua contempla al cura del pueblo. También él la visita. Para el cura del pueblo el agua no es solo agua bendita. El cura juega a progre. *El espíritu de Yahweh incubaba las aguas.* El bautismo es emerger del agua donde está lo informe, el pecado. La pesca milagrosa de Jesús en el mar es la pesca en el dominio del Malo, del Leviatán. Cristo vence al Malo en el agua, en campo ajeno.

El agua de mi cubo no tiene prisa y ve también pasar al médico del pueblo con su pequeña barbita —ha

economizado agua— y su aire intelectualoide. El agua de mi cubo le sonríe. Él habla de hidroterapia, de hidropesía, de hidrofobia. El agua es medio de cultivo de todas las bacterias.

Existe el "cuento" de un premio Nobel español, Santiago Ramón y Cajal: éste, en una cena de homenaje, se levantó y peroró sobre la necesidad de lavar la fruta antes de tomarla. Estábamos en la era anterior al invento del lavafrutas. Pidió un vaso y en él lavó muy bien la fruta. Levantaba el vaso y proclamaba cómo allí había infinidad de bacterias. Acabó su discurso y se sentó. Ante su plato permanecía el vaso con agua y los microbios. Siguió la cena y el distraído sabio, cundo tuvo sed, se bebió el agua del vaso y los comensales le gritaron: "¡Doctor, los microbios!".

El cubo estaba en el patio. El pequeño se hizo caca en el suelo. Esto había que limpiarlo. Cogí la fregona, recogí el emplasto, giré el palo, la tela empapó y me dirigí al cubo de mi agua querida, estaba traslúcida, cristalina, reflejaba el sol de mediodía, yo mantenía encima del cubo la fregona sucia, fétida, repugnante, un momento dudé, ¿cuál es el destino del agua? ¿reflejar las estrellas? Lentamente como se hacen las grandes acciones fui metiendo la fregona en el agua, al principio con pudor, con emoción, con sobresalto, después con una mayor decisión, casi con rabia, toda entera, hasta el fondo, el agua cambió de color, dejó de ser agua, entre las palmas de mis manos giraba yo el palo de la fregona, primero en un sentido, después en otro. El fin: por el servicio tiré el agua del cubo.

Tuve que esperar una nueva lluvia para verlo de nuevo lleno de aguas. Recordé el Ulysses de James Joyce: no hay un personaje sino cientos de personajes. El agua me entendía y me respondía: “Comprendo que no haya un protagonista sino un centenar de personajes, comprendo que no haya un argumento”. Mi agua me cuenta sus nuevos cuentos y yo acabo el cuento del agua.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Cuando se invita a los alumnos de primaria y secundaria a componer un cuento, inicialmente se sienten, en general, perplejos y no saben cómo empezar. ¿Qué escribo? Ese es el problema. Para estimularlos, la experiencia nos ha enseñado que es rentable indicarles que piensen en una realidad, una cosa concreta y que sobre ella vayan pensando y construyendo lo que a ellos se les ocurra y vayan redactando lo que ellos saben de esa realidad concreta que han escogido. Asimilar la ingeniosa frase de V. S. Pritcher: “Un cuento es algo vislumbrado con el rabillo del ojo”.

Es también rentable que cuando se les ofrece una realidad se les presente en un conjunto de realidades para que ellos puedan escoger la que les resulte más sugerente. Por ejemplo en este Cuento del agua se ha concretado sobre agua, pero se les podría haber propuesto los cuatro elementos de la cosmología presocrática: *agua, aire, tierra y fuego.* Se puede sugerir: norte, sur, oriente, occidente, de los cuales tendrán referencias y vivencias, por ejemplo: el norte rico, el sur pobre. Los cuatro sabores: dulce, salado, amargo y agrio. Las cuatro estaciones, etc.

Esta presentación tiene lo proclividad de hacer del escrito una narración, un tratadito y no un cuento. Es cierto, pero ello también se puede evitar, y si se consigue que el alumno escriba, ya hemos dado un paso: primero escribir y después escribir cuentos.

En este cuento hemos intentado, por un lado, hacer dialogante y sugeridora el agua, pero también hemos aportado erudición, anécdotas y cuentecitos sobre el agua. Quizá lo más sugerente de la enseñanza de Ortega y Gasset acerca de cómo escribir una novela sería el ir previamente elaborando un buen archivo de notas. De Fellini cuentan que él andaba siempre por la calle con un cuaderno en blanco e iba anotando lo que veía, y cuando ya tenía suficientes notas, dirigía una película con lo que había observado y los demás no captaban con la intensidad y profundidad que lo captaba él. Fellini, con todo eso, hacía una película genial. Dijo Boileau en su Arte Poética: “Antes, pues, de escribir, aprended a pensar”. Es la enseñanza del proverbio latino: *Tene rem, verba sequentur* (Ten la cosa, las palabras fluirán).

3. EL ÚNICO SANTO DESNUDO

Cuenta la leyenda que la cesárea majestad del Emperador Carlos V nunca se sentía tan gran personaje sino cuando bajaba y subía las escaleras del Alcázar toledano.

¿Qué diría el que nació en Gante, se casó en el Alcázar sevillano con la mujer más bella de Europa, tuvo el viaje de novios a Granada, fue coronado en Bolonia, dominaba en los campos de batalla de Europa, tenía prisionero en Madrid a todo un descendiente de los Capeto, el sifilítico Francisco I, y se retiraba a Yuste para, en una tercera edad anticipada, poder conversar con San Francisco de Borja de temas espirituales y de vida eterna? ¿Qué diría tan ilustre personaje si se hubiese visto en su caminar iluminado por los flashes de los fotógrafos, los vídeos de los periodistas y los focos de la televisión?

No tenemos testimonio similar de ningún jefe actual de estado o de gobierno que nos haya manifestado que nunca se sintió más jefe que cuando descendía por la escalerilla de un Boing presidencial al llegar al aeropuerto para una conferencia de alto nivel, antes de subir al podio para presenciar el desfile, ante el cual se habían tomado excepcionales medidas de seguridad y se habían alertado todas las policías. (Cuenta la filmografía que en la película *Un rey en Nueva York* de Charles Chaplin la presentación y la ironía que se hace de todo ese boato y de toda esa tramoya es sencillamente genial.)

Hay algunos vectores que magnifican la vanidad personal: aditamentos en la indumentaria, boato en las

poses, cumplidos y reverencias de los que rodean al personaje.

Cuenta *Qohelet*, el autor del *Libro de los Proverbios,* en la puerta de su bazar oriental, que "*vanidad de vanidades y todo vanidad*". Son vectores de la vanidad el vestido, las joyas y todos los adminículos de la persona.

Cuenta la historia que la mitra era un sombrero motivado por el afán de completar una estatura que no acababa de complacer. Hay que consignar la mitra faraónica de Nefertiti, la mitra persa del Rey de Reyes, la mitra obispal. Y no silenciemos la extinta tiara pontificia.

Cuenta la leyenda que, cuando Napoleón I y su esposa Josefina iban a ser coronados por el Papa Pío VII, en Paris, el 2 de diciembre de 1804, el Emperador, bajo de estatura y crecido en soberbia y en cabeza, ignorante integral de ceremonias y rituales, impaciente en sus deseos dictatoriales, no se pudo contener y se encasquetó él mismo la corona imperial en su espléndida cabeza. El asustadizo Papa casi se desmaya de disgusto y perplejidad.

Cuenta la Historia que, cuando *El Rey Sol* quiso someter a la aldeana y provinciana levantisca nobleza de Francia, atrajo a los aristócratas a su corte de Versalles y los gratificaba magnánimamente con dignarse permitirles que vistiesen al Semidiós. Un noble le llevaba la *chemise royale,* otro el manto. Pero todos eran camareros privados de su majestad. El cuerpo de Luis XVI era purificado y perfumado con agua de Colonia solo en la punta de los dedos. Esa era toda la higiene corporal de aquel que hacía sus necesidades en una cazuela traída por un

sirviente mientras un soldado de su guardia real redoblaba el tambor para evitar que pudieran percibirse inoportunos aunque mayestáticos ruidos.

Cuenta la Historia de la Liturgia romana que, antes del Concilio Vaticano II, los obispos se revestían con sus sagrados paramentos ante toda la asamblea litúrgica para que lo viesen bien. Dulces y levíticos efebos llevaban a su Eminencia Reverendísima los variados y policromos ornamentos. Cuando el cuerpo del Cardenal, inmerso y sumergido en telas se encasquetaba la mitra y pedía el báculo obispal dudábamos —son recuerdos de mi infancia— si entonces el báculo era un símbolo de pastoreo eclesial o el instrumento funcional y necesario para poderse mover y sostener un cuerpo humano que tenía más capas que una cebolla.

Cuenta el chismorreo vaticano que, cuando el Papa Juan XXIII empezó a dejar de usar la silla gestatoria, le preguntaron la razón de ese gesto innovador. El Papa respondió que el balanceo de la silla gestatoria le mareaba. Pero —aquí está el cuento— en intimidad, ese Papa bueno y zumbón dio otra explicación más humana y conforme a su sencillez y naturalidad: no podía subirse en la silla gestatoria porque cuando se veía en ella, revestido y magnificado, con toda la vestimenta papal, y además rodeados por la gente sencilla y aldeana de su pueblo, él, el voluminoso Papa, no podía aguantar la risa de sí mismo.

Cuenta la filmografía que en la crítica y dura película *La Noche de los Generales* — tanto más que en la novela— hay todo un despliegue de la insinceridad y del uso megalomaniático de los uniformes militares:

reconocieron al sádico general por la franja roja de su pantalón, el pantalón de todo un general.

Cuenta la Historia del Vestido que en los *Siglos de Oro* (¡?) las mujeres usaron el guardainfantes. Este era un refajo con aros de ballesta que usaban las mujeres para ahuecar la basquiña de tal modo que en caso de embarazo, no confesable sociológicamente, estuviesen al resguardo de miradas y comentarios impertinentes.
También el fingimiento del vestir femenino multiplicó, para ceñir el cuerpo, los corsés con su tormento de ballestas.

Cuenta la Historia de la Edad Media que el uniforme estudiantil, el *Uniform Dress,* lo inventaron los ingleses y por eso al ver la película *El Graduado,* comprendemos todo el sentido de sofisticación y simbolismo que en el mundo anglosajón tiene la exhibición de vestimentas universitarias.

La exégesis del Evangelio de San Marcos cuenta que Jesús de Nazaret previene contra los fariseos que pasean con *estolas*, pero no se ponen de acuerdo los exegetas al explicar qué cosa son las *estolas.* Unos traducen solemnes túnicas; otros, hopalandas, esas vestiduras grandes y pomposas universitarias; otros, como la Biblia de Jeresalem, *longues robes*, largos vestidos, y otros, como Kirkegaard, *hábito talar.*

Después de tantos cuentos sobre vestidos y trapíos, uniformes y paramentos, nos cuentan que, en el fondo, todo eso es porque se dejan llevar de la vanidad, porque no son santos. ¿Es que el santo está desnudo? Veamos. Cuenta la leyenda que cuando los canónigos de

la Catedral de Sevilla planearon, al final del siglo XV, construir un nuevo templo se dijeron: “Hagamos una catedral tan grande que los que vengan detrás nos tengan por locos”. La Catedral tiene once puertas y la Iglesia del Sagrario a la Catedral unida, dos puertas más. En total trece puertas. Está bien de puertas. En sus frontispicios y capilletas hay imágenes de santos en cantidades industriales, esculpidas entre los siglos XVI y XX. Allí nos hemos dirigidos para poder hacer un cuento con un santo desnudo que no tenga indumentaria, sin distintivo, diríamos con perdón, un santo sin disfraz. Es difícil encontrar una catedral mayor, con más puertas, con más esculturas de santos. Y ¿cuál no sería nuestra sorpresa?: allí hay santos Reyes, Papas, Obispos, Fundadores de instituciones y espiritualidades..., cada cual con su vestido exagerado en una representación iconográfica. No hubiesen sido respetados por la observación crítica y burlona de un Qohelet.

Paseo lenta, reposadamente por las once puertas de la Catedral de Sevilla, ¿a qué voy? Voy buscando un santo, o una santa. Sin corona, sin mitra, sin uniforme, sin basquiña, sin saya, sin hábito, sin nada. Busco un santo sólo santo, nada más que santo, sin aditamentos, un santo *in puribus naturalibus*, un santo todo y solo magro. Voy de puerta en puerta, pordioseando como un mendigo que pide sólo lo necesario, voy con el candil de mi ansia, buscando como un cínico, un santo. Es más difícil que encontrar a un hombre. En mi angustia grito: “¡Busco un santo!” Los turistas que visitan la Catedral de Sevilla pasan en grupos, se oyen todas las lenguas: *wonderfull, le plus grand, questo curioso*..., los turistas que me ven y oyen mis gritos me miran sorprendidos como mirarían a Diógenes el Cínico sus conciudadanos, pero yo sigo

contemplando hacia arriba, veo, busco, me dirijo a otra puerta, quizá en ella estará, ya casi tengo tortícolis de tanto mirar.

Entre aquella pléyade de santos, con gozo, con sorpresa, vi a un santo ligero de ropas, di un grito: ¡ese es! Los turistas me miraron sorprendidos como los habitantes de Siracusa contemplaron a otro hombre desnudo, a Arquímides, que gritaba y corría por las calles diciendo: *¡Eureka, eureka!* (lo he encontrado, lo he encontrado).

¿Quién es ese santo ligero de ropa? Su madre es María, su patria Nazaret, lo mandó matar Pilato, el romano imperialista, su suplicio fue una cruz y consta la causa de su muerte: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Resucitó al tercer día y en este momento de su vida también lo representan tan sólo cubierto de gasas. Pero ¿por qué está desnudo? Quiero saber más de su carencia de traje. La Historia del Imperio Romano nos cuenta todavía más. La crucifixión tenía su técnica, tenía sus trámites. Los dos crucificados con Jesús no podían ser dos simples ladrones. Nunca los romanos castigaron el delito de robar con la crucifixión. Sólo crucifican a los que juzgaban reos de atentar contra la seguridad del Imperio. Si los crucificados con Jesús robaron, algo serían armas y pertrechos contra la autoridad del Imperio. Además, el reo apoyaba sus pies en un soporte, entre las piernas tenía un palo grueso atravesado, el *sedile,* donde asentaba su dolorido cuerpo. Los Romanos siempre crucifican al reo desnudo y no es de sospechar que con Jesús de Nazaret, el oscuro personaje de la levantisca Galilea, tuvieran un trato de deferencia. *El paño de la pureza, el sudario*, fue un añadido medieval que servía de compensación entre la

grande y devota difusión de representaciones del Crucificado y la pudorosa sensibilidad del pueblo que clamaba en este valle de lágrimas.

Por tanto acaba el cuento afirmando que originariamente sólo hay un santo desnudo: Jesús de Nazaret, el Rey de los judíos. Pero ¿no ha habido ningún santo que lo haya imitado en la desnudez? Buscando, buscando se encuentra. San Sebastián, mártir, es también otro santo desnudo. A San Sebastián lo tienen como patrono los gays pues él era legionario romano y los legionarios tenían prohibido el matrimonio. Cuando un legionario romano se convertía, su vivencia de la fe era una experiencia interior. Se manifestaba cuando los legionarios eran obligados a dos cosas, la primera, dar culto al Emperador ofreciendo incienso a su imagen, negarse a ello era, durante las persecuciones, motivo de muerte. La segunda manifestación de su fe era cuando cambiaban de comportamiento en el uso su cuerpo, ya su cuerpo era Templo del Espíritu Santo. Por eso San Sebastián fue asaeteado por los legionarios y lo representan desnudo. Santo muy popular que era un pretexto para el desnudo masculino en el arte.

También a partir de Cristo se oyen cuentos de cristiana desnudez. Francisco de Asís se despoja de sus vestidos, se los devuelve a su padre, y, desnudo, es cubierto por la capa de su obispo.

Antonio Machado acaba su poética autobiografía esperando morir casi desnudo como los hijos de la mar.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Cuando se les propone a los alumnos que escriban un cuento y se sienten perdidos y no saben cómo comenzar, se puede proponer una técnica concreta: que ellos emprendan una búsqueda de algo, de algún personaje, de algún evento, de alguna verdad... Descubrir lo que no conocen, buscar lo que quieren saber y escribir el itinerario de su búsqueda. ¿Qué pueden hacer para llegar a conocer eso que buscan? El escrito sería el itinerario, el *iter,* de su investigación. Describir lo que hacen, lo que pueden hacer, lo que aconsejarían a un compañero que estuviese en una situación de búsqueda, echarle imaginación a la aventura, ir dando cuerpo al acopio de datos y sugerencias.

Después vendría la labor de estructurar el tema de manera lo más novelada y cuentística posible. Recordemos las tres definiciones que aporta el DRAE sobre cuento:

1ª Relato, generalmente indiscreto, de un suceso,

2ª Relación, de palabra o por escrito, de un suceso falso o de pura invención,

3ª Narración breve de ficción.

4. LA PRIMERA LECCIÓN

Allá por los Cerros de Úbeda, en un año que es ahora mejor no concretar, había un maestro que explicaba en la clase una lección de Historia Universal: la Edad Media, ese largo periodo de diez siglos en que la humanidad iba madurando con la lentitud de eras geológicas.

La Edad Media —decía nuestro maestro don Hermógenes— fue una época de contrastes, de grandes contrastes. La mejor definición que yo he encontrado de la Edad Media es Mil años sin un baño. La definición indica lo que duró y lo que no hacían.

—Don Hermógenes —gritó un alumno—, pero si usted nos contó el otro día que don Pedro el Cruel construyó unos baños en el Alcázar sevillano, para su amante doña María de Padilla, ¿cómo es que dice usted ahora que la gente no se bañaba en la Edad Media?

—Bueno, bueno —asentía el maestro—, es verdad, pero vamos es que... eso de *Mil años sin un baño* suena muy bonito pero después hay que matizarlo. Ya otro día os contaré lo que pasó con los baños de doña María de Padilla.

—La Edad Media —seguía explicando don Hermógenes— es el periodo durante el cual se fraguaron las grandes instituciones que hoy tenemos, por ejemplo, los gremios, las universidades, las catedrales, los hospitales, etc. Los hospitales fueron una creación originalísima de la Edad Media. Los hospitales los crearon

los cristianos y es curioso que su fin primordial no era, como a primera vista podría parecer, curar, pues en la Edad Media se curaban pocos ya que los medios sanitarios de entonces servían para poco. El hospital fue creado por los cristianos, en la Edad Media, fundamentalmente para enseñar a sufrir.

Ocho años después, un alumno de don Hermógenes, llamado Juan, era ya maestro en un pueblo de la Campiña sevillana y tenía un día su clase con sus cuarenta y cinco alumnos. En plena clase, a las 12:20 de la mañana, el discípulo de don Hermógenes se desmayó y se cayó al suelo. Se formó un gran revuelo, los alumnos se asustaron, llamaron al director, éste avisó una ambulancia, sonó la sirena, entraron en clase los enfermeros y se llevaron a don Juan pálido y sin sentido. Volvió a sonar la sirena, en la clase se cortaba la emoción y el silencio. El director intentó animar a los alumnos, éstos, emocionados, no podían atender, imposible. Por fin el director dijo: Vámonos a recreo.

La ambulancia corría como un rayo por las calles, salió a la carretera camino del Departamento de Urgencias de la Ciudad Sanitaria Nuestra Señora del Rocío de Sevilla. En aquel día de primavera se cruzaron dos ambulancias, las sirenas sonaban lanzando su impresionante gemido por la avenida Manuel Siurot, toda la circulación se detenía, la gente miraba, por fin, la llegada a Urgencias. Con una uniforme rutina los enfermeros volvieron a coger la camilla con el cuerpo inerte de don Juan. Empezaron los trámites, todo funcionó a la perfección. Un gran hospital es hoy una institución piramidalmente ordenada con una tecnología sofisticada,

una calculada analítica y unos diagnósticos, diríamos, perfectos.

En esa maquinaria, por tan perfecta, algo deshumanizada, entró don Juan. El equipo de urgencias dio todos los pasos pertinentes, se le hizo un reconocimiento exhaustivo, se obtuvo el encefalograma. Estaba claro: tumor cerebral, operación inmediata. Don Juan tenía veintidós años, era más bien braquicéfalo, en el quirófano el equipo cirujano se disponía a taladrar su voluminoso cráneo, la anestesia lo solucionó todo.

Don Hermógenes se enteró de lo acontecido a su discípulo Juan y fue a visitarlo en la *Residencia García Morato*. Aquello es una institución mastodóntica, la gente entraba y salía en tropel y entre aquella riada humana don Hermógenes llegó a la sala 507, planta quinta, sala séptima, donde estaba don Juan. Después de los saludos y la expresión de alegría por el éxito de la operación, don Juan empezó a contar todo lo que le había sucedido:

"Iba a empezar la lección de Historia, quería explicar la Edad Media y, en concreto, la importancia de las instituciones creadas en aquella época e insistir en que el hospital lo funda la Iglesia, la comunidad creyente, y con la finalidad de acompañar a los enfermos en el sufrimiento y enseñarles a sufrir y ya no recuerdo más; perdí el conocimiento y lo recuperé cuando pasado el efecto de la anestesia en la UVI me encontré en la cama ya operado. Al principio tenía grandes dolores, pero cuando el dolor era intensísimo era cuando me hacían las curas. Era un dolor agudo, penetrante, finísimo, una carnicería impresionante. Venían dos enfermeras, una me sujetaba la cabeza mientras la otra me hurgaba en la

herida, en el boquete que me habían hecho en la sien. Hay dos clases de tumores cerebrales: unos que son mortales, otros que son como un grano que sale por dentro en el cerebro, se operan y se curan pero las curas son dolorosísimas. Cuando yo estaba en las curas veía las estrellas. En aquellos momentos me acordaba de lo que usted enseñaba en clase".

—¿A qué te refieres?—preguntó don Hermóge-nes.

—A aquello de que los hospitales los fundaron los cristianos no para curar, pues se curaban muy pocos, sino para acompañar en el sufrimiento y enseñar a sufrir.

—Ya casi se me ha olvidado que yo enseñase eso con tanto detalle.

—Pues yo, en aquellos momentos de tanto dolor, me acordaba de todos los detalles, el dolor agudiza la memoria. Usted nos decía que los hospitales, en la Edad Media, tenían alguna especificación: eran *Hospital de agudos, Hospital de incurables,* etc. En esa denominación, que hoy nos resulta un tanto cruel, se indicaban los escasos frutos de curación que obtenían y cómo lo que pretendían era acompañar al enfermo y enseñarle a llevar la enfermedad y la muerte, dolor y marginación, en espíritu cristiano unidos al misterio del Viernes Santo con la esperanza de la Resurrección. Yo me preguntaba, en aquellos momentos, cuando una enfermera me sostenía la cabeza para que no me pudiera mover y la otra hacía la horripilante cura, quién me enseña a sufrir en este hospital, cómo enseñan aquí a padecer, cuál es la primera lección.

Se hizo un largo y fecundo silencio y después durante un ratazo los dos maestros siguieron charlando, evocando, compartiendo.

Don Hermógenes se despidió y deseó a su discípulo que sanase cuanto antes y que las curas fuesen lo menos dolorosas posible, pero que, en todo caso, fuese aprendiendo a sufrir. Al salir del edificio de la Residencia García Morato, en el jardín que hay entre el edificio y la avenida Manuel Siurot, la gente entraba en avalancha. Don Hermógenes no podía casi ni avanzar impedido por la corriente humana que avanzaba en sentido contrario. Aquello era la humanidad más variopinta: se veía a varones y mujeres; niños, adultos y viejos; los urbanos y los rurales; los económicamente diferenciados; los sanos y los enfermos; los unos y los otros. Mientras don Hermógenes se cruzaba con todo el personal se preguntó y meditó un momento: ¿todos estos vienen a curarse?, ¿tienen esperanza en su curación?, ¿curarán de verdad?, ¿tendrán dolorosas curas como mi discípulo Juan?, ¿sabrán sufrir o sea padecer con paciencia?, ¿alguien en este perfecto entramado sanitario les enseñará a sufrir?, ¿cómo se aprende a sufrir?, ¿cuál es la primera lección?, ¿cuál es esa lección que preguntaba Juan?

El lunes siguiente, a las 10 de la mañana, los alumnos como todos los lunes entraban jubilosos en la clase de don Hermógenes.

—Vamos a ver —dijo el maestro— hoy vamos a comenzar con la Historia pero no con la Historia pasada, no vamos a explicar los Reyes Godos sino Historia actual. La historia es *Maestra de la vida* y es más maestra mientras más cercana está a nosotros. Os voy a contar lo

que le ha sucedido a un alumno mío, es don Juan el maestro, todos lo conocéis, es de este pueblo, aquí viven sus padres y hermanos.

—Sí, era vecino mío —gritó un chavea.

Don Hermógenes se quedó un rato pensativo. Recordaba aquella clase, hacía ocho años, en que estaba como alumno Juan y él explicaba la finalidad de los hospitales en la Edad Media. Los alumnos miraron al maestro sorprendidos, parecía que estaba en otro mundo, ensimismado, concentrado, emocionado... parecía como si don Hermógenes estuviese viendo a Juan en su pupitre. Don Hermógenes explicó todo lo sucedido. Sus experiencias con Juan en el hospital, sus curas dolorosas y sobre todo las preguntas que hacía Juan sobre su dolor: ¿cómo podré yo aprender a sufrir?, ¿quién me enseñará?, ¿cuál es la primera lección? Se hizo un silencio interiorizado por los alumnos que no se dan a muchos silencios.

—Don Hermógenes —interrumpió un alumno— yo el otro día me quemé un dedo chico con el cazo caliente y me dolía mucho, ¿cómo se aprende a sufrir por si me pasa otra vez?

—Pues yo, el otro día, clavando una puntilla, me machaqué un dedo y mira la uña cómo la tengo, morada, ¡cómo dolía!

—Pues yo, la otra noche, no podía aguantar el dolor de un oído, no podía dormir, estaba rabiandito, si yo hubiese sabido sufrir, ¿es muy difícil aprenderlo, don Hermógenes?

—Sí, sí, basta, basta —dijo don Hermóneges— cada cual tiene su propia experiencia de un gran dolor, de aquel día en que le dolía mucho algo.

—Bueno, bueno —interrumpió una alumna—, ¿no puede usted enseñarnos a sufrir aunque sea la primera lección?

Don Hermógenes se quedó pensativo. Su alumna le hacía la misma pregunta que le formulara el viernes su discípulo Juan, en el hospital. En la clase se hizo un silencio. Los alumnos estaban esperando algo. En un instante por la mente del maestro desfiló la imagen de Juan en la sala 507. La cabeza sostenida firmemente por una enfermera, la otra enfermera hurgándole la herida, el quejido contenido, la pregunta muda de su alumno suplicándole le enseñara a sufrir y cuál era la primera lección. Don Hermógenes intentaba empezar a hablar, todos los alumnos clavaron en él su mirada, parecía que no podía comenzar, se encontraba ante una lección muy difícil.

Por fin dijo: ¿Puede un hombre enseñar a otro a sufrir?, ¿sufrir no es una ciencia divina? Mirad, yo os enseño en el colegio lo que sé pero ¿cómo puedo yo enseñaros a sufrir?, ¿es que yo sé sufrir? Sin embargo en la Edad Media fundaron unos hombres, no eran ángeles, unos hospitales para enseñar a sufrir, lo pretendieron y no eran dioses. Yo creo —siguió diciendo y esta vez con decisión— que ellos nos dieron ejemplo de cómo enseñar a sufrir. Ellos lo aprendieron de las enseñanzas de Jesús de Nazaret, el que se preparó para la cruz y la vivió en plenitud. La fe en Jesús fue la que impulsó a los

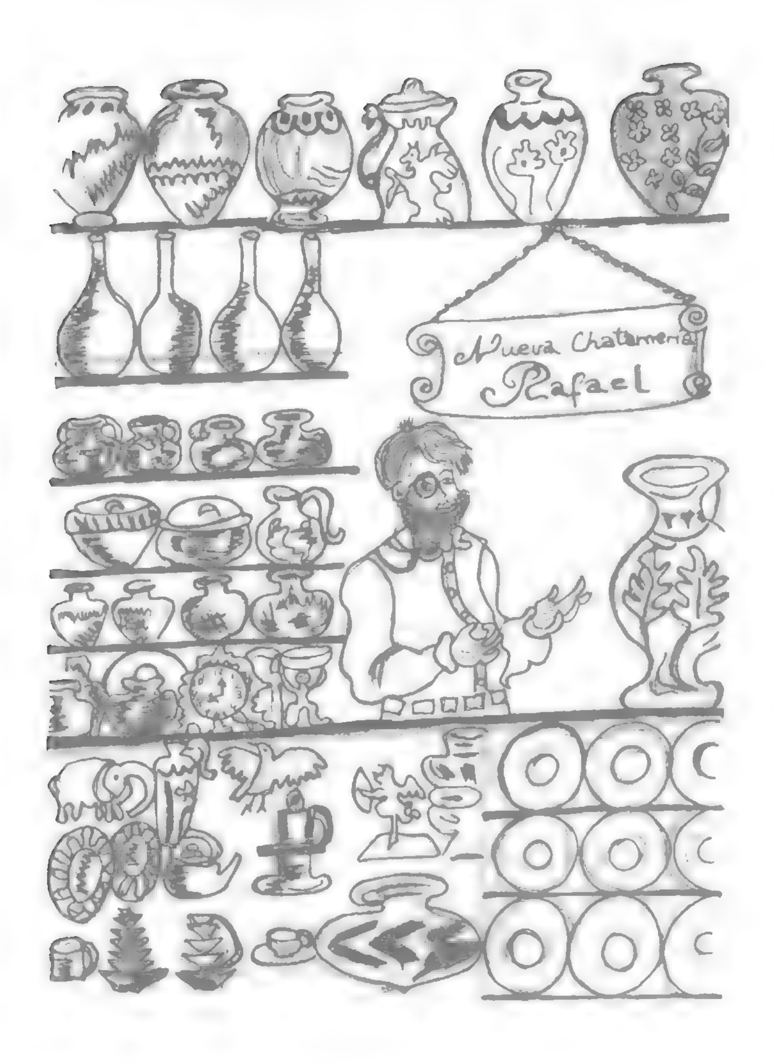
medievales a fundar los hospitales. Jesús practicó en su vida generosamente la obra de curar a los enfermos. Jesús fue el que pidió a su Padre en el momento de iniciar su pasión: *"Padre, si es posible, pase de mí este cáliz pero no se haga mi voluntad sino la tuya"*. Se sabe sufrir cuando se le ve al dolor un sentido. El de Jesús en la cruz valía la salvación de todos los hombres. La cruz de Jesús acabó en la gloria de la Resurrección. Cuando Cristo quiso preparar a sus discípulos para su muerte, les dio una primera lección, en ella comparó su Misterio Pascual al dolor de una madre que está en los dolores del parto. Nacida la criatura, se alegra y se olvida del dolor: para la madre éste tuvo un sentido. Esta es la primera lección, ya seguiremos en las próximas clases.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Una manera rentable de estimular a los alumnos para que escriban, y en concreto, un cuento, es explicarles cómo el argumento de su cuento pude ser describir la experiencia que ellos tengan de alguna lección, de alguna conferencia, de alguna película, de alguna vivencia experimentada, en profundidad, de algo.

Tienen que empezar narrando esa experiencia pero dándole su toque personal, haciendo la narración sugestiva, intrigante, sugerente. No se trata de copiar, es necesario recrear y recrear es hacer propia y original la narración que quieren contar. No es tan sólo repetir, es informar de una manera más radical lo que experimentaron de manera, quizá, demasiado impersonal. *Es hacer suyo algo.*

5. LA MEJOR PROFESIÓN



En un pueblo de Andalucía de cuyo nombre no puedo olvidarme, no ha mucho tiempo que vivía un señor castizo, natural, popular, telúrico, casi dionisiaco. Su profesión era anticuario.

Pero no era un anticuario cualquiera, trabajaba los 365 días del año. Cuentan —¿es un cuento?— que a sir Winston Churchill le preguntaron un día cómo podía vivir sin descansar, trabajando tanto. Entre irónico y sentencioso respondió: “Yo descanso cambiando de actividad”. Creo que la misma pregunta dirigida a nuestro anticuario hubiese tenido la siguiente respuesta: “Yo descanso amando mi profesión”. Su fama se había extendido no sólo por toda la región, sino que era conocido en toda España y en el extranjero.

Era el clásico artesano que tenía su puesto de trabajo en su propia vivienda. Había comprado la casa colindante a la suya y por las dos se extendía lentamente, como una hiedra, su empresa, sus obras de arte antiguo.

La entrada era por una puerta y un corredor por donde antaño entraban las caballerías. El suelo empedrado del corredor, dura, toscamente empedrado, le daba a todo el conjunto de antigüedades un aire natural, como nacido de la tierra. Ahora no pasaba caballería, entraban lentos y despistados turistas atraídos por la variedad de antigüedades que se derramaban hasta la calle. Ésta la tenía nuestro anticuario barrida y regada, era una calle de pueblo con solera. Las calles limpias, las calles barridas porque barre cada vecina la parte que le corresponde.

En su casa había de todo. La ley de envejecimiento no es sólo biológica, todo producto humano lleva una impronta humana y esa impronta incluye también el envejecimiento. Los paleontólogos sitúan la fabricación de instrumentos por el *Homo sapiens* entre el bipedismo de la postura erecta y el descubrimiento del fuego. Pues bien, desde entonces, las cosas fabricadas por el hombre empezaron a envejecer, a ser antiguas, antigüedades.

En nuestra tienda de antigüedades había sillas, sillones, mecedoras, jamugas, estantes, armarios, cómodas, roperos, mesas, consolas, arcas, bargueños, escritorios, arquimesas, aparadores, trinchadores, vitrinas, tocadores, taburetes, divanes, butacas, sofás, sitiales, reclinatorios, etc., etc. Las paredes estaban llenas de relojes parados como signo del caminar a la eternidad, de tiempo cristalizado. Los relojes parados marcaban como la hora de las antigüedades, otro rito del *crono,* estábamos en el *evo,* el tiempo de los seres espirituales, de los ángeles, que es algo intermedio entre el tiempo humano y la eternidad de Dios. Las paredes llenas de platos, de cuadros, quier artístico como una valiosa pintura, quier un cromo desvaído de una gusto fatal.

Del techo colgaban lámparas viejas de esas formadas como rosarios de vidrios, otras con sus velas eléctricas pavoneándose de su insinceridad artística, otras tenían macarrones de vidrio, tubitos colgando, movidos por el viento y que producían un murmullo, un acorde irregular.

Por el camino por donde, en otro tiempo, entraban las caballerías no se podía casi ni andar: una plancha de aquellas que llevaban dentro el carbón, un molinillo

manual de café, un brasero con su badila, un velón con sus despabiladeras...libros viejos que iban desde un año encuadernado de *La Ilustración Ibérica* hasta un tomo traspapelado del *Año Cristiano* de Croisset.

Allí se evocaba la historia. La historia estaba como detenida. Ante una jamuga vieja se podía evocar que el *Quijote* se pensó en una cárcel sevillana y se escribió despacito por Cervantes que estaba sentado en una cómoda jamuga. Nuestro anticuario —Rafael era su nombre— tenía hasta una antigua silla andaluza de parir. Las campañas de prevención de la subnormalidad nos alarman con hipoxia, con anoxia, con poco oxígeno al nacer, provenientes de esa nefasta francesa costumbre del siglo XVIII de que las madres parieran acostadas en la cama. Extasiarse, en casa de Rafael, ante la silla andaluza de parir era un placer de dioses. Era comprobar que estábamos en una tierra grande, vieja, tradicional y sabia, y sobre todo, diferente. Casi, casi como en Inglaterra, donde existe la postura inglesa de parir, en contraposición a la postura internacional de parir.

Aquello parecía también un bazar oriental. Había de todo, de todo viejo, en su carcomida madera, en su óxido, en su pátina, y de todo viejo restaurado, pintado, barnizado. *Qohelet* es un libro sapiencial del Antiguo Testamento. En él lo importante es un hombre que se sienta a la puerta de su bazar oriental para contemplar la vida y sentenciar sobre las vanidades del mundo. El protagonista es un hombre que reflexiona sobre lo ridículo de todo lo humano, un observador perspicaz que podríamos presentar como un Fellini del siglo III a.C. Pues bien, en nuestra empresa de antigüedades lo importante no eran las cosas —con ser tantas y tan variadas—, lo

importante era el hombre que las había reunido, que las había hecho renacer. Rafael remiraba sus obras de arte. Se sentaba a la puerta de su casa y allí lo encontraba yo y allí charlábamos sin prisa. El vender antigüedades no es una profesión tumultuaria.

—Buenas tardes, Rafael.

—Buenas tardes —me respondía— pase, pase.

Y nos sentábamos y, fuera del tiempo y rodeados de antigüedades y de relojes parados, platicábamos sin prisa.

—¡Qué buenas obras de arte tiene usted aquí! —le decía yo entusiasmado.

—Usted verá —me respondía—, yo era chatarrero. Yo era un pobre hombre, no me creerá usted. Yo era casi analfabeto. Yo no salía de hierros retorcidos, de maderas carcomidas, de ropa y calzado viejos. La ropa y el calzado viejo son de las cosas más repugnantes. Yo me dedicaba a comprar y vender chatarra y cosas viejas. Chatarra férrica y no férrica, esa es la jerga que usábamos.

Pero todo cambió de golpe. Y ¿cómo pasó eso? Todo fue pura casualidad. Pasó en una mañana fría de invierno, hace ya casi treinta años. Parece que lo estoy viendo. Yo tenía amistad con un gitano que se dedicaba a lo mismo que yo. Sin saber cómo, un día él trataba de comprarle a una señora unos jarrones y yo actuaba como intermediario. Dile a la paya —me gritó el gitano ya harto— que los jarrones se los quede, que yo no le doy más de cinco duros por cada jarrón. Entonces, serían las

12 de la mañana, tuve yo un vuelco de corazón que me hizo pensar. La chatarra yo sabía lo que valía. El hierro, la madera vieja tenían su valor, pero unos jarrones artísticos ¿cuánto valdrían? ¿Sería el precio que imponía la paya o el que regateaba el gitano? Yo estaba hecho un lío. ¿Es que el arte se puede vender? ¿A que precio? Poner precio a una obra de arte ¿no es prostituirla? Pero si las obras humanas —más o menos artísticas— no tienen precio, ¿como se pueden vender y comprar? El trato entre la paya y el gitano se rompió. Yo tuve como una llamada a lo artístico, a lo bello. Yo me quedé embobado contemplando los jarrones. Imaginativamente los proyectaba sobre un montón informe de hierro, madera y ropa vieja; aquellos jarrones me parecían luminosos, una obra de arte, macanudos. Yo no entendía, presentía que aquello tenía mucho valor, me imaginaba que eran los mejores jarrones del mundo, los veía ya lucir en un patio andaluz, en una tarde de verano, a la luz tamizada de un toldo corrido, con el grato sonsonete del agua que caía en una fuente. Total que fui y se los compré a la paya. Eran cuatro jarrones. Le di lo que quiso la señora no se fuese a arrepentir de vendérmelos, siete duros por cada jarrón. Yo los recuerdo con emoción, los puse en mi patio, los limpié, les pinté los desperfectos que tenían y al cabo de tres días se los vendía a un *mister* por veinte duros cada uno. Es verdad que eran otros tiempos. Si yo los encontrase de nuevo, los volvería a comprar al precio que fuese. Para mí serían como una reliquia. Me hablarían siempre sin palabras del momento en que cambió mi vida. La venta de los jarrones me supuso un estímulo económico, pero la economía fue lo de menos, yo desde entonces era no sólo profesionalmente sino humanamente otro. Ya, cuando yo iba a comprar algo, me sabía a poco la chatarra, lo que buscaba eran cosas

artísticas.

Mire, ¿usted cree en los flechazos? Yo desde entonces soy otro. Hasta entonces yo había pasado junto al arte y despreciándolo había seguido mi camino, no era lo mío, iba obsesivamente detrás de mi chatarra, ahora todo lo contrario, voy a buscar directamente las obras de arte y desprecio la chatarra, ésta no me interesa. Antes, yo era un negociante, ahora soy un buscador de arte, lo encuentro y me realizo. No crea usted que al principio no me costó. Yo me movía en el mundo de la chatarra, a mí me decían Rafael el Chatarrero, en ese mundo me movía yo como el pez en el agua, nadie se acordaba de mí para un cuadro antiguo, un libro viejo o una cómoda desvencijada. Me tuve que ir haciendo campo.

Además, me sucedió lo que yo me temía: cuando compraba una pieza artística me encariñaba con ella y ya no quería venderla, y, sin embargo, yo tenía que vivir. Yo me sacrificaba y me quedaba con ella, así tengo tantas cosas, lo que usted ve en mi casa, soy feliz. No sé si habrá otro oficio mejor en el mundo pero éste de buscar obras históricas y artísticas que están a veces en camino de destrucción, encontrarlas, descubrirlas, salvarlas, restaurarlas, exponerlas y venderlas o, a lo mejor, quedármelas para mi familia y anticuario, es el mejor oficio y la más bonita profesión. Que haya más obras de arte; yo no las creo, las recreo; yo no las hago, las rehago. Yo, ahora mismo, dejo mi oficio si me traen otro mejor.

—Me impresiona su vida, me deja usted emocionado— le contesté con alegría. Veo que usted ha sabido superarse, usted no es fatalista como tantos, ha

encontrado su vocación a partir de la vulgaridad y la prosa de unas chatarras. Hay un refrán fatalista que le oí a mi profesor de Historia en el bachillerato: *Pico que pico que el que nace pa pobre no llega a rico*. Se lo atribuyen a un picapedrero, allá por la Sevilla de don Pedro el Cruel. Ya otro día le contaré la historia de ese refrán. Además en un mundo como el nuestro en que cada vez se elige peor la profesión, en que los alumnos con tanto fracaso escolar y teniendo que decidir su futuro profesional cada vez más jóvenes, resulta que la vida de usted es estimulante y ejemplar.

Rafael el anticuario me oyó también emocionado, nos habíamos contagiado el mismo entusiasmo. Hubo un largo silencio. Yo cerré los ojos y me imaginaba a Rafael haciendo el trato con la paya, mirando los jarrones. Él y yo charlando y rodeados de antigüedades nos habíamos salido del tiempo pero una brisa de aire había hecho sonar los tubitos de vidrio de las lámparas y nos volvió a la realidad. Me despedí de Rafael y me fui meditando: ¿cuál es para cada cual la mejor profesión?, ¿no nos tendríamos que reeducar en el entusiasmo?, ¿hay cosa peor que el aburrimiento?

COMENTARIO DIDÁCTICO

Para que los alumnos se decidan a acudir a un concurso de cuentos es rentable recordarles que tengan profundo convencimiento de que una anécdota de la calle puede contener un intenso sentido humano y que sepan describir y hacer cuento las vivencias y peripecias de su vida.

Lo más trivial, como unos jarrones, puede cambiar la vida de un hombre y los alumnos pueden recorrer las peripecias de su vida, todavía breve y rutinaria, pero en la cual pueden encontrar el más insignificante evento que ellos deben de profundizar y encontrarle un cuenteable significado.

6. ANTES DE ACTUAR, PIÉNSELO

En Andalucía hay, en el lenguaje, unos recursos para designar el *crescendo* del calor. El pueblo habla de *el calor, la calor, los calores, las calores* según va subiendo el termómetro y la ola de calor sigue su curso.

Écija es la Ciudad del Sol, la *Civitas Solis,* es la Sartén de Andalucía, el punto más caluroso de Europa.

La noche de San Antonio, el trece de junio, todavía en primavera, fue tremenda; de día el termómetro llegó a 49 º C y de noche el calor – mejor dicho la calor – asfixiante. ¡Que nochecita de caló...! ¡El calor presagio de malos agüeros!

En el drama *La mordaza* de Alfonso Sastre, Antonia, la madre, ya decía: “No corre nada de aire esta noche. Estamos pasando un verano muy malo... No se acaba nunca. Me ahogo. Prefiero el invierno. Se está bien en la lumbre. Pero en verano... Es lo malo, el verano. Es cuando se cometen los crímenes... Todos los crímenes se cometen en verano...”

Aquella noche de calor parecía que presagiaba tristes designios. El ecijano Anastasio —en griego significa el resucitado, el puesto de pie— era el típico burgués hastiado de la vida. Llevaba una existencia sin consistencia, sin ninguna compensación que le satisficiera. Profesión rutinaria, burócrata que repetía mecánicamente “vuelva usted mañana”, era el universitario fracasado, el bachiller que se pasó las clases mirando aburrido por la ventana, el alumno siempre

distraído en la clase, era, ahora, consecuentemente, el hombre que no encontraba ningún aliciente en su trabajo.

Su matrimonio era un desastre. Los franceses, que lo saben todo, han realizado estudios sociológicos y llegan a la conclusión de que, a los dos años de casados, el 80% de los matrimonios está frustrados. En España, que sabemos menos, nos limitamos a decir que Anastasio es uno de tantos. Llevaba siete años de casado. La comedia cinematográfica con Marilyn Monroe *La tentación está arriba* tiene como título inglés *The seven years itch* (El prurito, la sarna de los siete años) y que según los psiquiatras norteamericanos responde a la crisis matrimonial —el prurito, la comezón— que se experimenta a los siete años de matrimonio.

Anastasio era un *prepasota*, era un hombre que vivía el pasotismo mucho antes de que se hubiese inventado la palabra o tal manera de vivir como un estilo de entender la existencia. No tenía entusiasmo por nada, era un agnóstico, un escéptico de todo. Esquivaba la política —¿sería un fruto de la tan cacareada despolitización?—, la fe no le decía nada, y se hundía en el marasmo de la desilusión. La justicia, la paz, la promoción humana y la fraternidad resonaban para él como un eco hueco que se repite sin sentido, como un lenguaje-ratonera en el que todos caíamos.

Rosi, su esposa, era la típica mujer consumista. En el hogar necesitaba el último producto, la última conquista de los electrodomésticos. ¡Cómo se embobaba ante la televisión! En el trasiego de la casa, de día, oía todas las novelas radiofónicas, publicidad incluida.

Ella aprendió el galicismo *à la dernière*, pero no dominaba mucho su significado y por eso ella, a quien gustaba estar siempre a la última y que no renunciaba a su pequeño escupitajillo de erudición, repetía, con un artificio pretendido y como quien se quita importancia: me gusta ir a la *última dernière*. Anastasio, por el contrario, poco veía la televisión y pasaba también de la radio.

Consecuentemente el matrimonio Anastasio-Rosi era un solemne fracaso pues no sabían descansar juntos. Dicen los sociólogos norteamericanos —éstos sí que creen saberlo todo— que en lo primero en que hay que fijarse para formar una pareja feliz es ver si congeniarán en los *hobbys* y en la manera de descansar. Lo que da más garantía, según ellos, para un matrimonio duradero, es que sepan conversar mutuamente.

Rosi ponía toda su alma en las cortinitas y las figuritas del hogar. Su fuerte era comprar, comprar más, comprar a plazos, comprar al contado, comprar en el hogar —qué buena hembra para los vendedores a domicilio—, comprar en los grandes y en los pequeños almacenes, comprar durante el curso, comprar en vacaciones, comprar para ella, comprar para él, comprar para los padres de ella y de él, comprar en Navidad, comprar en primavera, comprar en otoño..., comprar, siempre comprar. Rosi no tenía hijos, era la esposa eternamente aburrida; Rosi no tenía profesión, era la esposa crónicamente desocupada. Rosi había vivido una infancia en un nivel económico superior al que ahora gozaba como esposa de un burócrata con las limitaciones de un sueldo. Rosi era la permanentemente nostálgica de "lo bien que vivíamos en la casa de mis padres", en una

familia acomodada, en una familia donde nunca pasa nada.

Pero volvamos a nuestro personaje: Anastasio cayó también en la trampa económica; como no tenían hijos hacían espléndidos viajes. Para él era una oportunidad más de aburrirse, de sentir esa sensación de pies cansados del visitante de catedrales y museos. Para Rosi los viajes eran una magnífica ocasión de comprar. Anastasio también empezó a combatir su aburrimiento cayendo en la ludopatía.

Como Anastasio estaba limitado por un sueldo y necesitaba más empezó a endeudarse y en la oficina tenía la facilidad de manejar dinero. La lenta burocracia no le pedía cuentas sino muy de tarde en tarde. Podía disponer de dinero con libertad, sujeto a una segura pero muy problemática y lenta inspección. A Anastasio le resultaba tan sencillo escribir en una nota para él, que él tan sólo podía descifrar, unos números con el dinero que se llevaba y presentarse en su hogar con un número premeditado de billetes y solucionar una compra, una letra, un viaje, una tensión psicológica en su matrimonio y sobre todo una ludopatía.

Pero dice el refrán —fatalista o no— que *a todo cerdo le llega su San Martín*.

Le vino encima la inspección. Estaba anunciada para el 14/6/1981. Ese guarismo se le grabó en la memoria y lo tenía presente a todas horas. Lo soñaba y en más de una carta, al ir a poner la fecha, puso 14/6/1981 como evidente acto fallido que sacaba fuera un inconsciente y presagiaba una tragedia.

Anastasio era tan abúlico, resultaba tan pasota, que ante esta crisis económica no sabía reaccionar. Con diez días de antelación vieron venir la inspección. Anastasio, que fue tan vulgar al sustraer el dinero de la oficina, no supo ni ser vulgar para acudir a los bien situados económicamente, los familiares de su esposa o a un banco.

En Écija hacían, ya en primavera, unos días, con sus noches, insoportables de calor, estábamos ya en *los calores* de Andalucía y lenta pero inevitablemente se acercaba la fecha fatal. 14/6/1981.

Cuentan que el día más caluroso del año es el diez de agosto, San Lorenzo, mártir en su parrilla, y que en Sevilla, en la parroquia de su advocación, en el día de su patrono el párroco tenía el panegírico en la misa solemne y cuando iba historiando la juventud del santo ya las velas se habían reblandecido por el calor y se habían doblado.

El caluroso día de San Antonio, el 13/6/1981, Anastasio fue a la oficina y, por ironía de la vida, allí era un día casi de fiesta. El director de la oficina se llamaba don Antonio, la compañera de la sección económica de Anastasio era Toñy, y el conserje era Antonio. El día de San Antonio se ralentizaba, aún si cabe más, el lento engranaje burocrático, y aquella mañana había que pasarlo bien. Anastasio se acordó de la trágica sesión del *ríe payaso, ríe.*

Cuando volvió a su casa estaba aturdido. Al ponerse el sol, el aire se cortaba, se cortaba de puro caluroso. Se encerró en el mutismo, y Rosi ya sabía

solucionar con la tele esos momentos. Ella se quedaba ante la pantalla y él se iba a leer el ABC en el dormitorio. El no tenía tiempo de nada, no tenía tiempo para leer libros, no tenía tiempo de oír música, tenía que leer el periódico. Dicen que, en los buenos tiempos del periódico londinense *Times,* la lectura de un número ordinario equivalía a un libro de cien páginas, total que estaba planeado para llenar todo un día de quien quisiera. El periódico era, pues, un buen bocado para nuestro protagonista. Anastasio cogió el *ABC,* pero ya él se había dejado dominar por un sentimiento de suicidio.

Dicen que éste es *un acto de valentía que sólo lo realizan los cobardes.*

A las once de la noche no se movía una hoja y Anastasio se asomó al balcón de su casa que daba a la Calle nueva, vía recta que como espina está clavaba en la red histórica de callejas retorcidas de Écija, era la vía para circular y para que los motoristas ensordecieran a los vecinos. Anastasio y Rosi vivían en un cuarto piso, desde el balcón se veían brillar los adoquines que echaban fuego y eran iluminados por la luz del alumbrado.

Anastasio se sentó con las piernas por fuera de la baranda del balcón. Resbalarse resultaría muy cómodo pero no era probable, se ahorraría a un pasota como él el tomar una decisión. Cerró los ojos y empezó a recordar la película de su vida. Su primer recuerdo era el de una mañana cuando chapoteaba en el baño con la esponja grande y espumosa. Después su ingreso en el colegio, el día de su Primera Comunión, la mili..., “Anastasio ¿quieres a Rosi como esposa? Sí, quiero...” Imaginó que se había tirado, se vio por un momento machacado contra

los adoquines, se oye la ambulancia, viene la policía, el llanto de Rosi, la gente pregunta ¿quién es?, un vecino ha salido medio desnudo y dice: hace tanto calor, la culpa la tienen estos calores.

Acontecía que en el piso 4º. A —Anastasio vivía en el 4º. B —habitaba un señor que era un buen cristiano que procuraba vivir como tal pero que tenía un defecto: la ira, los prontos. Procuraba enmendarse pero le costaba mucho. Un día tuvo una idea. Me voy a comprar un loro y le enseñaré a decir una frase y sólo una frase pero machaconamente, esa frase será: "Antes de actuar, piénselo, antes de actuar piénselo", y eso lo repetía siempre que veía a su amo. Nuestro buen hombre lo consiguió y el loro le ayudaba a dominarse. Con aquella noche de calor el amo sacó a su loro al balcón para que respirase. Estaba a unos metro de Anastasio, éste estaba ya decidido, no hay otra opción, me tiro y todo arreglado, se pone fuera de la baranda del balcón, se agarra con la mano izquierda y para más solemnidad empieza a contar como si se tratase del lanzamiento de una nave espacial: diez, nueve, ocho, siete, seis, cinco, cuatro, tres, dos, uno... y de pronto el loro grita en el silencio de la noche "Antes de actuar piénselo, antes de actuar piénselo, antes de actuar piénselo, antes de actuar piénselo..." y lo fue repitiendo como un eco que se va perdiendo. Anastasio abrió los ojos, miró a ver quién le había hablado en aquella crítica situación, no vio a nadie, eran las doce y sólo había soledad y silencio. ¿Quién me habla?, ¿quién conoce mis intenciones?, ¿es Dios?, ¿es la conciencia?, ¿qué es esto?,¿dónde estoy? Esa voz ¿era humana o celestial? Eso no era la tele del vecino del 4º, ni la radio de la vecina del 3º. ¿Será Rosi? Eso podía comprobarlo.

Él, que como agnóstico se creía superior, él, que había pasado siempre de todo, ahora se sentía llamado a reflexionar, a meditar, a pararse en la vida. Inquieto, nervioso se dirigió al dormitorio. Se encontró a Rosi, que muy caritativa y con una amabilidad desacostumbrada y exquisita, lo abrazó y con sus manos sobre los hombros le dijo: Es una noche horrible, no se puede dormir, mira, Anastasio, quería darte una sorpresa, he comprado, he querido regalarte esta imagen de San Antonio, hoy es su día, mira qué bonita, he puesto una mariposa, mira, apaguemos la luz, mira cómo brilla su rostro, si nos está hablando, escuchemos, en estas noches de calor hay que orar, presentía que tendríamos alguna necesidad y le he pedido al santo que intercediera por nosotros y nos consiguiera la bendición de Dios.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Situaciones límites de la existencia humana es el nacer, el morir, el escoger profesión, el preguntarse por el sentido de la vida y todo eso, una vez preguntado, puede encontrar el cauce para ser expresado en una narración que sea un cuento.

Pero enseñemos en clase que el cuento es tangente de otras maneras de comunicarse por escrito: el apólogo, la fábula, la parábola —en los Evangelios tenemos veintiún parábolas—, el relato, la crónica, la reseña, la historieta, la anécdota..., y que el alumno debe ir buscando el género literario que le vaya mejor según sus capacidades.

7. NO PUEDO HABLAR



En un lugar de la Sierra de Cazalla de cuyo nombre nunca podré olvidarme, y en un tiempo que vamos a dejar ahora en la penumbra, vivía un párroco de los de bonete y sotana por las calles, breviario en mano, "¡Buenos días, don Tiburcio!" por las calles y plazas, casa rectoral antigua y con solera y una madre anciana y enfermiza.

La parroquia de aquel pueblo tenía a San Lorenzo mártir por titular, y el día diez de agosto, fiesta patronal —el día más caluroso del año según el decir popular—, don Tiburcio a mediodía tenía en el templo parroquial una solemne Eucaristía del Titular. En ella predicaba un panegírico a lo grande. Año hubo en que entre los calores del verano, la concurrencia de todo el pueblo, la llama de las velas, el calor de las bombillas, el bochorno era proverbial... don Tiburcio empezaba el sermón con toda la cachaza pueblerina de las grandes fiestas, elogiaba la vida del santo diácono oscense desde su tierna infancia y acontecía que cuando el predicador todavía no había llegado a la juventud del mártir ya las velas del altar —eran velas de las de antes— se caían arqueadas por el inmenso calor. Los buenos monaguillos tenían que acudir a punto para evitar el incendio.

Don Tiburcio se preocupaba de que la devoción a San Lorenzo se mantuviese en los límites de una doctrina cristiana bien educada. Él sabía que no en todos los pueblos este santo español tan popular que llegó hasta configurar la estructura del Escorial era correctamente venerado. Pueblo hubo en que, entre un antijudaísmo camuflado, una ignorancia sobre la historia del santo y una no muy fina educación en el lenguaje, llegaron a componer la siguiente letrilla:

San Lorenzo en la parrilla
les decía a los judíos:
dadme la vuelta, cabrones,
que tengo los huevos fríos.

La señora madre del señor cura era la expresión del senequismo español, un modelo de la ética de la Ilustración. Madre que había sido de nueve hijos, viuda muchos años ha, como correspondía a la estadística de entonces, vivía con su hijo, único hijo soltero y cura. Vivían los dos solos. Esta señora, la señora madre del cura del pueblo, hubiese servido para un ensayo psicoanalista. Era exacta, cumplidora, educada, correcta, sociológicamente estimada por todo el vecindario. Pero era mandona, dominante, era, según Freud, la madre castratriz. A don Tiburcio lo tenía dominadito. De manera insinuante e insistente, en la casa parroquial, se hacía lo que ella decidiese.

Pues aconteció que pasaron los años y doña María —que ese era su nombre— fue envejeciendo cada vez más y enfermando de muchos achaques. Sobre todo artrosis, llegó a casi no poder moverse y sobre todo, lo peor de todo, fueron las manías seniles.

Una mujer del pueblo, Jacinta, iba a arreglar y limpiar la casa rectoral y a hacer la compra y preparar la comida para madre e hijo.

Cuando don Tiburcio salía a la calle, que no eran pocas veces, y llamaba alguien a la puerta, Jacinta acudía presurosa y ella arreglaba todas las papeletas que se le presentasen. El problema se daba cuando don Tiburcio estaba en la calle y Jacinta, acabada la faena doméstica,

regresaba a su propia casa y doña María se quedaba sola. Si alguien iba a la casa rectoral y tocaba una alegre campanilla del siglo XVIII de la puerta de la calle, entonces era todo un conflicto. Ella no podía bajar a la puerta y ver quién era, y qué querría el que llamaba. ¿Sería algo urgente?, ¿algún enfermo?, ¿algún moribundo? Siempre se ponía en lo peor. En ella el senequismo era tangente de un masoquismo ético. Porque la solución de no bajar no la aceptaba y la solución de quedarse en paz mucho menos. Según ella la primera solución era mala y la segunda peor. Total que no había solución.

Cuando regresaba don Tiburcio a casa venía lo gordo.

—Te he estado esperando toda la tarde. ¡Cuánto has tardado! Estaba temiendo si te había pasado algo, si te habían secuestrado, te vas y ahí queda eso. ¡Qué vejez tan triste estoy pasando!

Con estos lamentos y reproches era recibido don Tiburcio, y doña María hablaba y hablaba.

—Dile a la gente que cuando esté la puerta de la calle cerrada no toquen la campanilla. Siempre que salgas cierra la puerta. Pero no les vayas a decir que lo he mandado yo, que no digan que es por mí.
Una y otra vez sucedía la misma historia: don Tiburcio en la calle, Jacinta cerraba la puerta exterior y se marchaba de la casa rectoral; la gente venía a ver al cura, tocaban la campanilla, alegre para todos y fatídica para doña María, y se repetía la misma odisea de todas las tardes.

Don Tiburcio discurría buscando solución, pero para él era imposible no salir a la calle, era su deber y profesión, además el ambiente de su casa le oprimía, necesitaba respirar aire fuera. Don Tiburcio era bajo, algo rechoncho, tenía fama de comilón, buen dormilón y amigo de la buena mesa. Cuando le iban con una papeleta procuraba resolver el asunto en espíritu de servicio y fraternidad, pero siempre tenía, y todavía aparentaba más, una actitud pragmática y expeditiva que los vecinos del pueblo interpretaban, muchas veces, como negligencia y deseo de echar el balón fuera.

Un día, y ya acorralado por las circunstancias y la actitud de su madre creyó que había encontrado la solución. Puso en la puerta de la calle un letrero que más o menos decía: **Cuando esta puerta exterior esté cerrada, por favor, no toquen la campanilla.**

Cuenta la Historia que el Canciller Bismarch, cuando se negó a recibir al embajador francés con motivo de la cuestión dinástica española, dijo: “Esto producirá en el toro galo el efecto de un capote rojo”.

Algo similar pasó en el pueblo. Al día siguiente se comentaba el letrero de la casa del cura en todas las casas y tertulias del pueblo. En la plaza del pueblo estaban las fuerzas vivas: no sólo el templo, sino el ayuntamiento, el casino, el otro bar, la barbería, y, a poca distancia, la farmacia, el médico, el veterinario...

Amaneció un jueves con la noticia: “¡Habrase visto el letrerito en la casa del cura!”. Todo el mundo atribuía el letrero a la supuesta y difundida pereza del cura y a su deseo de echar balones fuera.

Entre corte y corte de pelo, el barbero peroraba levantando las tijeras y el peine como dos armas amenazantes.

—A eso no hay derecho, un cura tiene que estar disponible al servicio del pueblo. ¿Y si una criatura lo necesita? Total, que poner ese letrerito para estar en su casa muy tranquilito y que nadie lo moleste, allí encerrradito, su buena siesta, su buen descanso.

Todo el que aquella mañana iba a ver al alcalde, después de evacuar la consulta, no podía menos que comentar la noticia del día en el pueblo. El ambiente del pueblo era de una vulgar monotonía. *Nunca pasa nada*, ese no era sólo el título de esa película de Barden que exponía la vulgaridad de la vida provinciana sino que cuadraba muy bien con la atmósfera del pueblo.

—Usted, señor alcalde—le decía un parroquiano—, debe de intervenir y decirle al cura que así no se trata al personal, que quite ese letrerito y que si quiere poner un letrero que ponga uno que diga a qué hora atiende en el despacho parroquial y que él está para toda criatura que lo necesite. La alcaldía debe acudir al obispo, ah, y también al gobernador para que se entere bien y tomen las autoridades todas las medidas.

Pero donde había que ver y oír era en el casino, después del almuerzo. Allí se reunían los empresarios, los caciques, Allí todo tenía un efecto multiplicador. Lo que decía uno era refutado o era subrayado por otro pero siempre en un crescendo de coraje, pasión y también de decibelios. Allí salió el tema del letrerito del cura con toda

su virulencia. ¡Habrase visto! Era el laconismo más frecuente que flotaba sobre todos los comentarios y que los resumía. Don Longinos, que tenía fama de ser el empresario agrícola más expeditivo, propuso la conclusión:

—Hay que hacerle un apercibimiento y si no hace caso y no quita el letrero, deberemos dar cuenta al obispo.

Así las cosas, aquella noche se presentaron en la casa rectoral las fuerzas vivas del pueblo: el alcalde, el secretario del ayuntamiento, el juez de paz, el presidente del Casino, don Longinos... Cuando le espetaron el apercibimiento don Tiburcio se quedó sin palabras. El tendría y muchas si pudiese hablar, si pudiese explicar que era su madre, su anciana, enferma y dominante madre, la que había originado este conflicto. Ella la que ordenaba que nadie tocase la campanilla cuando no estaba el cura, y la que prohibía terminantemente que su hijo dijera que la prohibición provenía de ella, de su parte. Él lo hacía todo en bien de paz y por el amor que tenía a su madre quería tranquilizarla.

El colectivo acusador salió de la entrevista con el convencimiento de que, una vez más, don Tiburcio hacía gala de su psicología evasiva y de que echaba el balón fuera. Los acusadores esperaban la mañana siguiente para ver si el cura quitaba el aviso de la puerta de su casa. Don Tiburcio presentía la tragedia que se avecinaba. Si quitaba el letrero, llegarían a la puerta, tocarían la campanilla, la oiría su madre, surgiría la angustia, le volvería a contar la misma historia y tendrían el conflicto; si dejaba el aviso, los dedos índices

acusadores se dirigirían contra él y sería el blanco de sus iras, todos contra uno y lo denunciaría al obispo y quizá hasta al gobernador.

El día siguiente amaneció con gran expectativa. Todos se hicieron los disimulados y fingieron la necesidad de pasar por la acera de la casa rectoral. Echaron una mirada de soslayo. Al ver todavía allí el flamante letrero que lucía en aquella mañana a la luz del sol, lo interpretaron como un desafío, aquello parecía como en el oeste americano, el cartel donde está el fatídico aviso SE BUSCA.

Ni que decir tiene que, en el casino, a la hora de la sobremesa, se fraguaba ya el plan: carta al señor obispo con recogida de firmas. Había que mentalizar al pueblo y hacer un escarmiento. Ahora nos las pagaría todas.
La carta llegó al obispo, enfática, desorbitada. El obispo citó al cura a la curia diocesana. Don Tiburcio cogió el tren, el madrugón hizo que se durmiera en el viaje. Tuvo un sueño:

Un cierto parroquiano que había sido seminarista y resentido y amargado le tomó al párroco un odio mortal, quiso vengarse de su párroco y maquinó diabólicamente la venganza: sería a muerte y con refinamiento, serviría también para probar si el cura creía en lo que predicaba. El tal parroquiano cuando estaban el vino y el agua preparados para la Misa en la sacristía echó veneno en el vino sin que nadie lo viese.

Se fue a la Iglesia, al confesionario donde estaba el cura y se arrodilló para confesarse con él.

Le dijo que quería confesarse y le relató lo que había hecho y le conminó que no podía hacer uso de lo que sabía por confesión. Llegó la hora de la Misa, el párroco se fue a la sacristía, y se revistió con los paramentos, miró el vino brillante y apetitoso, el monaguillo cogió las vinajeras y las llevó a la credencia, la mesita junto al altar, empezó la Misa, llegó el momento del ofertorio, pausada y tranquilamente echó el vino en el cáliz, lo levantó suavemente y ofreció, junto al vino de salvación, su vida en sacrificio, no podía hablar. Llegó el momento de la consagración: ESTE ES EL CÁLIZ DE MI SANGRE, levantó la copa y unió su vida a la vida de Cristo ofrecida por todos los hombre, y llegó el momento de la comunión, la hora llegada en que debía beber el vino envenenado, ritualmente levantó la copa, acercó el borde a sus labios, la empinó y la bebió hasta la última gota, empezó a desvanecerse y creía desmayarse...

Un frenazo brusco del tren produjo un alboroto general y don Tiburcio se despertó. No estaba en una Eucaristía bebiendo vino envenenado sino que estaba en un vulgar departamento de tercera e iba, citado por el obispo, a la sede de la curia diocesana.

Siguió el monótono traqueteo del tren y en el mismo departamentos viajaban parroquianos y parroquianas con niños y jóvenes, todos del pueblo, que iban al médico y a distintos asuntos. Todos sospechaban la finalidad del viaje de don Tiburcio pero nadie se atrevía ni a preguntar ni a comentar. Se creó un silencio, terco y violento. Unos de los muchachos con ingenuidad exclamó:

—Don Tiburcio, díganos, cuéntenos algo. Estamos muy callados.

El cura, casi como un resorte, contestó:

No puedo hablar.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Para fomentar la creatividad escritora de cuentos entre los alumnos es rentable leerles o que ellos lean en privado ejemplos antológicos de cuentos. En la bibliografía que presentamos al final del libro se encuentras algunas recomendaciones.

Conviene ser muy amplio y poco rígido al querer distinguir ciertos géneros literarios que presentan gran afinidad: cuentos, apólogos, historietas, narraciones, relatos, parábolas, fábulas, leyendas...Nosotros hemos leído con fruto: Gonzalo de Berceo, *Miraclos de Nuestra Señora,* en concreto, *el Miraclo del Capellano idiota y sin letras.*

Dado el dramatismo y la amenidad que tiene estimula a los alumnos para animarse a escribir. El tema religioso y moralizante se da bien cuando queremos que los alumnos comiencen a escribir cuentos. El tema religioso tiene muchas posibilidades pues tiene muchos matices: describir el fenómeno religioso, exponer el testimonio de los buenos creyentes, matizar virtudes y

rutinas, fe y superstición, describir la abundante diatriba contra la Iglesia...

8. SALIR POR LOS CERROS DE ÚBEDA

Úbeda fue, después de conquistada por Fernando III, una histórica ciudad amurallada con una guarnición mercenaria para la defensa de ella y la de su comarca. Las lomas de Úbeda veían recorrer por sus caminos, entre encinares y olivares, los árboles autóctonos, las rondas nocturnas y las guardias diurnas.

La conquista de Úbeda por San Fernando había creado unos problemas de emplazamientos de la población campesina y artesana. Entre las lomas de Úbeda y Baeza, se sucedía una serie de cultivos de olivos, vides y cereales con una mezcolanza de población árabe y castellana. Entre esos caseríos había uno cercano a Baeza donde vivía un agricultor árabe que no había sido expropiado de sus campos y que con laboriosidad y cariño cultivaba trigo y cuidaba de su viñedo y tenía también rebaño de cabras y ovejas. Curtido por el sol de los cerros de Úbeda, Abdel — éste era su nombre— había tenido cuatro mujeres en su bullicioso harem donde siempre se mecía una cuna. Sus mujeres le habían dado treinta y un hijos.

Pero la peste asolaba la región a intervalos imprevistos. Cuando llegó el fatídico invierno de 1273, la peste atrapó a Úbeda entre sus garras. Las mujeres de Abdel, vientres cansados de parir, cuidaban de los churumbeles y se turnaban para ir al mercado de Úbeda a vender los quesos que fabricaba Abdel durante la semana y a proveerse de lo necesario para la comida de toda la gran familia.

Una de las mujeres de Abdel trajo la peste a la casa. La muerte vino en cadena. Abdel hizo todo lo posible para atajar el mal. Recordaba aquella madrugada de luna y de frío, la espera ante las murallas, en la puerta llamada de Granada, la búsqueda del médico judío Moisés Ben Gadí. A uñas de caballo habían corrido al lecho de muerte de su primera esposa que fue la primera víctima de la epidemia. El galeno, descendiente de oriundos de Córdoba que huyeron cuando la persecución que desterró a Maimónides, recetó como un rito rutinario filtros de aquilea e hisopo y se volvió presuroso a su larga fila de enfermos de Úbeda donde la peste diezmaba la población.

Antes de la primavera, Abdel había inhumado, en una vaguada de su finca, a sus cuatro esposas y a quince de sus hijos. Le faltaban ya fuerzas a sus brazos para cavar sepulturas y lágrimas en sus ojos para llorar a sus seres más queridos, y eso a pesar que ya estaba acostumbrado a que la *palida mors* llamase a la puerta de su casa *aequo pede* (ya que los romanos llamaban a la puerta con el pie y no, como nosotros, con la mano cerrada).

La mayor de sus hijas, Fátima, se había salvado. Poco a poco la epidemia se retiró de la comarca. Fátima, a la sazón de quince años, tomó conciencia de su obligación, de su responsabilidad ante la nueva situación: cuidar de su padre viudo y de sus hermanos y hermanitas supervivientes. Fátima era una joven de una belleza escultural. Sobre todo su bella mirada, una mirada limpia, cristalina, tierna y, a la vez, íntima pero impenetrable. La dura costumbre islámica del rostro tapado privaba a los

que miraban a Fátima de sus dulces facciones pero les dejaba lo más espléndido, la mirada.

Por aquel entonces, llegó a la guarnición de Úbeda el alférez asturiano Fernán García del Villar. Siete años hacía que se alistó en la milicia y, por actos de buen servicio, en los puestos fronterizos con los moros, había ascendido hasta ser el que portaba la bandera, el alférez.

La guarnición ubetense ocupaba un destartalado y viejo edificio que fue el cuartel de las tropas moras, por donde paseaban las ratas a sus anchas. Edad Media en que las supersticiones abundaban y los ojos de los gatos escudriñando la noche imponían pavor lo que hizo que la población los eliminase. Consecuentemente proliferaron las ratas que propagaban el tifus y llegaba la epidemia. En aquel antro de cuartel se organizaba el servicio, la guardia nocturna y pernoctaba la tropa soltera. Había una vivienda adosada al cuartel donde vivía el capitán con su familia. Los mercenarios más o menos casados, y los jefes con familia estaban autorizados a pernoctar fuera del cuartel.

El apuesto alférez Fernán García, a la sazón de veinticinco años, oriundo de los godos, con su barba y cabellera rubia, nacido en Luarca, donde pasó su infancia y adolescencia, tenía la nostalgia de sus aires patrios: el calor de su hogar paterno, los matices verdes de sus prados asturianos. *Aquello era España y lo demás, tierra conquistada.*

Acabado el servicio militar de cada día o cada noche, no había otra alternativa que pasear por las callejas de la amurallada Úbeda o ir a algún mesón –con más o menos *ramos* y sus correspondientes *rameras*– y

jugar a los dados acompañados con un vaso de *bon vino* y al son de canciones, como las *Carmina burana*, que se cantaban con una música que hoy se llama gregoriana. Por las noches, cuando nuestro alférez se encerraba en el lúgubre e inhóspito cuartel sentía la morriña de su hogar y tierra. Fernán García, diríamos hoy, era un joven afectivamente descompensado.

Las tropas ubetenses estaban mandadas por el capitán Ricardo Abengózar, natural de Toledo, que era un duro, astuto y meticuloso militar. Con éste tenía que habérselas nuestro alférez.

Pues bien, aconteció que al acabar, una mañana de otoño, Fernán la ronda del amanecer e ir con un piquete de soldados a la *Puerta de Granada* para vigilar las entradas y salidas de compradores y vendedores, contempló a una grácil morita que con el rostro tapado conducía una asnilla cargada de quesos. La mirada cristalina e inocente de la joven magnetizó los ojos del alférez y una casual confluencia de miradas produjo un efecto mágico. Fernán no podía abandonar su puesto de servicio y seguir a la joven. Vio alejarse a la joven morita, la siguió con la mirada pero al torcer la esquina la figura desapareció y él, acostumbrado a mandar, dijo entre dientes: *Figura de la joven, mirada de sus ojos, ¡permanece!*

—A sus órdenes, mi alférez ——dijo el soldado más cercano—, ¿manda vuesa merced algo?

—Sí, quiero vigilancia, permanece en vigilancia.

Aquella noche, al llegar Fernán al cuartel, el contraste entre el limpio recuerdo de la límpida mirada de Fátima y el obsceno patear de las ratas era un sentimiento inevitable. ¿Quién sería aquella morita? ¿Dónde viviría? ¿Había sido una experiencia real o imaginada?

Una mañana el azar con que se distribuían los servicios le encomendó la vigilancia de los caseríos cercanos a Úbeda. Fernán García iba acompañado de dos números. Dejaban y tomaban el camino real y se perdían por los cortijos. Llevaban una misión de rutina: comprobar el censo de población y vivienda. Cansados de cabalgar se dirigieron a Baeza y en lejanía vieron una casa rural con un pozo. Al llegar a ella sorprendieron a una jovencita árabe lavando la ropa. Todavía montado a caballo el alférez miro a la joven. Ambos se reconocieron. No era la primera vez que se veían.

—¿Podemos beber agua mis soldados y yo?

—Voy a sacar agua para que bebáis vos y vuestros caballos.

Fátima sacó agua del pozo y en un cuenco fue dando de beber a los tres militares.
— Voy a sacar más agua para que beban también los caballos.
Esta delicadeza emocionó al alférez. Se estaba evocando una escena en Oriente: Rebeca ante Eleazar.
Ni que decir tiene que Fernán hizo todo lo posible por tener que pasar con frecuencia por la casa de Fátima y tener que dar agua a sus caballos del agua de su pozo.

Una mañana, cuando Fátima iba al mercado con la asnilla cargada de quesos, el alférez se hizo el encontradizo y como escolta la acompañó un trecho. Era su deber vigilar. Al acercarse ya a la *Puerta de Granada* el alférez detuvo a la joven y le dijo:

—Fátima, quiero hablar con vos. Los dos solos, busquemos una ocasión. Ingeniaos el modo, sin que nos vean. En la ciudad, en vuestra casa, como sea.

—Vos habláis como un castellano. Las mujeres moras no pueden hablar a solas con los varones, además, si....

Un carromato de ruedas chirriantes impidió oír las ultimas palabras. El carromato se acercaba, el estrépito era impresionante, todos hablaban, nadie escuchaba, todos pregonaban sus mercancías, pocos compraban.

Fernán había captado una ambivalencia en las palabras de Fátima. Ella decía que no, que no podía pero al mismo tiempo el enamoramiento de Fernán creía ver en la joven una mirada que era complaciente, parecía que asentía.

Fernán se decidió, presentía que Fátima lo esperaría. Al salir la luna por los olivares de Baeza el alférez llegaba a la casa de Fátima. Todo era silencio y soledad. Fátima, con la complicidad del amor lo esperaba. Estudió la posibilidad de la entrevista. Tendría que ser a través de la reja de una ventana. Ella encendió un candil cuando oyó los primeros pasos. Los perros ladraron y en el silencio de la noche se oía silbar el viento en *los Cerros de Úbeda.* La luna iluminaba el rostro de Fátima, en esta

picaresca entrevista sin cubrir. Miró y remiró a su amada a la luz de la luna, a la luz del candil.

Desde entonces las entrevistas se repetían casi todas las noches. En el cuartel ya se enteraron y lo aceptaban y disimulaban. Todos estaban enterados menos el rígido capitán. Cuando el teniente daba el parte al Capitán Abengózar nunca le dio cuenta de la falta de Fernán García. Todos conocían el amor entusiasta e incondicional que el alférez tenía a la milicia. Todos se preguntaban cuáles no serían los encantos de Fátima y el enamoramiento de Fernán que abandonaba el servicio por ella y lo tenían que suplir sus compañeros para que no se notase su falta.

El capitán Abengózar era duro. A las tres de la tarde formó a toda la tropa en el patio del cuartel. Arengó a sus tropas. Habló del amor a la milicia, de estar siempre en sus puestos. De *todo por la Patria*, con mayúscula. Peroró contra la lenidad e ineficacia en el servicio, quería más dureza, esa era la consigna.

Después del rancho de la tarde, puesto ya el sol, aquella noche de otoño, nuestro alférez salió animoso para la casa de Fátima. Lucía la luna como aquella idílica primera noche. Fernán García dejó el camino real y se dirigió a la casa de Fátima y se sintió estremecido por los ojos brillantes de un gato que lucía en la noche y le miraba con rabia. Al poco tiempo oyó el torpe revoloteo de una corneja, no pudo ver su brillo metálico. Todo daba mal agüero pero el se animó y al llegar a la ventana dijo a Fátima: Todo me parece igual a aquella noche feliz en que te vi por primera vez sin el velo, a la luz de la luna. Una cosa no es igual, el amor que nos tenemos, es mayor

que entonces pero es menor que el que mañana nos tendremos.

Fátima dudó, al arrullo de tan dulces palabras, si exponerle a Fernán las congojas de su corazón. Hubo un silencio, un terco y duro silencio. Por fin Fátima, entre sollozos dijo: Anoche tuve un extraño y angustioso sueño:

Veía un blanco palomo, jugaba en la chimenea de mi casa. Bañado por el sol era la imagen del gozo y la alegría. De pronto el cielo se puso gris panza de burra, aparecieron dos aguiluchos que provenía cada uno en sentido contrario, volando hacia el palomo. El palomo quiso ocultarse entre la chimenea y el tejado. Fue inútil, los aguiluchos lo mataron.

Fátima se echó a llorar. No del todo satisfecho de haberla consolado, Fernán emprendió el regreso al lúgubre cuartel. Al llegar al camino real oyó gritar:

—¡Centinela, centinela! ¿qué hora es de la noche?

Y desde el otro sentido del camino se percibió:

—¡Todavía no amanece!

Sin darse cuenta, de pronto, el alférez Fernán García se vio atenazado entre dos rondas estimuladas por las palabras de Abengózar. Se escondió en un matorral creyendo no ser oído pero las rondas gritaron:

¡Alto! ¿quién va?

Después de un silencio arrojaron sus flechas bien apuntadas al matorral. Un quejido rasgó la noche. Y después un escalofriante silencio. Las rondas se acercaron al matorral y vieron a un hombre caído. Su pecho atravesado por una flecha, a la luz de la luna fueron descubriendo.

—Tiene uniforme militar.

—Es el alférez Fernán García.

Se hizo otro silencio. Se oyó la voz del alférez que balbuceó: Fátima, Fátima mía.

Y expiró.

Por eso yo me pregunto si alguien se despista y, más o menos eufemísticamente, decimos ese anda por *los Cerros de Úbeda* ¿cuál es el origen de ese dicho?

COMENTARIO PEDAGÓGICO

Una experiencia: en la clase se hace una tormenta de ideas que en este caso será una tormenta de leyendas.

Cada alumno cuenta la que sepa. El profesor puede contar algunas si no hay bastantes entre las de los alumnos. Hay muchas que ya son conocidas y célebres:

Pico que pico, que el que nace para pobre no llega a rico (Atribuida a don Pedro el Cruel),

Entre los pucheros también anda Dios (Santa Teresa de Ávila),

Esto producirá en el toro galo el efecto de un capote rojo (Canciller Bismark).

Después se propone a los alumnos que describan y redacten, a su manera, alguna de esas leyendas que se conocen por tradición oral y que ninguno de los alumnos ha leído.

Conviene que cada uno la escriba como se la contaría a su madre o a un compañero. Que le echen imaginación y originalidad.

9. PICO QUE PICO

Hoy, que los electrodomésticos han barrido tantas costumbres ancestrales, quiero recordar un cuento que, en mi infancia, nos contaba Setefilla, la lavandera de nuestro hogar.

Setefilla nos contaba muchas cosas del Rey don Pedro *el Cruel*, que en Sevilla era, en su tiempo, muy popular, querido u odiado, pero no olvidado.

Os voy a contar la anécdota de don Pedro *el Cruel* y los baños de doña María de Padilla. Que todo está relacionado con el agua. ¿Os la conté ya el otro día?

—No, no —gritábamos todos.

—¿Queréis que os la cuente?

—Sí, sí.

Don Pedro *el Cruel* por la influencia que había recibido de los moros, era más amante del agua que sus contemporáneos y sobre todo para su amante doña María de Padilla. La mejor explicación que se ha dado de la Edad Media es: *Mil años sin un baño.* Indica lo que duró y lo que no hacían. Sin embargo a don Pedro el Cruel le gustaba contemplar a doña María de Padilla en el baño. Por lo menos en algo nos parecemos las lavanderas y don Pedro *el Cruel:* siempre estamos con el agua.

Al Rey don Pedro le gustaba someter a sus nobles a su soberana voluntad, era el machote que se imponía a su manada. Doña María de Padilla, una de sus amantes,

le tenía comido el coco. Para ella, mujer de belleza sin igual, había construido el Rey los célebres *Baños de doña María de Padilla* (lo que hoy, con mentalidad más moderna, diríamos una piscina). Según la leyenda, y la vida del Rey está llena de leyendas, un día que la arrogante doña María humilló al Rey éste se sintió machote, llamó a todos los nobles de Sevilla y les ordenó que bebiesen del agua donde se bañaba doña María de Padilla. Había una frase hecha en aquel tiempo: *¡Allá van leyes do quieren reyes!* Todos los nobles entre servilistas y amedrentados pasaron por la humillación de beber el agua. Pero un noble, llamado Alvar, digno y altanero dijo: "Yo non he de beber del agua donde se baña doña María de Padilla".

Aquella resistencia del noble Alvar cayó en la corte de Sevilla como una bomba. Los nobles más aduladores y obedientes hicieron llegar al Rey la noticia de la desobediencia del noble, y don Pedro lo hizo comparecer a su presencia.

Alvar entró con paso marcial en la sala.

—¿Es verdad, noble Alvar, que, como me han dicho, vos non bebedes del agua donde se baña mi gentil dama doña María de Padilla, como yo he mandado?

—Sí, es vedad.

—¿Y cómo es que os atrevedes a desobedecer mis órdenes no bebiendo del agua donde se baña doña María de Padilla?

Después de la iracunda pregunta del Rey Cruel, el silencio se cortaba. Todos temían la tormenta. Alvar dio

dos pasos hacia el monarca, con un quiebro se echó la capa a la espalda y con el tono solemne del que solfea una defensa dijo:

Majestad non he de beber del agua donde se baña doña María de Padilla porque no quiero catar el caldo no sea que se antoje la perdiz.

Dicen las malas lenguas que el Rey nunca reía, pero esta vez rió. El Rey Cruel, admirando la ingeniosidad del noble, lo dejó irse en paz.

Y Setefilla daba por concluida la sesión de cuentos. Pero no.

—Setefilla, cuéntanos otro, el cuento de *Pico que pico que el que nace para pobre no llega a rico*—, le pedíamos a coro a nuestra querida lavandera.

A Setefilla la queríamos mucho. El oficio de lavandera ocupaba las manos, pero dejaba la mente libre para pensar, imaginar, hablar, comentar —chismorrear— y, sobre todo, para contar cuentos a los niños que, por otros motivos, el juego, pasábamos, como ella, también muchas horas en la azotea. La lavandera lavaba que lavaba y nosotros jugábamos que jugábamos y, cuando ya estábamos cansados de tanto correr, íbamos al lavadero a que ella nos contase cuentos. Ella empezaba:

A don Pedro el Cruel, el Rey, le gustaba dar unos paseítos por las callejas de Sevilla y charlar con la gente del pueblo. Sobre todo le gustaba entrar en el taller de los menestrales y sentarse allí y preguntarles qué pensaban de la vida y cómo les iba en ella.

En la colación de San Nicolás de Sevilla había un picapedrero que era toda una institución. A pesar de lo mucho que trabajaba, no salía de su vida miserable. El oficio de picapedrero lo tenía heredado de sus mayores. En su familia se contaba que el oficio de picapedrero lo tenía ya su bisabuelo, en la misma calle, en la misma casa, en el mismísimo taller. Algunos de sus antepasados habían venido a Sevilla con San Fernando a la conquista de Sevilla, un año muy fácil de saber, uno, dos, cuatro, ocho, 1248. Vamos a ver si lo aprendéis, repetid conmigo 1-2-4-8. Esos conquistadores se mez- claron con los moros que se quedaron en la ciudad. El Rey Moro se quedó y tenía un palacio que todavía se conserva en la calle de San Luis. Vamos un día a verlo.

—Sí, vamos con usted, —coreábamos los niños.

Pues, como íbamos diciendo, el picapedrero se llamaba Bartolomé (que San Bartolomé era unos de los doce Apóstoles del Señor). Pero en el barrio al picapedrero le decían Bartolo el Pica. En una peste que hubo en Sevilla por los años catapún, murieron todos sus hermanos y quedaron sus hermanas —las hembras son más resistentes que los machos— y él solo. Bartolo tenía un defecto en las piernas y andaba como cuando se mueve una escalera, y las manos tampoco las tenía muy ágiles, todo eso le venía de nacimiento, pero como era el único hijo varón heredó el oficio de sus mayores.

—No, Setefilla, no, sigue, sigue —le gritábamos— cuando ella, dándose una cierta importancia, interrumpía el cuento para ir a hacer algún otro quehacer de la artesanía que suponía el lavado de la ropa. (Porque Setefilla era natural de Lora del Río [Sevilla], donde para

ser mejor cristiana se tenían las niñas que llamar como la Patrona del pueblo, Nuestra Señora de Setefilla). El lavado era todo un rito y con una técnica perfeccionada por la experiencia. Dos días a la semana empleaba la jornada completa en el lavadero, en la planta de la azotea que cogía toda la extensión de la vivienda. El lavado tenía dos ojos, y, algunas veces, tenía que interrumpir el cuento para hacer el cambio de ojo o para el aclarado posterior. La colada se hacía de noche en una gran canasta (*la canasta de la colada*) donde se colocaba la ropa extendida, encima de la cual se extendía una gran lona que se cubría después con cenizas (eran las que se producían en los hornillos de la cocina durante toda la semana) y después por encima de todo eso se echaban varios cubos de agua hirviendo que se calentaba en un gran recipiente que había en el lavadero y que el fuego era de leña o de carbón. Así se quedaba la colada toda la noche, no había prisa, y por la mañana, el tendido de la ropa y todas las prendas al sol. Y se sabía muy bien, a este color se le hace la colada y a este otro no. La ropa *olía a limpio.*

En la Sevilla del tiempo de don Pedro el Cruel —seguía Setefilla animada por el interés que le mostrábamos—, (que si el Rey estaba loco o que si era un cruel no se aclaran los historiadores), don Pedro tenía la afición de pasear, de incógnito, por las calles de la ciudad. De don Pedro se cuentan maravillas. Era una fiera, el día que dio la orden a sus maceros de matar a su hermanastro bastardo don Fadrique (el de la *Torre de don Fadrique* de la calle Santa Clara ¡qué torre tan linda!), ese mismo día mató con su propia daga a un escudero de don Fadrique para que no quedasen testigos del asesinato de su hermanastro, después se sienta a la mesa y comió tan

tranquilo, jugó después de almorzar a las tablas (era un juego antiguo parecido a las damas) y salió a dar un paseo al puerto y cuando se hizo de noche fue a la Torre del Oro a ver a doña Aldanza que era una monja del Monasterio de Santa Clara. La había sacado del Monasterio y la tenía allí secuestrada.

Después fue a ver al tesorero judío Leví (como si dijésemos hoy al Ministro de Hacienda), que vivía en la judería que está a la izquierda del Alcázar, pues los judíos vivían junto al Rey para estar más seguros de un linchamiento por el pueblo que se sentía oprimido por los judíos que eran usureros. Leví era el usureo mayor que llevaba las finanzas del Rey. Cuando regresó don Pedro al Alcázar era ya muy de noche y fue a ver el cadáver de su hermano don Fadrique. Dos centinelas hacían la guardia entre las sombras que reflejaba una lámpara que languidecía y al ver a su hermanastro joven y guapo no le pareció suficientemente muerto, dio su daga a uno de los centinelas y le dijo: Remátalo. Después, tan pancho, se fue solo a dormir.

Bueno, pero os estaba contando el cuento de *Pico que pico.* Pues sucedió que al Rey le gustaba entrar en el taller de Bartolo el Pica y hacerse el campechano y decían que echaban un cigarrillo los dos, por las tardes, pero eso no es verdad porque el tabaco se trajo de América. Las primeras veces, Bartolo se quedaba sin respiración cuando veía entrar al rey, pero con la repetición se fue acostumbrando y ya charlaban los dos amistosamente. Don Pedro tomó cariño a Bartolo cuando lo veía en su sencillez, en su simpleza y en su pobreza. La mala fortuna había visitado muchas veces su hogar. Bartolo había recibido de sus mayores una profunda fe

cristiana pero por la línea mora de sus ascendientes y por el tono ambiental de la época tenía sus ramalazos de fatalismo que se evidenciaban en una serie de refranes que se difundían por aquel entonces: *Tenía que pasar, Estaba escrito, Ese era su sino,* y más refranes que habían ido acumulando de generación a generación y que todavía están vivos en la Sevilla de hoy. Vosotros, no seáis fatalistas. También hay refranes antifatalistas: *Cada palo que agente su vela, A Dios rogando y con el mazo dando...*

Una tarde, don Pedro el *Cruel* intentaba convencerlo de que podía mejorar su situación económica, que él le ayudaría para que trabajase en piedras más finas, y que se hiciera marmolista, que trabajase el alabastro, y ganaría más dinero. Bartolo no se convencía. El Rey se creía que, como era rey, él lo podía todo, tenía que vencerlo y convencerlo, tenía que convencer a toda Sevilla para eso era Rey de Castilla. Ah, se le ocurrió una idea genial. Iba a aprovechar el día de San Bartolomé, el 24 de agosto, un día de mucho calor en Sevilla y él iba a hacer una de las suyas.

El confitero-refitolero del Rey era judío. El Rey ordenó: Vos enviaréis a la casa de Bartolo una gran tarta el día de su santo, en ella esconderéis muchos doblones de oro de modo que no se vean, le llevaréis la tarta en una gran azafata para disimular su peso.

El confitero y sus ayudantes cumplieron con el regio mandato. Compusieron una espléndida tarta.

—¿De chocolate con nata?—preguntó uno de los niños.

—No, pero si el chocolate vino de América. Tenéis que darle un repasito a la Historia.

El confitero salió por la puerta de servicios del Alcázar, llevó a la casa del picapedrero la dulce y misteriosa tarta que ni el confitero ni sus ayudantes acababan de entender. ¿Sería una locura más del Rey? Al llegar a la casa, los hijos de Bartolo se llenaron de alegría, iban a celebrar bien la fiesta del santo de su padre, pero éste estaba comidito de acreedores: el panadero, el lechero, el hortelano...Bartolo y su esposa se quedaron perplejos. Allí estaba la chiquillería embobados ante la tarta. Pero los padres pensaban en el pan de cada día para la familia. ¿Qué hacemos, se decían? Una vez más el deber se impuso y una vez más con sentido fatalista aceptó el destino. Bartolo, con gran desilusión de sus hijos, cogió la tarta, ¡cómo pesaba! y la llevó a su panadero proveedor con el humilde ruego que la aceptase como compensación por el dinero que le debía. El panadero no quería el trato, él quería el dinero contante y sonante, aunque fuesen unos pocos maravedíes, pero, sospechando de la situación económica del Pica y de su numerosa chiquillería, aceptó la tarta protestando.

Bartolo regresó a su taller y siguió picando, pico que pico, la piedra de cada día, el pan de sus hijos. A los pocos día, salió don Pedro el Cruel del Alcázar para convencerse y convencer a Sevilla entera y a toda Castilla de que, cual otro Salomón, era un rey que sabía muy bien lo que había que hacer y que solucionaba los casos difíciles con regia prudencia, con originalidad, con maestría. Al irse acercándose al taller de Bartolo, empezó a oír el monótono martillear sobre la piedra, el mismo

ritmo, la misma cadencia de todos los días, aquello le sonaba al monótono redoblar del viejo tambor que oía cada día en el relevo de la guardia del Alcázar sevillano.

Moderó el Rey el paso para ir observando las diferencias y novedades que esperaba encontrar en el taller y en la vivienda de Bartolo, pero no encontró ningún cambio. Los hijos del Pica seguían con los mismos churretes, la mujer con los mismos andrajos...Todo igual, fatalmente igual. El Rey dudó hasta de que se hubiese equivocado su confitero y hubiese dejado la genial y regia tarta en otra casa.

—Buenas tardes, Bartolo.

—Buenas tardes tenga, don Pedro, su Majestad.

Y Bartolo se esmeró por darle las gracias por la tarta que ponía de manifiesto la amabilidad, el cariño, la atención que el Rey tenía con sus vasallos y especialmente con el pueblo *pueblo*, con los más necesitados de Sevilla. El Pica se limitó a alabar lo externo del dulce: la vista tan bonita que tenía, el buen olor a naranja y a romero, la obra de arte que suponía la elaboración y sobre todo el detalle real de acordarse de enviar tan excepcional regalo en el día de su santo.

El Rey empezó a insinuarse. Estaba intrigado. ¿Qué habría sido de los doblones de oro? Acorraló a Bartolo y le preguntó que a qué le había sabido la tarta a sus hijos, a su mujer y a él mismo. El picapedrero se rindió y explicó al Rey cómo se la había regalado a su panadero, su proveedor, ya que no podía pagarle con regularidad. Que toda su familia le agradecía mucho al

Rey su generosidad, pero que el pan de sus hijos le había obligado a hacer lo que hizo.

Don Pedro el Cruel le informó: la tarta estaba llena de doblones de oro, quería demostrarte que podías salir de la miseria, que yo te ayudaría para ello. El Rey hizo una presentación de sus buenas intenciones, pero al fin, entre molesto y fatalista, le dijo: Me has vencido.

Bartolo lo oyó emocionado, en su mano derecha el martillo, en su izquierda el cincel, bajó las manos en un gesto de derrota, miró fijamente a los ojos del Rey, lo que estaba prohibido por el protocolo, después miró a sus hijos fijamente, a su mujer, lentamente le iba brotando el fatalismo que mamó de sus mayores y, como el que cincela un proverbio y como un graznido dijo: "Pico que pico que el que nace para pobre no llega a rico".

Y desde entonces esa frase se hizo un refrán fatalista en Sevilla.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Aunque todo tiempo, toda oportunidad, es apta para leer cuentos y toda clase escolar posibilita el que se lea un cuento en ella, sabemos que de cuando en cuando se organiza, en todas la ciudades, alguna actuación de *cuentacuentos.* La recomendación y la invitación a los alumnos para que asistan a la actuación es un refuerzo de motivación para, según el estilo de los cuentos oídos ese *cuentacuentos*, pueda servir para motivarlos e

invitarlos a que ellos escriban un cuento imitando el estilo, los argumentos y la ambientación de esos cuentos oídos.

Otra invitación que refuerza el deseo de escribir un cuento es recordar los cuentos que ellos hayan oído y hacer que algunos sean recitados y comentados en clase.

Hacer caer en la cuenta a los alumnos que todos, en algunas ocasiones en la vida, hemos sido oyentes, participantes, lectores de cuentos y que lo que otros han hecho y escrito no es un monopolio de selectos sino una actividad digna de ser imitada y continuada.

Así acontecerá lo de aquel personaje que un día quedó admirado de que él *escribía en prosa*.

De la misma manera llevar al alumno a la sorpresa gratificante y admiradora de que él *escribe un cuento.*

10. EL RINTINTÍN DE LAS MONEDAS



El actual zoco de Benghazi son unas construcciones de tiempos de la colonización italiana y parece que el actual gobierno de Libya desestima ese tipo de comercialización como un anacronismo colonial del tiempo de la presencia de los italianos. Pero en ese Zoco se vivía, al correr del comienzo del siglo XIX, la vida comercial y hacendosa del pueblo árabe, en Benghazi, sometido por aquel entonces a la dominación otomana.

Érase una vez un prestamista que se llamaba Omar y que tenía su mesa de dinero en lo más recóndito del Zoco. A éste se entraba desde la luz superabundante del Mediterráneo africano hasta llegar a la oscuridad nauseabunda del cubil de Omar.

Se diría que el Zoco empezaba en una plaza con alegres palmeras que acariciaban blancos edificios y soportales con arabescos y arcos de herradura, arcos que los árabes del Al Ándalus aprendieron de sus sometidos visigodos. En un blanco muro, encima de un ajimez, lucía un gran reloj que marcaba el ritmo humano y amistoso del tiempo oriental. A medida que se entraba en el Zoco, un dédalo de callejas estrechas cubiertas, casi como corredores, con tiendas y talleres a ambos lados, nos iban introduciendo en una vida comercial más jaleosa y en una luz física más escasa.

En un oscuro corredor, a la izquierda, la tercera puerta, estaba el despacho-oficina-sala de visitas-vivienda-comedor-cocina... de Omar. Éste tendría unos cuarenta y cinco años y no era de Benghazi, era oriundo, como buen prestamista, de no se sabía dónde, pero que las malas lenguas de los que por apremios del

prestamista tenían que seguir y espiar su vida, afirmaban que era oriundo de Jartum de donde vino huyendo de no sé qué enredos sucios relacionados con el mercado de esclavos. Omar no era usurero era la encarnación de la usura. Vestía chilaba no blanca para disimular la suciedad, era de un tono gris parduzco y se tocaba con un fez que fue rojo y que ahora era rojo negruzco. Su fez exageraba aun más sus finas facciones aguileñas que le daban un aire de refinada crueldad calculada, porque Omar siempre estaba “haciendo las cuentas” y en aquella sala, con un solo vano, la puerta de entrada, discurría toda su vida laboral y familiar.

En una fría mañana de invierno Omar se puso a trabajar desde muy temprano. Él se sentaba en una confortable jamuga para darse un aire importante e impresionar a sus clientes y “hacía sus cuentas” en una gran mesa de caoba toda llena de papeles, papeluchos y siempre escribiendo y siempre haciendo arqueo del dinero que tenía y redactando largas relaciones de lo que le debían sus clientes y de sus pingües y codiciosas ganancias.

A media mañana se le presentó un ya antiguo cliente bien esquilmado por su usura: era Alí, un colono de los alrededores de Benghazi, que vivía en las tierras que trabajaba que estaban ya tirando al desierto. Había tomado en arriendo unas tierras a Omar, parte de un gran latifundio que tenía el usureo que marcaba ese límite impreciso entre lo mediterráneo, productivo, y lo desértico, improductivo. Omar cumplía muy bien su papel de latifundista y usureo, ambos papeles se complementaban.

Muamar El Gadhafi, hoy, en *El Libro Verde* escribe: “El asalariado es casi un esclavo del ‘señor’ que le arrienda”, pero en tiempo de Omar, era lo cierto que Alí y su familia se debatían en la miseria: prolongadas sequías, malas cosechas, la enfermedad y la muerte en el ganado.., y todo eso con su abundante y prolífera familia.

Alí, acorralado por su mala fortuna, como tantos, los más de la sufrida clase de los colonos, no tenía más remedio que acudir al empréstito para no morir en el intento, tenía que acudir, por tanto, a la usura. Y el prestamista usureo de turno, aquí en Benghazi, era Omar, el omnipotente propietario. No había alternativa. La familia de Alí no podía ya con la cuesta del invierno, en Benghazi, en el siglo XIX. Esa cuesta se producía por la baja producción de los campos y del ganado: *En el tiempo de la granada, la gallina no pone nada*.

Alí se presentó ante Omar: *Es salam alaykoum* (La paz sea contigo.)

Omar ritualmente respondió: *Wa alaykoum s-salam* (Y contigo la paz.)

Ambos se miraron a los ojos. Eran “viejos amigos” y querían cómo leerse el pensamiento. Omar jugaba con ventaja. Él era el fuerte y además Alí era su deudor. Años ha, habían comenzado los empréstitos, la feroz usura y el endeudamiento de Alí y su clan. En plan paternalista Omar desvió la conversación y como una cortesía de rutina preguntó:

—¿Cómo están tus mujeres? ¿Qué tal los muchachos? ¿Cómo le va el invierno a tu ganado?

Sin esperar respuesta empezó recriminar los tiempos tan malos que le habían tocado vivir. Bajando la voz, mirando alrededor para ver si eran observados, al oído de Alí espetó una retahíla de lamentaciones, todos los males eran debido a la injusticia y a la impericia y al despotismo de la dominación otomana que ni dejaba autonomía a la nación árabe ni tenía poder y tacto político para atajar los males: la corrupción municipal y la ineficacia en los asuntos políticos de donde se seguía tanta miseria; ésa que Alí y toda su familia también conocía.

A árabes y a turcos sólo les unía el Islam, pero eso era poco porque no aterrizaban en el plano de la justicia y de todo lo concreto. Se vivía la tensión paralizante de dos nacionalismos secularmente enfrentados.

Alí escuchó con calma, con un respeto que diríamos casi contrahecho. Se produjo un tenso y terco silencio y cuando iba a exponerle su demanda, Omar, en plan autoritario y, como queriendo zanjar la cuestión, exclamó:

—¿Más dinero? De ninguna manera, primero págame lo que me debes con los intereses convenidos. Pagar, pagar, pagar, ese es el asunto. Aquí tengo todas tus firmas donde te has comprometido a pagar a su tiempo, con el ritmo convenido y el dinero convenido. Si no me pagas, te llevaré al Gran Cadí.

Estas palabras resonaron al ritmo monótono y cansino de un gran tambor, una tambora árabe. Unos artesanos de la plata celebraban el cumpleaños de su jefe

con música y danza. Alí tragó saliva y el aire de jarana y jolgorio que se oía a su alrededor resultaba sádico y refinado en este momento de su infortunio. El veía a sus nueve hijos, unos enfermos y todos pidiendo pan y se imaginaba su llegada ante sus cuatro mujeres sin una moneda. No es que habría fracasado en su empeño de poner un temporal arreglo a la situación catastrófica de su hogar, en el intento de remontar el invierno, sino es que él se sentiría un "fracasado total" y todos lo tendrían como tal.

La actitud desafiante de Omar daba pocas esperanzas, pero Alí en nombre de Alá clemente y misericordioso expuso que su situación era tan sólo desesperada hasta la primavera y que sería desahogada después del verano con la nueva cosecha, Le expuso todo un cuento de la lechera pero dando a cada una de las etapas un aire de realismo y vivacidad y humanidad. Su voz que era a veces anulada por el monótono tambor vibraba con un tono entre suplicante y resentido.

El nombre de Alá clemente y misericordioso daba a la escena y a la discusión un clima trascendente.

Ambos se miraron a las manos y ambos tenían en su izquierda el racimo de cuenta con que el piadoso mahometano expresaba su piedad pero una piedad que no llegaba a la misericordia. Omar se echó para atrás en su jamuga, se quitó las gafitas de vista cansada que usaba para "hacer las cuentas" y en tono autoritario y conclusivo exclamó:

—No, no y no. Solo me queda llevarte al Gran Cadí

Alí decididamente tomó un tono desafiante y aceptando el reto del usurero, más que hablando, mascullando, exclamó:

—El Gran Cadí está de parte de los colonos, tú no podrás nada contra mí.

Alí bajó la mirada, se hizo otra vez un tenso silencio. El tambor había callado. Sólo se oía ese murmullo indefinido de un Zoco. Alí estuvo callado ante Omar un minuto, tiempo suficiente para que por su imaginación pasase toda la tragedia de su familia, recorrió toda su vida, de muchacho, de joven, cómo se fue cargando de mujeres y de niños, la ley fatídica de la poligamia...

Por fin levantó la mirada y vio a su usureo, y lo contempló con una mirada de asco y de desafío que incrementó la rabia de Omar. Sin despedirse, arrastrando los pies por el desaliento, se marchó al son, tan estridente para él, del tambor libio que empezó de nuevo a sonar. Como el que solfea una melodía Alí repetía:

—No podrá, no podrás nada contra mí...

Estas palabras lanzadas contra la arrogancia de Omar, como un estímulo, tuvieron su adecuada respuesta:

—Me la has de pagar, me la pagarás...

Alí se puso a vagar por el Zoco y, como si la gente le molestase salió y se fue por callejas poco transitadas hasta que se encontró ya fuera de la ciudad en el camino

de Benghazi a Alejandría. A la entrada de la ciudad, para él ahora la triste salida, había una fuente con un abrevadero. Enfrente de él, a una discreta distancia, se sentó en el suelo, y empezó a contemplar a los traficantes de ganado que, haciendo un alto en el abrevadero, salían y entraban en la ciudad. Alí se acordó del proverbio árabe *Siéntate a la puerta de tu casa y verás pasar el cadáver de tu enemigo.* Pero el más puro fatalismo oriental no lo consolaba, no estaba en su casa, asiento cómodo no había, y no tenía su cuerpo fuerte y bien alimentado para aguardar el cadáver de Omán.

Era el mediodía, el almuédano desde el alminar convocaba a la oración al piadoso musulmán. Por el momento se hizo un silencio reflexivo alrededor del abrevadero, sólo turbado por el balar de las ovejas. Pasada la oración, se sintió desplomado. Se sintió zarandeado por sentimientos opuestos: uno el de *cumple tu destino y muere* y otro más fuete el de luchar y vivir. Para este segundo tenía que estimularse. Alí recurrió al hachís. No sin fundamento de *hachís, hachichí* viene, por vía francesa, la palabra asesino. Para matar los árabes tenían que estimularse con la droga. Se dirigió pausadamente a un cobertizo donde pernoctaba el ganado. Cogió su pipa y la cargó con la hierba, lentamente como el que no tiene ninguna prisa en acabar, se preparó para un viaje. Una, dos y tres pipas fumadas con sosiego hasta que Alí se quedó dormido. Soñó muchas cosas hasta que la desnutrición que tenía le hizo imaginar unos suculentos manjares preparados por sus mujeres que despedían apetitosos olores, unos platos de carne con muchas especias cuyo ardor tenía que apagar con una bebida dulzona de color rojo, como una sangría

sin alcohol. Alí durmió su mona lo que quedaba de la tarde y toda la noche.

Al amanecer lo despertó el ruido del ganado y las voces de los pastores. Ahora ya despierto, el hambre le hizo evocar el tufillo de los guisos de su viaje. Desnutrido con el hambre canida del drogadicto, deambuló por las callejas de Benghazi hasta que el curso de la gente lo fue conduciendo al Zoco. A media mañana se encontró otra vez frente a la mesa de Omar.

Dudó, vaciló, pero, al fin volvió a dirigirle una nueva demanda de dinero y ahora en un tono más suplicante y moderado. Viendo la negativa reiterada del usurero, le dirigió una pirueta, un gesto de asco y desprecio que Omar guardó resentido en el momento en que Fátima, la mujer cocinera ese día de turno, sacó del fuego su humeante guiso para verlo a la luz del candil, pero en parte también para halagar a su señor, ya que en el harén había que luchar en competencia.

El olor del guiso llenó toda la sala y Alí, todavía en ayunas, sacó unos coscurros de su zurrón y los bailó dulcemente por el humillo que salía de la olla con la maliciosa complacencia de Fátima pero con la ira crispada de Omar. Como una danza acompasada, Alí zambullía los coscurros en el humillo y se los iba comiendo. Fátima se sentía halagada y complacida pero Omar se sintió atacado por dos frentes y se puso, ya fuera de sí, como un energúmeno y saltó como un rayo:

—Tramposo, no me pagas mi dinero y ahora vienes a robarme mi comida. Me lo has de pagar y ahora mismo, o me pagas el precio de lo que me has cogido con el pan

o vas al tribunal del Gran Cadí. ¿Me lo pagas ahora mismo o no? Si no me pagas, te llevo ahora al Gran Cadí.

Ante la negativa de Alí, se levantó de la jamuga como una fiera, cogió a Alí por el brazo y lo sacó a la calle y sin dejarle acabar de comer los coscurros, lo empujaba hacia el patio del Gran Cadí de Benghazi que cada mañana juzgaba y sentenciaba los pleitos en nombre de Alá clemente y misericordioso.

Atropellándose en las palabras, Omar espetó su acusación ante el Gran Cadí, turco de nación, que despreciaba a la pendenciera y camorrista chusma de Libya. Con voz contrahecha, el Cadí hizo la misma pregunta que Pilato a los judíos. Los dos tenían la misma rutina:

—¿Qué acusación traes contra este hombre?

—Este hombre —respondió Omar— que además es un antiguo deudor y colono mío acaba de ofenderme gravemente pues ha ido a mi casa, me ha robado el olor de mi comida con recochineo y encima no quiere pagarme su importe.

El Gran Cadí no se aclaraba del todo, no se hacía cargo de la acusación y le pidió explicaciones y a Alí le facilitó su defensa y además exigió la declaración de dos testigos. Cuando se informó plenamente de lo sucedido y se hizo cargo de la acusación, se convenció de que se trataba de una acusación original que requería una sentencia ejemplar que lo acreditase ante el populacho y que sirviese de ejemplo en toda Libya y que demostrase

el justo poder judicial que los turcos ejercían en todo su extenso imperio.

Mandó sentarse en el suelo a todos los asistentes e hizo un rato de silencio, que era un rato de oración, pidiendo a Alá el discernimiento, la prudencia y la justicia. Después de la oración preguntó a Alí:

—¡Es verdad que habéis comido el pan empapado del humillo oloroso y nutritivo que salía de la olla de Omar? ¿Sí o no?

—Sí, es verdad, Gran y Magnánimo Cadí.

—Pues a cada uno lo suyo —pontificó el Gran Cadí— habéis de pagar su precio. Esa es la justicia del omnipotente Alá que yo, su humilde siervo, pretendo interpretar. Pero, hermanos ¿cuál es su precio?.

Al hacer esta pregunta miraba como interpelando a la asamblea, nadie respondía y el Gran Juez volvió a preguntar:

—¿Cuántos trozos de pan humedecisteis en el sabroso humillo del guiso de Omar?

—Tres coscurros de pan.

—Bien habéis dicho. Escribano, traedme tres monedas de oro de un dinar.

Y cogiéndolas en su mano derecha, bajó decidido del estrado y se fue donde estaban acusador y acusado y aproximándose a Omar levantó la mano con los tres

dinares y arrimándolos al oído de Omar los sonó solemnemente y, como si fuera el rito cadencioso de una danza, fue por toda la asamblea luciendo el brillo del oro que brillaba por el aire y haciendo oír el rintintín de las monedas.

—Todos sois testigos. Omar ha sido resarcido. Ya lleva su recompensa: al tufillo de una olla corresponde el rintintín de unas monedas. Podéis retiraros. *Es salam alaykoum* (la paz sea contigo.)

Omar miró con resentimiento a Ali y miró con rabia al Gran Cadí.

Alí bajó la cabeza. Su familia y él no se alimentarían con pleitos ganados, ni de ejemplares sentencias de la justicia turca, ni de victorias pírricas... Pero llevaba a su descendencia un pleito ejemplar de equidad, un cuento que contar a sus hijos y a sus nietos.

COMENTARIO DIDÁCTICO

En el verano de 1984, el autor de este cuento fue invitado por la Embajada de Libya en Madrid a tener, en Benghazi, un curso de información sobre la filosofía política de Muammar El Gadhafi, sobre su *Libro Verde*, y sobre las realizaciones concretas de la política de la *Tercera Vía,* que consistía en un punto equidistante, por una parte, de la pluralidad de partidos políticos de las democracias occidentales que aíslan al ciudadano del gobernante y, por otra parte, del partido político único de los regímenes de la *Dictadura del Proletariado* que se

caracterizan por el totalitarismo, la limitación drásticas de libertades.

Fue una oportunidad de oír a Gadhafi sin intermediarios y conocer Benghazi y el mundo árabe lo que aporta una serie de detalles, anécdotas, datos históricos y geográficos que dan una cultura sobre esos temas.

Dada la generalización del veraneo en localidad distinta a la del curso y los viajes que se programan, tenemos una oportunidad al reiniciarse el curso de sugerir que ese cúmulo de experiencias lo aprovechen los alumnos para escribir. Lo más obvio cuando se viaja es escribir una narración de lo que se ve y se experimenta en el viaje y ese género literario existe, es fecundísimo, se llama la literatura de viajes de la cual tenemos maravillosos testimonios en el romanticismo y ya que ultimamos este libro en Granada, recordemos al ya mencionado en la bibliografía, WASHINTONG IRVING (1782-1859): *Cuentos de la Alambra*. Este género literario es fácilmente cultivable por los alumnos en sus veraneos. El profesor puede mencionarlo, motivarlo y tutelarlo. Pero además, creemos, y es lo que ahora en concreto proponemos, que esas experiencias veraniegas pueden servir para escribir un cuento. Sugerir que el alumno busque un núcleo narrativo que sea el esquema del cuento y que después lo vaya engrosando con peripecias, conocimientos y vivencias que él haya tenido en su viaje-veraneo.

11. EL CELOSO ECIJANO



El punto más caluroso de Europa es Écija. Como el lenguaje está en función de la riqueza de percepciones sensoriales, en *La Ciudad de las Torres,* se habla y se comenta sobre *el calor, la calor, los calores y las calores.* Eso es nada si se compara con los esquimales que en su lengua tienen trescientas palabras para indicar las clases de nieve que hay y los matices que se pueden distinguir en ella.

En la Écija de finales del siglo XVIII hacían todavía más *calores*. Era una ciudad interesante. No sólo recogía tradiciones romanas, visigodas, árabes y castellanas sino que centralizaba la colonización de Sierra Morena por alemanes, en tiempos de Carlos III. Vamos, lo contrario y tan chocante hoy: la plusvalía de los proletarios alemanes al servicio de los palacios y de las torres de Écija. Hoy hay calles, como la actual Emilio Castelar, antes Caballeros, donde se enumeran hasta trece palacios. Vivir en una calle así equivale casi a un bachillerato.

En el trazado árabe de las calles ecijanas, existe una como espina clavada, es la calle Miguel de Cervantes o calle Nueva, como fruto de un desarrollista ensanche del siglo XIX. Esta calle nos lleva al *Salón*, la plaza del Ayuntamiento, y junto a ella, está la plaza de Santa María. De esta parte una callejuela peatonal en ángulo recto que acaba en la calle del Conde. En el recodo de la calleja hay una casa con una ventana, más bien un ventanuco, con un arco de medio punto, casi como un retablo. La ventana está en la planta primera que es la única que tiene la casa además de la planta baja y por tanto está a poca altura del suelo de la calle.

Esa casa era la casa de un terrateniente andaluz que se llamaba Francisco, Curro para sus familiares y amigos y don Curro para los jornaleros. Su esposa era Anita, una dulce y encantadora mujer ecijana de agradables maneras. Los dos eran jóvenes: el tenía unos veintisiete años y ella poco más de veintidós. Hacía siete años que se tuvo la boda en el gran templo de la Parroquia de Santa María de Écija. Anita era hija de otro terrateniente ecijano, así que la boda fue motivada, apañada, por los padres de ambos, pues se proyectaba como una unión rentable entre los dos jóvenes y entre sus extensos cortijos que, en la campiña ecijana, eran colindantes y eran ambas dos posesiones muy productivas. O sea, que en ellos se realizaba la crítica del matrimonio capitalista que formuló Karl Max inspirándose en la obra *La dama de las camelias* de Victor Hugo.

La hermana mayor de Curro se casó, en una también apañada boda, con el hermano mayor de Anita. Este matrimonio, con una fecundidad que le venía de estirpe, tuvo en diez años siete vástagos. Aquello fue el culmen de fecundidad que había alcanzado la familia en ocho generaciones. La genealogía de la familia de ambos contrayentes la tenían muy conocida y documentada.

La mañana de la boda de Anita y Curro, el cura de la Parroquia de Santa María presidió la ceremonia con toda solemnidad, cual correspondía a linajudas familias de Écija, siguiendo el ritual toledano. Después del Padrenuestro de la Misa, al llegar a la oración por los esposos y "vean ambos los hijos de sus hijos hasta la tercera y cuarta generación", se hizo un rumor en el templo y los asistentes se miraban y se decían: "Como sus hermanos, sí como sus hermanos mayores". Cuando

por la portada del templo de Santa María, los asistentes apretados contemplaban la salida de la *bella pareja*, todos pensaban en la abundancia de hijos que tendrían los nuevos esposos.

Pero destinos de la suerte, todo fue al revés. No tuvieron hijos. Los desearon hasta las lágrimas de Anita —Curro no podía llorar, era hombre—, pero los hijos no vinieron. Así empezó la crisis del matrimonio. Curro atribuyó la esterilidad a Anita y, como si fuese una maldición repetía: *Dios te ha cerrado la matriz.* Anita atribuía la esterilidad a Curro. La carencia de hijos se intentaba remediar por todos los procedimientos que se conocían y empleaban en el siglo XVIII: el romero, en infusión, era emenagogo; la tisana de Artemisa o hierba de San Juan favorecía la fecundidad; el agua de la *Fuente de la preñez* que era un agua ferruginosa también daba abundancia de hijos, daba abundancia de glóbulos rojos. Pero sobre todo el recurso a los conventos de clausura como comunidades vivas de intercesión en los casos de graves necesidades y peligros.

En el caso de Anita y Curro nada sirvió de nada. El matrimonio se fue degradando, los hijos no llegaron y sí los celos y sus réplicas y reacciones en cadena. Curro decidió atar corto a la joven Anita. Estableció en su casa una clausura casi monástica. Anita no saldría nunca de casa si no fuese acompañada por él. Sometió a su esposa a un estricto espionaje y buscó para ello a una ama de casa de su confianza. Esa fue Robustiana, una antigua criada del cortijo de sus padres. Dio las instrucciones pertinentes: que no abriese la puerta de la calle a nadie y que si alguna vez alguien entraba, en caso de necesidad, le diese rendidas cuentas de ello. La casa quedó como

sitiada. Dio órdenes de que todo el avituallamiento se proveyera por la ventana del piso superior. Un juego de canastillas de menor a mayor bajaban y subían con un cordel los productos y subproductos de aquel hogar. Los vendedores ambulantes al llegar a casa de Anita se paraban ante la ventana a esperar la aparición, rara vez de la señora, casi siempre de una joven criada, que daba las órdenes precisas sin el ritual estereotipado del regateo pero con el fomentado afán de alargar la conversación y así liberarse un poco de la drástica clausura impuesta. Los vendedores se iban contentos, admiraban la belleza de Anita y sus muchachas y comentaban la injusta cárcel impuesta por el señorito don Curro —que era *un bala perdía*— a su esposa encantadora y generosa a la hora de pagar sus compras.

Curro captaba todas las tensiones matrimoniales y vivía el rechazo a Anita provocado por su maldita esterilidad. Todo ese mundo afectivo le impulsaba a ir, más bien huir, a su cortijo y desde allí planificar sus segundos frentes amorosos con tanta pasión como frialdad. Como cree el ladrón que todos son de su condición, él sospechaba que su esposa le fuese infiel, como él, y la clausura que le había impuesto le resultaba como una tela de araña en la que él mismo se enredaba. Cuando Curro estaba en el cortijo se lo comían los celos y tenía que volver a su casa a ver si todo marchaba conforme a sus órdenes. Curro tenía en sí todas las características de un terrateniente explotador, machista, adúltero y celoso. Anita sufría, no con toda paciencia, su ingrato destino de ser la esposa rechazada por su inculpable esterilidad y en su fondo no aceptaba su situación y la ética machista, con dos raseros, de su marido. Para él había dos morales: la del macho al cual

toda infidelidad estaba permitida y aún servía para realce de su virilidad y la moral de la hembra a la cual toda sumisión, comprensión y fidelidad era exigida.

La pasión del desquite, de la revancha contra el pensamiento y el comportamiento amoroso —más bien diríamos desamoroso— de Curro la iba carcomiendo. Ella tenía que hacer algo. Ya sonaban en la Ciudad de las Torres clarines de libertad y progreso, se iban difundiendo ideas dispersas de una ética ilustrada. Más que la presencia de los colonos alemanes, lo relevante era la prosperidad económica que la mano de obra de ellos generaba. Se anunciaba un impacto sociológico de una mayor cultura. Anita era de las pocas mujeres que en aquel momento cultural sabían leer. En sus largas noche de aburrimiento, leía historia y literatura, eran sus lecturas preferidas. Estas lecturas la llevaban a reflexiones filosóficas, éticas, aunque estos temas no los leía. Tenía una filosofía primaria, inmediata, su ética era la ética que se deduce de las fábulas y los apólogos. Devoraba los *Apólogos* de don Juan Manuel, los *Miraclos de Nuestra Señora* de Gonzalo de Berceo... ¿Por qué ella tenía que aceptar las pautas de conducta de una sociedad inculta, injusta y convencional? De los fabulistas a los que leía hasta memorizar lo que más le gustaba eran los gritos de rebelión que repetía con insistencia:

Ordeno a la Locura,
desde este instante mismo,
que eternamente sea
de Amor el lazarillo.

Entusiasmada con esas lecturas que prolongaba hasta altas horas, una noche que Curro echaba una canita al aire se durmió y soñó:

Ella estaba en el cortijo y daba espléndidos paseos a caballo recorriendo toda la campiña ecijana. Daba órdenes y le aparejaban el mejor alazán de la cuadra. El mozo de cuadra era Frasquito, el hijo mayor de aperador del cortijo. Frasco que era el nombre todavía más familiar y cariñoso acababa de regresar de Madrid donde había estado sirviendo al Rey Carlos IV, recién elevado al trono, y precisamente como buen cortijero había servido en las cuadras de la Guardia Real. El regreso de Frasco a Écija y a su cortijo había sido espectacular. Vestido con su flamante uniforme de la Guardia Real era el atractivo de todas las chicas casaderas. No sin razón el uniforme de tuno y de militar tiene su atractivo y no sin razón los soldados croatas pusieron de moda la corbata. En el cortijo la vanidad de los dueños se sentía halagada encargando a Frasquito de la cuadra y vistiendo su gentil presencia, en los momentos de servicio, con un elegante uniforme. Anita salió de paseo al amanecer de un día del mes de junio que comenzaba. Frasco le preparaba el alazán y la acompañaba a un cuerpo de distancia y siempre a la derecha de Anita. El convenio estaba ya establecido: siempre el varón a la derecha y la dama a la izquierda cuando iban cabalgando. El varón se cerraría toda su vestimenta montando el lado izquierdo de ella sobre el lado derecho con alfileres, hebillas y algún botón.

La mujer, al lado izquierdo del varón con más alfileres, más hebillas y quizá menos botones, de manera simétrica, montaba el lado derecho de su ropa sobre el lado izquierdo. Así todo desarreglo del vestido motivado por el ajetreo del trote y del galope

quedaba defendido de cualquier mirada indiscreta del sexo contrario.

Frasco ayudaba a Anita a subir y a bajar del caballo. Aquel servicio que tantas veces había sido una cortesía de rutina, en esa mañana fue el comienzo de una aventura amorosa. Al llegar a unos álamos que rodeaban una fuente, Anita quiso descansar y beber y al descender del caballo su cuerpo tan ligero, tan frágil, se resbaló intencionadamente ante los brazos de Frasco y éste la retuvo para que no cayese. Peripecia insignificante de un tan mágico efecto y de un influjo tan grande que desde aquel momento Anita, la gran señora y Frasquito, el hijo del aperador del cortijo, dejaron el vos y se tutearon a la francesa. Aquella noche todo fue consecuente y Anita introducía a Frasco en su alcoba, vengando así la actitud machista de su marido. Después de una luna de miel Anita regresó a Écija, a su encierro, pero ya no pudo prescindir de Frasquito y utilizó todas sus artimañas para que en las largas ausencias de Curro viniese a su casa de noche. Para ello tenía que neutralizar el cerco vigilante de Robustiana y poner a su servicio y conceder migajas de su aventura amorosa a dos de sus más jóvenes y locas sirvientas. El plan se trazó con todo detalle. A la hora de la tisana, después de la cena, la encargada de preparar la infusión, *il filtro de amore*, cargaría la mano de gotas de pasionaria en la taza de la feroz guardiana mientras que Anita y las jóvenes estarían alertadas y vigilantes para la aventura amorosa mediante abundantes pizcas de salvia. Y Curro en Sevilla haciendo tratos de ganado y algún que otro escarceo de propina. Ellas alertas al ruido de los cascos del

caballo de Frasco. Después todo era coser y cantar. Se abría la ventana en la calleja oscura y solitaria, con una soga se descolgaba una ágil escalera de mano y subía por ella el apuesto y gentil Frasquito. Él, como más forzudo, se encargaba de remontar la escalera, se cerraba la ventana y todo empezaba hasta pasada la madrugada. Antes de amanecer, operación inversa y llegada del hijo del aperador al cortijo con las primeras luces. Anita había gozado de alma y de cuerpo, de venganza y placer, refinada venganza femenina y exquisito placer donde ella era la protagonista, qué podía gozar más, estaba satisfecha pero se sentía también esclavizada: ya no podía prescindir del gozo morboso de lo prohibido y de lo aventurero. La repetición de la aventura puso en alerta a Robustiana. Ésta alertó a don Curro. Éste montó en cólera. Anita estaba ya condenada: eran reos de muerte. Pero Curro quiso hacer las cosas bien y planeó la venganza en el amante de su esposa como si fuese un rito de honor. Fingió que partía a un viaje muy largo...

Pasados un par de días, entró por la puerta de los carros en su casa. Se acababa de hacer de noche y encerró a todas las mujeres en una habitación interior: allí estaban todas, Anita, Robustiana y las jóvenes aventureras. Se miraron al principio con extrañeza, después con inquietud hasta que llegaron al odio. Todas callaban. Curro esperó la probable llegada de Frasco. El acompasado péndulo del reloj de la sala hacía más tensa y misteriosa la espera. Mientras tanto, Curro sobaba nervioso la soga. Se oyó la llegada de Frasco. La noche oscura, lluviosa, lúgubre. ¡Todo un cacique burlado por el

insignificante hijo de un aperador! La venganza sería sonada. Sin que lo viera, Curro desciende la escalera con una soga. Pero otra, la más sobada, tenía el nudo corredizo para un ahorcado. Cuando Frasco lentamente subía los últimos peldaños de la escalera, Curro le metió la cabeza en el lazo de la soga, empujó violentamente el cuerpo de Frasquito hacia atrás hasta que perdió el equilibrio y cayó de la escalera, su cuerpo se desplomó y se balanceó como el de un ajusticiado. Con toda fuerza Curro retuvo el peso del cuerpo y amarró la soga al hierro de la ventana. Con toda frialdad subió la escalera de mano y la colocó en su sitio exacto. Cerró la ventana lo mejor que pudo y se dirigió a la habitación donde estaban las mujeres.

—No ha venido nadie, no hay nada, vayámonos a descansar en paz.

Fuera, el cuerpo de Frasquito con la lengua fuera recibía la caricia macabra de la lluvia. Al amanecer, en la calleja, los primeros transeúntes vieron el espectáculo y quedaron sorprendidos. Alborotadamente llamaron a la puerta de la calle. El llamador resonaba estrepitosamente. Tanto sonaba que Anita se despertó.

No estaba en su casa, se encontraba sola en la cama del cortijo. ¿Qué significaba ese sueño? Era un aviso, era una monición de la conciencia que le reprendía su comportamiento, ¿qué significaba todo aquello?

Por eso los que pasan por debajo de la ventana en aquella calleja, los ecijanos de hoy, se preguntan si la

leyenda del ahorcado en tan sonada venganza fue un sueño o una realidad.

COMENTARIO DIDÁCTICO

En la búsqueda de recursos para que los alumnos escriban y escriban bien cabe leerles alguna obra literaria modélica. Sea, por ejemplo, la novela ejemplar de Cervantes, El celoso extremeño.

Buscando recursos, también se puede recurrir a exponer o leer alguna leyenda que se cuenta de algún acontecimiento original en cada ciudad. En Écija se cuenta aproximadamente el contenido de este cuento.
Estimulados por esas lecturas y por esas narraciones o por ambas cosas, si ha lugar, como en el caso de esa leyenda ecijana, se les invita a que ellos, con palabras suyas, con sus propias ideas, reconstruyan algo similar y redacten un cuento.

Este ejercicio parece que es fácil y que es básicamente un ejercicio de imitación y, por tanto, ágil para ser realizado y puede capacitar al alumno para que después él escriba unas redacciones más creativas y originales

12. DE LA SOGA A LA CORBATA

En Trípoli, la capital de Libia, en el siglo XIII, había una vez un viejo abuelo que estaba clavado en el lecho del dolor. Duro ya de oído, con cataratas en ojo y medio y tracoma en los dos, con reuma deformante en los dedos de las manos, con varices en las piernas y paralítico de medio cuerpo para abajo. Era un varón de dolores. Se llamaba Alí. En nombre de Alá, clemente y misericordioso, empalmaba los días de claro en claro con las noches de turbio en turbio. Había tenido, como Dios manda, cuatro mujeres y veintiún nietos. De sus esposas sólo le quedaba Fátima, la superviviente de una epidemia de viruelas—qué epidemia, comentaba el pueblo— que asoló la región hacía tres años. Ella llevaba en su cara las picaduras de viruela como testimonio a la vez macabro y triunfante de aquella terrible plaga. La vieja Fátima cuidaba del viejo como podía.

Entre todos los males de los muchos males que Alí sufría con paciencia, el mayor era el aburrimiento. Las largas tardes de aquel invierno mediterráneo. Fátima se ponía junto al lecho a remendar la ropa, en la alcoba, a la luz del candil. Los dos se pasaban una hora en silencio. Que largas eran las tardes.

—Fátima ¿no me cuentas nada? — Alí se lamentaba.

—¿Qué quieres que te cuente? —respondía Fátima.

Y pasaban las horas en silencio.

La única alegría de Alí acontecía cuando lo visitaba su nieto Ismael, de nueve años, que vivía en el barrio de la mezquita. Tenía Ismael admiración y lástima por su abuelito. Sobre todo le gustaba que su abuelo le contase cosas de los tiempos antiguos, de los tiempos idos, que le contase cosas de su juventud y de su vida tan rica en vivencias y en experiencias. El nieto había oído que su abuelo había sido muy famoso en Benghazi.

Pero a Alí le costaba revolver los recuerdos agridulces de su pasado. Con todo quería complacer a su nietecito y le contaba cómo era la Benghazi de su infancia. Lo más divertido eran las inundaciones. Qué bien lo pasaban. Las calles llenas de agua y ellos jugando en el agua. La gente se lamentaba y ellos lo pasaban bomba. Se metían en el agua y es verdad que cuando llegaban a su casa les reñían y tenían que cambiarse de ropa y calzado. Las epidemias eran duras, no podían ni respirar hondo porque por ello se contraía la enfermedad. La disciplina que tenían que tener ante la mano dura de los Visires y lo más trágico era cómo se iba perdiendo la fe en un solo Dios, Alá, y Mahoma su Profeta.

Un día Alí presintió su cercana muerte y quiso dejarle a Ismael una herencia: la historia completa y azarosa de su larga vida. Quería transmitirle la antorcha de su lucha por el existir cotidiano para que la recogiera su nieto predilecto. Tenía la nostalgia de vida pasada y el pesar de que ninguno de sus once hijos varones poseía el coraje de vivir la vida con el nervio con que la vivió su padre.

—Ismael. Ismael, cuando yo era joven, mi padre me llamó un día y me ordenó que me pusiera al frente de su bazar. Me dijo que presentía su muerte y a las dos semanas, sin enfermedad manifiesta, murió. Una tarde al oscurecer, cerró la puerta del bazar, hizo la oración del crepúsculo, cenó y se acostó. A la mañana siguiente pudimos ver la expresión serena de su rostro difunto ya gastado.

Desde entonces me esforcé por seguir el oficio de mis mayores y llevé el bazar con el entusiasmo del que continúa una tradición de padres a hijos. Allí vendíamos de todo, pero yo me especialicé en ropas de bien vestir. La elegancia oriental que recibimos de nuestros mayores tenemos que conservarla e incrementarla; hoy los jóvenes no saben vestir bien y es que hasta los buenos modales se van perdiendo.

Todo en nuestro bazar iba próspero hasta que un hombre malo, un perro infiel, estableció un bazar en la misma calle, en la acera de enfrente. Me combatía, me calumniaba, me desprestigiaba, hablaba mal de mí, de mis productos. Era pura envidia. Mi bazar tenía ya un prestigio del que carecía el suyo. Un día, un día funesto para nosotros, tuvimos una fuerte discusión, nos insultamos, nos pegamos, nos amenazamos de muerte. Toda la calle se enteró, los gritos llegaban al cielo. Pero todo quedó en eso. Los dos nos fuimos a nuestro bazar y seguimos nuestra vida. Los clientes que vinieron esa tarde a mi bazar me daban la razón. Es verdad que eran de los míos. Me previnieron contra el enemigo. Decían que él afirmaba que tenía que vengarse.

Aquella noche, no se sabe a qué hora ni cómo, unos rateros robaron en el bazar de mi enemigo, se llevaron todo el dinero y a él lo apuñalaron. Por la mañana cuando descubrieron el cadáver bañado en sangre, se produjo una conmoción en todo Benghazi... No había rastro del asesino, algunos pensaron en mí. Las amenazas que nos dirigimos por la mañana las daban como pruebas, como una bola de nieve empezaron a difundir la noticia: "Alí es el asesino". Para más abundancia reconstruyeron la trama del crimen árabe perfecto: Alí se drogó con hachís y enloquecido por la droga llegó a la venganza y al crimen total. Los alguaciles vinieron a mi bazar y me llevaron al juez, yo tenía puñales para vender, dijeron que hasta en uno encontraron huellas como de sangre, las medidas de las heridas coincidían con las del puñal sospechoso. Yo estaba reuniendo dinero para hacer abundantes compras a los comerciantes que vendrían de Egipto y Siria. También ese detalle fue contra mí. Ese dinero lo interpretaron como el dinero robado. Mi venganza, según mis acusadores, había sido la venganza perfecta.

Aquella noche ya dormí —digo mejor—, estuve en la mazmorra. ¡Qué noche la de aquel día! Yo no tenía otra prueba que mi inocencia. A los tres días me llevaron al tribunal en el Pórtico de la Casa del Gran Visir. El juez escuchó la acusación del fiscal, las declaraciones de mis enemigos, la tímida defensa de los que me crían incapaz de tanta felonía y la ineficaz declaración de mi inocencia.
El cadí solfeó la sentencia: *Alí es reo de muerte y muerte en la horca pública.* Como fuego de estopa corrió la noticia por todo Trípodi: Alí irá a la horca. ¡Cómo lloraba tu abuela!

La sentencia tenía que cumplirse antes de pasados tres días. Fueron unos días horribles de una espera infinita. En la plaza pública montaron el tablado para la ejecución. Eran doce tablones levantados dos pasos de altura, detrás de ellos un poste de seis pasos de altura y colgando en un palo trasversal la fatídica soga. Era ya vieja, sucia y estaba untada de sebo para que corriese con facilidad en el nudo corredizo. Yo oía desde la cárcel los martillazos de los que preparaba el tablado. La ejecución sería a la hora de prima para que el cadáver estuviese en la horca hasta la hora de nona y toda la ciudad pudiese contemplarlo y sirviese de escarmiento. Una hora antes me sacaron de la mazmorra y me ataron las manos y me subieron a un jumento. En la espalda tenía un letrero: **Alí, asesino y ladrón, reo de muerte en la horca.**

Cuando me llevaron por las calles, sentí angustias de muerte. Delante del bazar de mi enemigo me detuvieron y allí el populacho gritaba como energúmeno, yo creía que me linchaban. Al pasar por mi bazar cerré los ojos y vi a mi padre y a mi abuelo en su puesto de trabajo que para ellos había sido un lugar de felicidad y bienandanza y ahora para mí acontecía un lugar de vergüenza. Por fin llegamos al patíbulo. El Gran Visir estaba sentado en su solemne sitial. Aquel año acontecía que era un *Año Jubilar*, lo que significaba que todo tenía un especial boato y solemnidad. En ese año funcionaba la justicia pero era también un año de gracia y de perdón. Me subieron a un banquillo, me echaron la soga por el cuello, sentí la rudeza del lazo sobre mi piel. Sonó el redoble de un tambor, que es la manera oriental de hacer silencio, produciendo más ruido. Por fin se produjo un profundo e hiriente silencio. El cadí volvió a leer la

sentencia. El Gran Visir puso su cara de momentos solemnes, era toda una careta. Como gesto de ecuanimidad y gracia permitía al reo manifestar su ultima voluntad. Dijo: Alí vas a morir, antes de encontrarte en el tribunal de Alá ¿tienes algo que decir?
Yo, subido en el banquillo, con la soga pringosa rozando la piel de mi cuello, lancé una mirada al Visir y a toda la concurrencia que debió ser más suplicante que retadora y a voz en grito clamé: Gran Visir de Trípoli, Mohamed Hasan Safard, y todos mis conciudadanos, delante de Alá clemente y misericordioso, declaro con juramento y con plena conciencia que soy inocente del crimen que me acusan.

El silencio se cortaba en toda la plaza y proseguí: Pero si me creéis culpable, Gran y Honorable Visir, dignaos mostrar vuestra clemencia y misericordia, en este Año Jubilar, perdonándome la vida. Después de un todavía más tenso silencio, se oyó el murmullo creciente de los partidarios del indulto y de los empeñados en la condena. El Gran Visir mandó de nuevo un redoble del ritual tambor y con gran empaque y con una idolátrica autocomplacencia pronunció estas palabras: "Alí, quedas indultado. En este Año Jubilar has obtenido mi misericordia". Estas palabras, ahora en el declinar de mi vida las estoy casi oyendo de nuevo.

La división de opiniones del público fue centrándose hacia una aprobación. Pero el Visir quería dar todavía más imagen de prosopopeya y majestad y, vuelto a hacer el silencio, dijo: "Alí, quedas indultado de la pena de muerte pero como castigo tendrás que llevar durante toda tu vida al cuello un recuerdo de la pena de muerte que se te ha impuesto e indultado". El Visir ordenó

que me bajasen del banquillo, que cortasen la soga y que me dejasen el nudo corredizo y dos palmos más de soga al cuello.

Cuando con la soga al cuello me dirigí a mi bazar, todo me parecía un sueño. De nuevo realicé mi vida. La clientela aumentó. ¿Por verme con la soga al cuello?

Pero yo seguí pensando y echándole imaginación oriental al asunto. El Visir me había condenado a llevar "la señal de la pena al cuello", pero no me había pronunciado la palabra soga, no la había mencionado y la buena administración de justicia pide, y ya es un proverbio jurídico, que *Las cosas odiosas hay que restringirlas y las favorables, ampliarlas cuando se trata de interpretar las normas jurídicas.* Por tanto, un día decidí cambiar la soga por un cordel más fino y más bonito. La soga era horripilante. Pasado el tiempo, superada sin contratiempo mi primera audacia, diseñé que en vez de un cordel podía echarme al cuello una cinta y que esta podía ir con el tiempo cambiando de colores. Después comprobé que con aquella cinta cada vez más fina y elegante se podían hacer variados lazos y artísticos y novedosos nudos. Comprobé, con alegría, que había inventado, impulsado por la necesidad, lo que con el tiempo se llamaría la corbata.

Sin embargo la consagración de esta prenda no llegó hasta que un día el Visir quiso que yo lo equipase de elegantes vestiduras para un visita de cortesía que él tenía que realizar a El Cairo. Cogí los mejores diseños y me dirigí a su palacio. Cuando el Visir me vio con mi vistosa corbata al cuello, frunció el ceño en señal de desagrado y me pidió explicaciones de mi cambio de imagen. Yo le expliqué con toda ingenuidad las

metamorfosis que había experimentado la burda soga, algo así como el baboso gusano que llega a ser una espléndida mariposa. Pero el Visir no se convenció de mis justificaciones hasta que en el variado repertorio de trajes que le llevé contempló corbatas de diversos tejidos y colores que combinaban bien y hacían juego con los distintos conjuntos.

Cuando el Visir se presentó en El Cairo con sus corbatas dio la nota y todos alabaron el alto nivel en sastrería de que gozaba Trípoli y su Visir y a mí me compararon con el genial Ziriab, el *Árbitro de la elegancia en la Córdoba Califal.* Regresado el Visir a Trípoli, la corbata estaba consagrada. Yo no daba abasto en mi bazar a confeccionar y vender corbatas.

Esta es mi vida, Ismael. Tú eres mi esperanza. Pero, oye, te pido un favor: cuando yo muera, que será pronto, encárgate tú de poner sobre mi ataúd, la más hermosa, la más colorida de las corbatas y decirle a la gente que yo muero contento con mi deber cumplido que yo contribuí a que la gente fuera más feliz luciendo sus hermosas corbatas. Cuando yo me muera, vete a la alacena donde están las corbatas, míralas, acarícialas, contémplalas y escoge la que más te guste.

COMENTARIO DIDÁCTICO

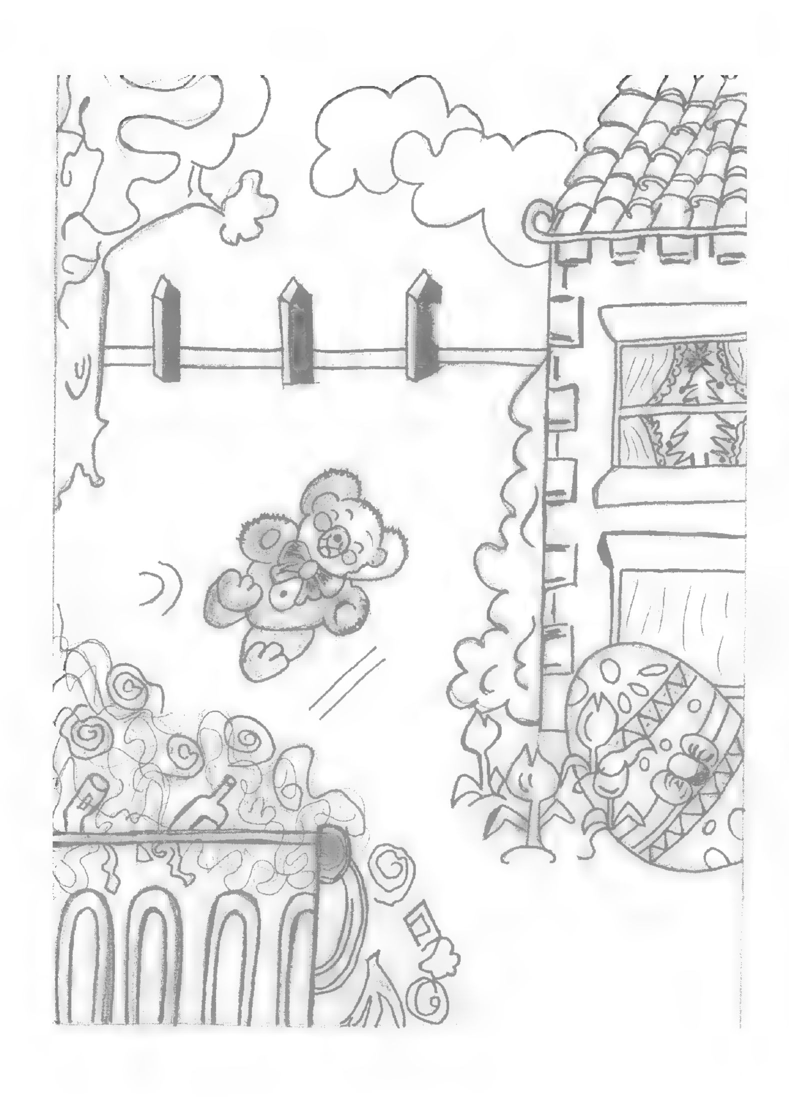
Este cuento que es un ejemplo más de todo en lo que venimos insistiendo, es una oportunidad para que los alumnos reflexionen sobre anécdotas, historietas, cuentos, imaginaciones, etc. que son conocidas y que

sobre ellas puedan reconstruir los que quieran aprender a escribir lo que se les vaya ocurriendo al iniciarse en la escritura teniendo de antemano una narración original y propia.

No hay que insistir mucho en que la historia verdadera de la corbata se discute. Lo más aceptado es que el nombre de *corbata* viene de los *croatas,* batallón de soldados de ese país al servicio del rey de Francia Luis XVI. En 1636 a aquellos muchachos apuestos les sentaba de maravilla una chalina que rodeaba sus cuellos. Varios caballeros gabachos los imitaron. La moda se difundió rápidamente. En el siglo XVIII los ejércitos vestían elegantemente —en el siglo XVIII los ejércitos pusieron de moda vestir de tal forma que parecían más equipados para un baile de fiesta que para entrar en combate— y estos militares adornaron sus vistosos uniformes con unos elegantes lazos al cuello que difundió la corbata y su posterior generalización hasta llegar a ser símbolo inequívoco de virilidad en las tesis freudianas. El protagonismo de los croatas queda confirmado con la etimología del vocablo.

Un cuento no es una historia científica y comprobada y, por tanto, le es lícito a los alumnos condimentar cualquier historia hasta redactar un cuento como el que hemos presentado. La mayoría de las interesantes novelas llamadas “históricas” no responde a los acontecimientos como ellos sucedieron pero son creaciones literarias, el inconveniente que a veces pueden tener es que los lectores incultos se creen las novelas como si fuesen historias verdaderas.

13. YO, EL OSITO



Soy un muñeco. Los muñecos de trapo están ya pasados de moda. Yo soy todo un muñeco de plástico, de fibra, de sintético, de mecanismos. Soy un osito, un osito que habla, ríe y llora. Soy, según dicen, un osito encantador.

Me encuentro en un contenedor, dentro de una bolsa negra de basura. En esta oscuridad no veo nada, todo se presenta confuso, pero puedo pensar. Esta oscuridad agudiza el ingenio. Como a los mortales los entierran y, en tinieblas, ya no ven nada, así nos pasa a los que llegamos a las bolsas negras de basura. Aquí solo se siente, se huele, se percibe que es un sentido más totalizador, casi se habla. Si el infierno son "los otros", como quería Sartre, no es necesario para pasarlo mal añadir fuego, este contenedor es un infierno horrible. Mis compañeros de contenedor y ¿por qué no de viaje? son no sólo mondaduras de fruta, cáscaras de huevos, pieles de patatas sino que son también toda esa cantidad de comida que sobra, que no tengo gana. Todo eso que excreta la sociedad de consumo. Pero todo eso, lo biodegradable, todo lo que antes, en tiempos de menos despilfarro, pasaba a ser comida de marranos, todo eso son los mejores compañeros de viaje.

Lo más molesto es la compañía mal avenida de esos productos punzantes de la sociedad industrial: cuánta lata de conserva, cuánto de ese subproducto que es el vaso y el plato roto de duralex, hecho una grava torturante que mezclada con la pelusa del suelo llega a la bolsa negra de basura después de pasar por el prosaico recogedor. En el cubo de basura, al son brusco de la caída. van llegando los compañeros de nuestro triste viaje ¡menudo turismo! Pero los platos rotos se anuncian con

un estrépito, no sólo el que producen cuando los arrojan al cubo, sino por el griterío de recriminaciones y culpabilizaciones ¡tenéis que tener más cuidado! ¿Pero quien tiene la culpa? Porque los que rompen más platos son los que llamamos más inocentes.

¿Merezco yo ese triste destino? En el contenedor se pasa horrible. Suponte que te toca llegar el primero, ya todo es peso que te echan encima. Los humanos hablan mucho de claustrofobia y de depresión. ¿Está de moda la depre? ¿Habrá pensado, alguna vez, ese que se ha autodenominado *Homo sapiens* en la depresión de un osito destrozado, en un contenedor de una gran calle, en una gran ciudad, a altas horas de la noche, cuando se oye el ruido infernal de un camión de basura?

Ya llega, ya debe estar en la calle vecina.

En esos álgidos momentos, en que se ve el fin de todo lo mortal, los ositos también vemos nuestra existencia con una visión especial, es una visión-balance, también nosotros tenemos nuestra cosmovisión de la que el hombre está tan engreído. Porque yo soy un osito fabricado en serie. Soy un osito que habla. Tengo una estructura interior que desafía el endoesqueleto de mis creadores. Necesito todo un sistema nervioso para poder responder, en una teoría conductista de estímulo-respuesta, a los caprichos de mis compradores para que no queden defraudados y frustrados y comprueben que yo sé reír y llorar, hablar y preguntar como un ser inteligente. Necesito ser gordo y rechoncho para esconder un sofisticado sistema electrónico que responda a las expectativas de mis poseedores.

Mi exterior es seductor, suave como una caricia, tibio como la piel de la mano y coloreado fascinantemente. Unos sesudos ingenieros, saturados de fórmulas y de ciencias, discutían alrededor de una mesa, toda una teoría de los colores. Problema: ¿qué color dar a la piel de un osito? Me tocó un color atabacado. Otros hermanos míos tenían un color pardo, otros, parduzco. Otros primos míos tenían un color bronceado quizá para que se perecieran a los mortales tostados en playas y piscinas. Los sesudos ingenieros fueron condicionados por los técnicos de mercadeo y nos impusieron los colores más rentables, más comerciales, al margen del color natural del oso que habita el globo terráqueo. Ya quedan en la ecumene pocos madroños y menos osos. Quieren los mortales descargar sus conciencias poniendo muchos ositos en las tiendas.

Fabricado en serie, me metieron en un plástico. Todavía recuerdo y siento la mano suave femenina que revisó mi fabricación fase a fase. ¿Estaba yo bien fabricado? Todo se había hecho en *standard conditions,* ¿estaba yo apto para el mercado en dura competencia internacional? Era yo un ejemplar de 50000 copias de la 6ª generación de ositos. Según la doctrina tomista de los ángeles, en cada especie de ángel sólo puede haber un ejemplar. Es el reino de lo original. En mi 6ª generación de ositos cabíamos muy bien los 50000. Éramos el prototipo de lo estandardizado. La mano femenina deslizó un papelito de control y me introdujo en un plástico y lo cerró con un casi pirograbador. Quedé encerrado, hermético, bien cerrado. Allí estaban todos los datos de mi identidad, identidad internacional y muy electrónicamente con- signados. Mi código de envasado KCHH y una lista de guarismos. Me dio tanto coraje que

sólo miré los dos primeros números: el 8 y el 4. No sé por qué me enfadé, pues si los mortales llevan los cromosomas en las células, qué mal hacen los ingenieros en ponernos unos papelitos con unos números y unas barras que son nuestros cromosomas que aquí si llevan la pomposa coloración no como los cromosomas que cuando se ven en el microscopio no tiene apenas color.

Una cadena de transmisión me condujo a la sección de empaquetado. Allí había una agradable melodía. Con esa musiquilla se rinde más. Me tocó los sones monótonos e insinuantes de *El Bolero* de Ravel. Me introdujeron en una caja. Unos ositos con la cabeza para arriba, otros, como yo —triste destino— con la cabeza para abajo. Como los huevos en la caja, íbamos por docenas, aunque solo había en cada caja ositos de cuatro colores. La caja de los docillizos se puso en una cinta de trasporte y fue a parar a otra caja mayor donde cabían doce cajas, en total, 12x12=144 ositos. Cuando ya tuviesen mil cajas podrían decir como en el Apocalipsis que éramos los 144000 sellados, Es el número de los que se van a salvar. 12x12. 12 es el número más perfecto. Es divisible por 2, 3, 4, y 6. ¿Qué más se quiere? Las horas que la inventaron los sumerios son dos veces 12 cada día. Y además 144 se multiplica por mil que es también un símbolo de plenitud. Pues cuando ya estábamos los 144000 sellados un gran camión nos llevó a unos grandes almacenes.

No puedo quejarme, allí no lo pasé mal.¡Qué lujazo! Un buen aire acondicionado con una buena iluminación. ¡A juguetería! habían ordenado. Entre coches teledirigidos y los juguetes bélicos —que quiere decir polémica a la hora de venderse—. Allí nos pasábamos las

horas muertas como los Budas contemplativos que estaban en frente de nosotros en la sección que, en información trilingüe, indicaba productos importados de la India. Nuestro único entretenimiento era contemplar las caras con sus expresiones de los mayores y menores que pasaban. Y esperar que te tocase el turno de que te cogiesen e invitasen, mediante flexiones y aplastamientos a repetir siempre tu monótono disco aprendido y provocar la admiración de los mayores y la intrigante sospecha de los menores: ¡es un osito que habla! ¡La cara de sorpresa que ponían los niños! No hay nada más interesante que la cara. Ni nada más bonito que la cara de un niño, ni nada más lleno de contenido que un rostro infantil ante un osito que habla.

Una tarde de diciembre pasó ante mí mucha gente. Se acercaban las vacaciones de Navidad. Un matrimonio con su parejita de hijos se detuvo ante mí, me miraron y me cogieron con cariño. Me acariciaron y me pasaron de mano en mano. ¡Oh, el osito que habla! —oía yo complacido. Me miraban y remiraban y me hablaban. Los hijos pasaron en seguida a otros juguetes. El padre miró con disimulo el P.V.P. y me dejó en la repisa con mucho cuidado.

Pasado el Año Nuevo, vi, otra tarde, como volvía a juguetería el mismo matrimonio. Esta vez sin los hijos. Se mostraban generosos, nuevos ricos, y escogían juguetes en abundancia. De aquí un balón, de allí, un tren eléctrico, de más allá, unos patines y así hasta que ya no tenían manos para tantas cosas. Como un pequeño complemento, sin darle mayor importancia, me cogieron a mí y, esta vez, sin mirar el precio pasaron a caja.

Al llegar a la casa, a hurtadillas, me metieron en un ropero precipitadamente, allí estuve hasta el día de los Reyes Magos. Ahora que estoy en este contenedor de olor insoportable echo de menos el buen olor del ropero que olía a romero que había en abundancia. La víspera de Reyes, un poco antes de la medianoche, cuando los niños dormían profundamente, los dos esposos sacaron los abundantes juguetes del oloroso ropero y los pusieron, los desparramaron por todo el estar de la vivienda. Aquello parecía una tienda de juguetes. Entre aquella variedad de juguetes me sentí perdido y me pronostiqué que iba a tener un triste destino. Así fue. Cuando ya amanecido, el niño y la niña se levantaron, buscaron los obsequios de los Reyes Magos. Además de la gran colección de juguetes que ya tenían se encontraron los nuevos juguetes de este año. Los niños iban de juguete en juguete y le hacían muy poco caso, había juguetes por sexo: unos para Samuel, un tren eléctrico...; otros para Olga, varias muñecas... Unos juguetes para hacer deporte: balones de distinto tamaño, monopatín, patines...; otros para jugar en casa: cocinitas, unos puzzles...

Entre tanto despilfarro estaba yo. Los padres tenían que reforzar el interés de los pequeños por cada juguete. No acababan de conseguirlo. Algunos juguetes necesitaban *Instrucciones para usarlo.* No sé si los conductistas habrán lucubrado sobre la saturación lúdica ante los juguetes pero allí teníamos todo un espacio para un estudio de campo. El consumismo lleva a un rebajamiento del entusiasmo y de aporte placentero por todo y, en nuestro caso, por los juguetes. La mamá quiso hacer valer las delicias del osito que habla y ríe. Olga ya me había experimentado, aquella tarde de diciembre en

los grandes almacenes, y ahora no se trataba de la experiencia de una primera vez y ella allí en pijama, sin lavar —que bien recuerdo todo con todo detalle— saturada de juguetes me cogió, me sobó y cumplido por mí el deber locuaz me tiró en el sofá como se tira un limón exprimido. Allí estuve aburrido, abandonado toda la mañana y toda la tarde. Habían llegado los primos, los vecinos, todos ponderaban los juguetes. Después Samuel y Olga habían ido a casa de sus amigos a ver juguetes y más juguetes.

Por la noche, a recoger los juguetes. Tuve si cabe todavía peor suerte que durante el día. No es que me abandonasen, que no me hicieran caso, es que me rompieron. Yo hablo por flexiones y pulsaciones y todo funciona a la perfección, ¡si me han fabricado inteligentes ingenieros y maestros de taller! Pero de tal manera me trataron que descacharraron mi propio mecanismo, orgullo de la patente internacional. ¿Qué me había pasado? Los mortales sabihondos que me fabricaron tienen que recurrir a la metáfora para explicar mis males y dicen que *se me cruzan los cables.* Yo, en cambio, uso un lenguaje más simple y real: me rompieron los cables y aplastaron mis muelles. Pero si quieren, también puedo decir que me produjeron una hemiplejia, que yo ya medio articulaba las palabras y decía medias frases. Estaba hecho una calamidad, así pasa la gloria de este mundo.

El día 7 de enero, muy temprano, llegó Amparo, la mujer de servicio, para arreglar el piso que estaba un poquito desordenado. Los padres de Samuel y Olga creyeron que vendría bien ofrecerle a Amparo un regalo para sus dos hijos. A su hijo un balón y a su hija el osito puesto que ya no les hacía ilusión el osito a los dos hijo

de papá. El marido de Amparo estaba en el paro y aquel año los Reyes Magos no habían pasado por su casa. ¡Amparo era tan buena! Concluida la faena doméstica, por la tarde, marchó Amparo a su casa y apareció allí con la buena nueva de que los Reyes Magos habían dejado en la casa de sus señoritos un balón para Antonio y un osito que habla cuando quiere para María. Allí me trataron como el centro de atención de toda la familia. El balón era para jugar en la calle y el osito era lo único que podía atraer la atención de los de la casa. Me miraban y me remiraban, me echaban piropos, me acariciaban con dulzura, no se cansaban de mí. Con tanto cariño me trataron que yo hice un esfuerzo y reorganizando mis cables y después de ensayos y errores, conseguí de nuevo poder articular mi pequeño y gracioso repertorio.

Yo, el osito que habla, era el mismo, sentí mi misma mismidad y sin embargo era y me sentía un personaje tan diferente según estuviese en un ambiente de sobreabundancia, de despilfarro, de harto de todo, o bien estuviese en una clima familiar de sobriedad, de indigencia. María me llevaba a su cama y dormía conmigo, su ilusión era que yo calentito durmiese con ella. Lo mismo acontecía en la mesa: me ofrecían algo de su sobria y pobre comida. Yo gozaba haciendo feliz a la niña y haciéndola feliz a ella hacía feliz a toda la familia. Pasó un día, un mes y yo seguía siendo el encanto y la delicia de María. Ella me correspondía y yo le brindaba el gozo del osito que habla. ¿Hasta cuando?
Pero un día llegó la catástrofe. Me dejaron en el alféizar de la ventana, caí al suelo de la sala, detrás del sofá, Al día siguiente hubo una gran desdicha en la casa: el osito se había perdido. No lo tratamos con cariño y ¿se habrá ido? Me buscaron en todos los sitios. Levantaron todos

los asientos y al volver a colocar el sofá una de las patas traseras la plantaron en mi mismísimo vientre. Se oyó un ruido no de habla sino de quejido. El osito locuaz no pronunció su última palabra sino un lastimoso quejido, fue su estertor. Yo, el osito, la dicha de María, la alegría de la familia había muerto. María humedecía mi destrozada piel con sus lágrimas. Más que nunca no se separaba de mí. Mis tripas deshechas, mi boca torcida, mis ojos rotos... había quedado que era una pena.

Tanto lloró María que su madre para ahorrarle sufrimientos decidió quitarme de su presencia. Cuando la niña dormía, aquella misma noche me echó en la bolsa de la basura y allí bien cerradita la bolsa para que nadie pudiera verme llegué al contenedor. Mirando a ver si alguien la miraba la madre levantó la tapadera, todo olía mal, me arrojó con pena y la tapadera sonó en el silencio de la noche. De 8 a 11 según mandaba el alcalde.

Mi vida, la prosaica existencia de un osito fabricado en serie, hubiese pasado sin pena ni gloria, a no ser que, antes de ser triturado, obligado por el azar, tuve que hacer una meditación: el osito que ríe y habla, el mismo, siendo el mismo, siendo yo el mismo, llegué a ser el aburrimiento de una niña y la felicidad de otra niña, dos escenarios humanos ante una misma realidad, un mismo juguete.

Pero ya llega, ¿no lo oyes? Ya llega el camión de la basura. ¡Qué estrépito! ¡Qué ruido en el dulce silencio de la noche! Ya oigo el ruido del motor. Es el conjunto de todos los ruidos desagradables sin mezcla de ningún grato son. Es el ruido de un gastado motor con la mezcla estridente de la trituradora que de vez en cuando sube los

decibelios hasta el ruido que debe haber en el infierno. Ya levantan esos garfios, como tridente de demonio, mi tumba, el contenedor. Ya voy por los aires. Las latas son las que, antes de morir trituradas, se vengan dando un alarido chirriante. Y las botellas —¡cómo no reciclan el vidrio!— antes de morir dan su grito final. Ya caigo, ya me someten en esa *massa damnata* que va a ser triturada. ¡Oh, tú, peatón que pasas, comuévete! Yo por lo menos doy mi último quejido: *Morituri te salutant!* Ya me toca a mí. Adios. ¡Ay!

COMENTARIO DIDÁCTICO

Proponemos esta experiencia: leer en clase la poesía Las moscas de Antonio Machado. Enfatizar cómo de un tema tan prosaico, tan trivial, tan molesto, tan repugnante, se puede hacer una poesía tan original, tan bella, tan sugerente, tan íntima.

Sugerir cómo se puede componer sobre un ser vulgar una buena poesía pero que hacer poesía siempre requiere un cierto nivel de originalidad y destreza para encontrar las estrofas, los versos, las consonancias... y, por tanto, es más rentable empezar con un cuento, una narración como la que ha realiza ese cuento sobre el osito hablador. Animar a los alumnos a que busquen un tema y vayan, lentamente y no es necesario que de una sola vez, describiendo las venturas y desventuras del objeto o del ser vivo escogido. El cuento puede ser convertible en fábula o en otro género literario vecino y que a veces no se podrá decir a qué género pertenezca pues el enfoque puede ser escurridizo y no clasificable. Echarle entusiasmo.

14. LOS MEÑIQUES HABLADORES



Mira, niño, hoy los astrónomos construyen radiotelescopios para oír el cuchicheo, el ruido de los astros. Un cateto se pone a escuchar las estrellas y no oye dada. Pero los sabios saben oír el ruido de todo, oyen hasta el zumbido de los peces abismales. También otros, los místicos oyen el mensaje de las criaturas. Las vidas de los santos están llenas de ejemplos. Iñigo de Loyola salía de paseo ya anciano y con el bastón les decía a las flores, *callad, ya os entiendo*; y Juan de Yepes, en su Cántico Espiritual, nos enseña a ser místicos diciendo: *Mil gracias derramando, pasó por estos sotos con presura...*Es cuestión de oído, es cuestión de finura de oído.

Mira, ven conmigo que te voy a contar un cuento. No me digas que esto no es un cuento. Es un cuento vivo, en acción. Hoy tenemos hasta el *teatro vivo*, el teatro en que tú no vas sólo a ver y oír, sino que los actores hablan contigo, se mezclan contigo, te hacen participar y actuar.

Mírate las manos, primero la derecha, después la izquierda. Primero la palma y después el reverso. ¿Cuántas veces has vito tus manos? Pero una cosa es ver y otra cosa es mirar. Remira tus manos hasta que te hablen, hasta que te digan algo. Hasta que te hablen los más insignificantes dedos de tus manos, los que despectivamente llamamos meñiques, que son algo así como el *menino,* el niño pequeño entre los dedos. Dicen que el término poco importante de meñique viene del cruce de dos vocablos, por un lado *menino* que significa niño y es una palabra de creación expresiva y se le agrega *margarique* que viene de *margarita,* la perla, pero que por vía francesa significa renegado, traidor, por la función que se le atribuye al dedo meñique en canciones

y leyendas infantiles. Total, que hasta la palabra es insignificante y pendula entre lo infantil y lo malicioso. En total, que el meñique es el niño entre los dedos y los demás dedos se creen personas mayores entre los dedos y los más respetables de la familia dedil. Hasta en los dedos hay castas, un dedo se cree, por lo visto, el centro del mundo y se cree el más importante y se autodenomina el dedo *corazón.* Otro, todavía más engreído, no se queda satisfecho como no lleve un adorno y si es posible un adorno de oro —infeliz del que lo necesita— y se ha autodenominado dedo *anular*. Pues vamos nosotros a *anular*, a ningunear todos los dedos y vamos a fijarnos y dialogar con el más insignificante, con el dedo meñique. ¿Nos hablará?

Dicen que se coge una concha, si es más grande, mejor, una caracola, se aplica al oído y si se escucha con atención, hasta se oye el ruido del mar. ¿Eso es verdad? ¿No lo has hecho nunca? Hay hasta quien ha escrito un libro con el título *Rumor de ángeles*. Escuchan y oyen hasta el ruido de los ángeles. Nosotros más realistas, más *cuentistas,* vamos a empezar por lo que tenemos más a mano, por la mano que ya da bastante juego y por los dedos meñiques que son los más inocentes.

La mano es un buen invento. ¿Quién la inventó? Desde el *big bang* se han producido tres maravillas: la materia, la vida, la conciencia. En el largo proceso de la producción de la vida hasta llegar al *Homo sapiens* la producción de la mano fue un buen invento. Compárala con una pezuña. Los animales que quieren tener cuatro pezuñas están todavía tirando del carro y los que se pasaron de rosca y tienen cuatro manos, los monos, están todavía colgados del árbol. *El Homo sapiens*, o sea

tú, habéis hecho un buen invento, el invento del siglo, del milenio o de la era geológica: dos manos y dos pies, nada en exceso. Mira la mano, cuatro dedos opuestos al pulgar. Eso permite coger todo o casi todo. En la mano hay cuatro dedos en un plano y después sólo otro en otro plano. Se juntan y se separan, cogen y sueltan, todo muy bien programado. Comprueba todo lo que estoy diciendo y experiméntalo con admiración.

La filosofía empieza cuando el hombre se admira, y la física, cuando Newton se admira al ver caer una manzana de un árbol. Este *cuento* está en caer en la *cuenta*. Masculino y femenino, no hay más cera que la que arde. ¿El invento de la mano fue tan genial que cuando se inventa fluye ya una cadena de intentos? Acuérdate del *Homo faber*. Ya no hay que llevar el hocico a la comida sino la comida a la boca. El hocico se hace boca. Haz la prueba de comer hoy sin manos. ¡Qué regresión, qué involución! Ten una experiencia. Si la cabeza ya no era tan necesaria para comer, entonces empezó a tener otras funciones, sobre todo la función de pensar, de pensar un poquito más.

Decía Bernard Shaw que la gente pensaba dos o tres veces al año, porque él pensaba dos o tres veces a la semana y se había hecho famoso. Y yo le diría a tan irónico autor que la gente mira inteligentemente sus manos dos o tres veces al año porque yo, que las miro dos o tres veces a la semana, estoy escribiendo ahora este cuento sobre las manos y me creo por ello una persona singular y tú me dirás persona cuentista. Se inventa la mano y la cabeza se levanta, el hombre toma la postura erecta, el bipedismo, la revolución de la especie humana, la revolución antropológica, viene el sexo frontal,

el muro del incesto y todo en cadena por la pícara mano. Yo me imagino lo que dirían las abuelas cuando vieron que sus nietas se ponían de pie ¿Te imaginas lo que se armaría? ¿A dónde van las costumbres? ¿A dónde vamos a parar? Eso dirían las abuelas que habían vivido muy encogiditas, toda la vida, a cuatro patas.

Pero de la postura erecta vino, en cadena, una serie de cambios progresivos que acaban en la personalización, la familia, la monogamia. Los sabios todavía dicen más, dicen que vino *el muro del incesto.* ¿Y qué es eso? Pues casi nada, vino la civilización. Y todo eso por la bendita mano. Mírala, remírala, gózala, ¡Qué maravilla!

La mano, esa parte tan periférica del hombre, tan alejada del cerebro y del corazón y que ha influido tanto en el cerebro. Porque del bipedismo viene la frontalidad de las relaciones humanas. Haz un ensayo de comunicarte con tus compañeros en posición cuadrúpeda. ¡Ya verás!

¿Cuál es la mano más bonita? Tú me dirás, escucha tú a tu dedo meñique. Hemos dicho que estamos en un cuento vivo. Vamos a ver, a gozar, a examinar la mano de un niño. Porque la mano no es sólo funcional, es también extraordinariamente estética. Los dedos se doblan suavemente. De la mano se hace puño. La mano tiene infinidad de posturas. Si estiras y separas lo más que puedas los dedos, desde el extremo del meñique hasta el pulgar, esa distancia se llama palmo y este sirve para medir. ¿Cuántos centímetros tiene tu palmo? ¿Que no lo sabes? Pues mídelo. El mío es de 23 cm. Vamos, pero lo que no sabes tú, y es porque no te lo han

enseñado, es cómo se llama la distancia entre el extremo de pulgar y el extremo del índice cuando están lo más separados posible. Esa distancia es muy útil pues también sirve para medir. A ver, mide la tuya. Esa distancia se llama jeme que es una palabra que quiero que aprendas de este cuento. El jeme es la misma palabra que *semi-*, la mitad, que sale en tantas palabras como semicircunferencia, semicírculo, tantas palabras que aprendes en el colegio.

Pero volvamos al tema de la mano más bonita. Vamos a la de un niño pequeño, si parece de juguete. ¡Huy, tan pequeñita! Ponle el dedo meñique tuyo y verás cómo se agarra. Ya ha aprendido la función prensil de la mano, pero con qué gracia. Lo más bonito de la mano de un niño es que las uñas parecen de juguete. Y eso que las uñas en el hombre son lo más antediluviano, lo más estrafalario que tenemos. Son, ni más ni menos, un resto de cuando teníamos exoesqueleto, de lo que tiene la cigala y el cangrejo. Las niñas cursi *acicalan* sus uñas y se las pintas y no saben que lo que están haciendo es que se *acigalan*. Las uñas son el resto que nos queda de cuando éramos gambas.

Pero la mano está relacionada con los primeros recuerdos. Vamos a ponernos a recordar. ¿Cuál es la primera vez que tú te acuerdas que usaste la mano? ¿Cuántos años tenías? ¿Qué vivencia fue esa? Lo más probable es que te pierdas en el baúl de los recuerdos y tengas las imágenes muy confusas. Desde luego tiene que ser una cosa muy interesante. Tú me lo contarás. ¿Se acuerda tu dedo meñique?

Con la mano hacemos tantas cosas. Tenemos tú y yo que admirarnos de la mano. Cultivar un clima de admiración es fomentar una atmósfera de cultura. Los griegos empezaron a filosofar cuando se admiraron de lo que los demás no se admiraban. Vamos a mirar la mano y a empezar a admirarnos. No sigas leyendo sino mira tu mano. Mira la derecha o la izquierda o las dos, la que quieras. Una cosa que hacemos con la mano es saludarnos. Nos damos la mano. Para saludar se juntan las piernas, se unen los talones, se alarga la mano derecha, la mano izquierda se tiene junto al cuerpo, se inclina suavemente la cabeza. ¡Qué elegante es el gesto de darse la mano! Y ¿quién inventó el darse la mano? El darse la mano se decía en nuestro Siglo de Oro *saludarse a la tudesca.* Sobre darse la mano hay un cuento. Y si te lo cuento ahora esto va a ser un *cuento* dentro otro *cuento.* Así como el *Quijote*, hay en él un cuento dentro de una novela.

Esto es como un sueño: **Dos hombres primitivos se encontraron en un descampado. La ley de la selva es comer o ser comido. ¿Cómo se podía significar que iban en son de paz? Pues muy sencillo, la mano derecha es la que ataca y si se la impedía atacar era buena señal, y esto se conseguía y se comprobaba si se cogía la mano del posible atacante. Un buen apretón de mano era la comprobación más evidente y segura de que no se podía atacar.**

Pero la mano encierra también curiosos misterios: las huellas dactilares. ¡Qué lenguaje tan interesante! Ni los criminales pueden ocultarlo. Lo que nos dicen los dedos meñiques es que ellos son la *Cenicienta* cuando se toman las huellas dactilares. Sobre la mano hay toda una

ciencia. ¿No te interesaría conocer la ciencia de la mano? Saber algo más de lo que tú hoy sabes sobre tu mano. Hay toda una adivinación por la mano, es la quiromancia, porque *cheir* en griego significa mano y *manteía,* adivinación. Pero eso tiene mucho *cuento*. Lo más interesante es la quirología, o sea, un estudio empírico y científico de la mano, conocer el carácter de las personas por la mano. Pero todo eso es mucho para un cuento.

No puedo contenerme y no contarte una anécdota que yo he vivido. Estábamos en una reunión de profesores y a mi izquierda tenía a una que presumía de quiróloga, era profesora de francés y había estudiado quirología en Paris. A mi derecha había otra profesora que tenía unas manazas y yo por lo bajito le dije a la quiróloga: "¿fálica?", refiriéndome a la de las manazas. Con la cabeza asintió, era verdad. La quirología procede por inducciones, no se equivoca.

Las manos sirven para todo. Sirven también, como es comprensible, para rezar. *Levantaré las manos, invocándote,* como dice el salmista. Las manos se juntan, las manos se separan. Con las manos indicamos, tenemos un gesto indicativo, con las manos hacemos un gesto optativo, exhortativo...

Las manos tienen un lenguaje tal que poseen una expresión especial aun en los difuntos. Cuando se amortaja a un difunto se tiene especial cuidado con las manos. Nos dicen tantas cosas. Y en las tumbas, en las esculturas funerarias, ya sean orantes, ya yacentes..., un aspecto icónico fundamental son las manos. El Greco es un genio, es el gran pintor de las manos en el *Entierro del Conde de Orgaz.* Con las manos hemos inventado el

lenguaje de sordos y con las yemas de los dedos leemos en Braille.

Las manos son tan admirables, son tan cuentistas que escucharlas es el cuanto más interesante que se puede oír. Cuando uno carece de mano es *manco* y con esta palabra se designa lo que le falta a alguien y que lo debía de tener. Decimos. La solución al problema es incompleta, le falta algo, está manca. Y cuando alguien tiene una gran habilidad es un *manitas.* Pero el cuento de la mano no se acaba, el dedo meñique sigue hablando, sigue contando, es el hermano dedo meñique.

Con la mano se acaricia, incluso se adula —*pasarle la mano*. Con las manos se trabaja —vamos a *darle otra mano*. Con las manos se pega —*llegaron a las manos.* Con la mano se ayuda al necesitado —*echarle una mano.* Incluso con la mano nos asociamos —*estamos mancomunados*, tenemos la mano común. Con la mano se empieza un juego —tú eres mano. Con la mano nos casamos puesto que *pedimos la mano*. Con la mano se utiliza —*meterle mano*. Con la mano se simboliza la comunión, la misión y la gracia—se tuvo la *imposición de manos.* Con la mano nos excedemos —*se le fue la mano.* Y con la mano nos tenemos que controlar pues no podemos *tomarnos la justicia por nuestra mano.*

Con la mano hacemos lo más sublime y lo más prosaico. *Cuentan* de un monasterio en que un monje tenía rechazo y repugnancia de limpiar los servicios comunes. Él ejercía actividades sacerdotales *de manos ungidas.* Con sus manos tocaba el Pan Consagrado, el Cuerpo de Cristo en la Eucaristía. Él cuidaba sus manos, mimaba sus manos. Con esas manos distribuía la

Comunión a sus fieles. Sus manos eran unas *señoras manos.* Manos ungidas no eran las apropiadas para limpiar retretes. Pensando así de sus manos (no sabemos lo que pensarían sus dedos meñiques) tenía un verdadero cargo de conciencia y se dirigió un día al abad y le dijo: “Padre Abad, yo no puedo limpiar los retretes. Yo con mis manos toco el Pan Consagrado, el Cuerpo de Cristo”. El Abad tajante respondió: “No se preocupe, hermano, el problema tiene fácil solución. No limpie los retretes con las manos que tocan el Cuerpo de Cristo, desde hoy limpiará los retretes con las manos con que se limpia el culo”.

Semejante sensatez del Abad yo creo que se puede aprender cuando sepamos oír cada cual a nuestros propios dedos meñiques.

COMENTARIO DIDÁCTICO

Este cuento es una versión más, al mismo tiempo repetitiva y novedosa, de la enseñanza que venimos presentando: para aprender a escribir es necesario empezar a observar y después expresar la originalidad y riqueza de nuestra observación. Los escritores geniales son los que tienen un poder de observación superior al del común de los mortales. No podremos hacer que todos los alumnos tenga ese carismático poder de observación pero sí podemos intentar que los alumnos acrecienten su poder de captar la realidad que contemplan y ante la cual viven.

¿Cómo educar al alumno para que incremente su poder de observación de los detalles? Tenemos experiencias. Pues bien, para educar al alumno en la observación totalizadora de la realidad que se nos presenta es rentable educar en una elemental formación etológica. La etología es la ciencia del comportamiento humano y animal. Es estudiar el comportamiento de manera más profunda y total. Uno de los creadores de la etología, el hombre genial en esta ciencia, es el austriaco Premio Nobel Konrad Lorenz (1903-1989).

No podemos lograr que los alumnos tengan un conocimiento de esa ciencia pero existe una publicación que es *El comportamiento humano* del que ha sido director de zoo de Londres Demond Morris que es un libro lleno de fotografías y ejemplos concretos e inicia de manera pedagógicamente eficiente en una cultura etológica. Es un libro agradable e interesante. Yo lo compré en una venta de saldos, señal de que no le han hecho mucho caso. La ignorancia que hay de la etología es general y manifiesta. Tenemos comprobación de ello y cuando sale el tema alguien nos ha preguntado ¿en qué se diferencia la etiología de la ética? Y la respuesta es bastante entendible por los alumnos: una cosa es lo que se hace —la etiología— y otra muy distinta lo que se debe hacer —la ética. Más que la lectura, la asimilación del libro de Morris puede marcar un antes y un después en la actitud del alumno ante la realidad que él percibe.

Cultivando, fomentando una capacidad de observación de lo que presenciamos y de la motivación de nuestros comportamientos elevamos el nivel y la posibilidad de que nuestros alumnos sepan narrar y

describir mejor aunque no lleguen a ser cuentistas eminentes.

Este cuento Los meñiques habladores puede presentarse como un tímido ejemplo de lo que es observar lo cotidiano y lo aparentemente trivial.

15. EL NIÑO TÍMIDO EXPLOTA

Sevilla en Semana Santa tiene una personalidad especial. *Ver las procesiones* es una manera de vivir. Los no iniciados creen, a veces, que se trata de sentarse en la carrera oficial y admirar los pasos. Hay algo y mucho más, se trata de sintonizar con cada detalle, con cada rincón y cada situación. Es una *vivencia* no una *videncia.*

Hay, por tanto, que iniciarse en ello y desde muy pequeño. Es todo un rito de iniciación. El personaje de este cuento era ya un niño con once años y tenía que empezar a vivir las vivencias de todo buen sevillano. Era la mañana del Domingo de Ramos. Los pasos ya están en todas los Templos ultimados hasta en los menores detalles a excepción de las flores que se preparan el día anterior a la tradicional, solemne y programada estación penitencial a la Santa Iglesia Catedral. En la formación del cofrade que se transmite de generación en generación hay un detalle que los no iniciados no acaban de asimilar. Se trata de la experiencia de visitar los pasos cuando ya están ataviados en las Iglesias.

Nuestro protagonista se iniciaba aquel Domingo de Ramos con su hermano mayor en el rito de visitar los pasos. Era todo un rito, rito matutino que debía llenar varias horas de ese día que tenía un no sé qué de solemnidad y de primavera que explota. El refrán popular lo consagraba: *El que no estrena en Domingo de Ramos se queda sin manos.* Había que estrenar algo, había que ver y comentar lo que se veía, había que iniciarse. Esa iniciación que suponía y maduraba un ascenso a una

edad superior, era pasar de niño a hombre, mejor a *hombrecito.*

Y aquella mañana empezó la iniciación. Ambos hermanos entraron en un Templo de dimensiones colosales. Allí un niño se perdía. En el Templo había cinco pasos. Tres y dos. Tres de una Hermandad y dos de otra Hermandad. La importancia de una Hermandad no se medía por el número de pasos pero el tener ya tres pasos indicaba que esa Hermandad era especial y consideraba más misterios o momentos en la vida de Cristo Redentor. Los *pasos* estaban allí para ser visitados y cada fiel visitante era diferente, cada cual vivía en esa contemplación del paso una vivencia: unos —¿eran los más, eran los menos?—profesaban su fe en Cristo Redentor, y en la maternidad universal de la Virgen María. Se podía rezar, confesar la fe, pedir beneficios, agradecer favores o se podía meramente curiosear.

Unos comentaban la riqueza ornamental, las filigranas de los respiraderos, otros, el arte de tantas y tan bellas flores, la artística colocación de los claveles, otros la riqueza de los bordados del manto de la Virgen... Nuestro niño empezó. En uno de los pasos de la Virgen, en los *respiraderos,* se podían contemplar los misterios del Santo Rosario, misterios gozosos, misterios, dolorosos, misterios gloriosos. Nuestro niño miraba y su hermano mayor le explicaba, lo iniciaba. El paso más original de otra Cofradía era el paso de la *Borriquita* pues en él se representaba a Jesús entrando triunfalmente en Jerusalem y subido en una borrica.

Pero la suerte iba a jugar a nuestro niño, que tenía que ser iniciado, una mala partida. No se encontraba bien de salud. Empezó la visita con normalidad pero, pasados

los primeros momentos, comenzó a sentir una tirantez en el pecho, un dolor en forma de banda que le recorría todo el tórax. Reconocer su dolor hubiese sido lo normal, lo aconsejable, pero la timidez lo atenazaba. La iniciación estaba empezada, iba en marcha y declararse enfermo sería como arrojar la toalla en un día básico de su promoción vital. Había que seguir, morir con las botas puestas. En esa situación de dolor todo detalle se le hacía más penoso. Los quince Misterios se les convirtieron todos en Misterios Dolorosos del Santo Rosario. Misterios Dolorosos: Segundo Misterio, la Flagelación del Señor.

Para nuestro niño aquel Misterio se iba iluminando, ya lo iba entendiendo, se le hacía explicable en su propio cuerpo. Se aproximó más a los respiraderos y lo pudo contemplar con una especial vivencia: era dolor, era dolor corporal en Cristo, en la espalda flagelado; en él, en el pecho. Pero era también y mucho más, en Cristo un dolor moral y en él en aquel sentirse atenazado por la circunstancia y no poder dar un grito y desistir de su proceso de iniciación. Había un consuelo: después de los Misterios Dolorosos venían los Gozosos y los Gloriosos. Pero el hermano mayor le urgía: “Vamos a seguir”.

El siguiente paso era el *Paso de la Borriquita.* Era la Primera Estación de este Viacrucis que le quedaba por recorrer. Este *paso* se presentaba alto, majestuoso, inaccesible: primero se veía el armazón del paso con sus grandes faldones, después los *respitaderos,* la *canastilla* y encima de ésta la borriquita y encima de la borriquita sentado, con gloria y majestad, Jesús entrando en Jerusalem. Todo eso, mirado desde abajo hacia arriba, muy cerca, tocando los faldones del paso, parecía una mole imponente que se colocaba encima del niño tan

pequeño. Si lo grande aplasta lo pequeño, aquí lo grande se imponía a lo pequeño dolorido, sitiado, incapacitado de liberarse, de huir. Nuestro niño tenía dolor, un dolor en tenazas que le oprimía el pecho, pero tendría también fiebre y la fiebre fomenta la imaginación, se habla de imaginación calenturienta y viene el delirio

Cuando nuestro protagonista tenía fiebre, y como niño la tenía con frecuencia, parecía como si un rodillo, algo muy grande y muy pesado avanzaba, se iba acercando, más cerca, ya, ya estaba ahí y ese rodillo parecía como que se viniese encima, ya caía, ya aplastaba y entonces era el sobresalto, el grito, el despertarse empapado en sudor: la fiebre, la llamada al médico, el termómetro, el antipirético, el encamarse varios día...

Pero ahora no estaba acostado, estaba de pie, vacilante pero ante una mole que parecía venírsele encima. Él apretó los puños y siguió. Miró a su hermano mayor pero éste contemplaba y admiraba entusiasmado el paso. ¿Cómo no aguantar lo mismo que un hermano mayor? El hermano mayor esa la norma en su casa. Había que seguir la norma de los mayores y para nuestro niño la norma era ahora su hermano que aguantaba la visita de los *pasos.* Los mayores se imponían a los menores. El mayor decide, el menor ejecuta, imita, calla, obedece. El menor era eso, menor, y si ahora, en el día de su iniciación, en la Semana Santa sevillana, se rendía y tiraba la toalla y gritaba o tan sólo decía que estaba enfermo, que le dolía el pecho, que no podía más, que quería volver a casa y echarse en la cama y descansar y esperar a que todo pasase; si hacía algo de eso, era un cobarde, nunca sería mayor. No se trataba de la mayoría

de edad, había que conseguir la mayoría social. Costaba duro el pasar a mayor y nuestro niño siguió aguantando. La visita a los *pasos*, en ese templo, había acabado. Así lo marcó el hermano mayor.

—Esto está visto, vámonos a otra iglesia.

Al salir del templo se respiraba aire más puro, aire primaveral. Se bajaban nueve escalones de mármol gris. Subir y bajar escaleras importantes siempre se ha considerado como un ejercicio que aporta majestad. En sus clases de Historia de España nuestro niño había oído la explicación del profesor que contaba que el Emperador Carlos V nunca se había sentido tan emperador como cuando subía y bajaba las grandiosas escaleras del alcázar toledano. Anécdota que hablaría más de la vanidad del Emperador que de su concepción de la grandeza del Imperio. Pero ante esos ejemplos de grandeza y de entereza cómo se podía pertenecer a la categoría de los mayores si al bajar unos escalones de mármol gris toscamente tallados, se rendía uno en el día de su iniciación.

Cuando el general Prim —decía su maestro en clase— iba en coche por la calle del Turco, en Madrid, camino del Congreso de los Diputados, un hombre previamente contratado y pagado le disparó a boca jarro por la ventanilla. El general Prim, que se había empeñado en traer a España a Amadeo de Saboya, se apeó del coche y emprendió la subida al Congreso, eso era lo propio de un buen militar, y por las escaleras cayó sin sentido. Eso era morir con las botas puestas. Había recibido un anónimo que se interpretaba de diversas maneras: "Prim, prepárate a morir".

El niño no subía los escalones del Congreso de los Diputados, en Madrid, él bajaba los escalones de una iglesia en un Domingo de Ramos. Pero la actitud varonil y castrense de Prim había que imitarla, había que seguir de pie hasta caer desfallecido.

En silencio como unos penitentes anticipados de las Cofradías más serias, hermano mayor y menor se dirigieron a otra iglesia donde se encontraban los pasos de otra Hermandad de las más famosas. Era un templo pequeño y que además con el andar de los tiempos había quedado insuficiente para tan gran número de hermanos y la fórmula que encontraron para resolver el problema fue construir otro templo igual que el ya existente y simétricamente junto. Así se podían exponer las imágenes en las dos como naves de un templo, pero que quedaban incomunicadas, excepto en la parte del presbiterio.

La afluencia de fieles era grande y con dificultad se podía caminar entre los bancos y las sillas. Los dos templos eran oscuros y con peor ventilación, abundancia de velas encendidas daba al ambiente una impresión de mucha devoción y de poco oxígeno, el aire olía a cera quemada y el chisporroteo se mezclaba con el murmullo de oraciones y comentarios. El ambiente era más bien angustiante. En este templo las imágenes no estaban en los pasos. Estaban colocadas en una tarimas de madera y podía el fiel acercarse tanto como permitían unas hileras de candelabros con velas encendidas y unos jarrones con azahares y lirios y claveles que velaban por la seguridad de las imágenes. Una de ellas era la figura de Jesús Nazareno abrazado con la Santa Cruz de Jerusalem.

La carne de devotos cofrades no era transparente y nuestro niño se encontraba rodeado y sumergido entre personas de más estatura que él. Para que pudiese ver la imagen de Jesús había que buscar una grieta entre aquella muralla de carne humana. Aquel ambiente era más pasionismo que otra cosa, era como un sitio o acoso de la situación dolorosa del pequeño y sobre todo era la confirmación de que había que seguir apretando los puños, tragando saliva. El dolor del pequeño se extendía ahora por la espalda, rodeaba la cintura y subía por el pecho. El ambiente del templo era caluroso y no se podía distinguir si lo que él sentía era fiebre o sensación de calor. Serían las dos cosas juntas hasta llegar al agobio. El que se ahoga grita y pide socorro, ¿por qué no podía él hacer lo mismo? ¿No gritaban en el mar los que estaban en peligro? ¿Por qué los demás sí podían gritar y él no? ¿Sí, no? ¿grito o no grito? ¿hablo o no hablo? ¿digo o no digo? Por lo menos ¿no podría hablar con su hermano mayor que estaba allí que estaba allí para iniciarlo y ayudarle, no podría decirle que no podía más, que otro día seguirían la iniciación, que por hoy bastaba, que ya estaba suficientemente iniciado?

El templo empezó a moverse, las llamas de las velas se multiplicaban, todo empezó a girar, primero en sentido horario, después en sentido antihorario, para volver después al sentido horario, al principio todo muy despacio pero después iba ganando velocidad. No había más consuelo que mirar al Cristo abrazado a la cruz e identificarse con Él.

No me mueve, Señor, para quererte
el cielo que me tienes prometido...

Su tía le había enseñado esta oración desde pequeño y ahora era la ocasión no de decirla con la rutina de cada noche sino con la experiencia vital de compartir una aceptación del dolor.

Tú mueves, Señor, mueve el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme el ver tu cuerpo tan herido,
muéveme tus afrentas y tu muerte...

El niño razonaba muy a lo niño pero había una lógica y coherencia: si Cristo sufrió y murió para salvarnos, el tenía que sufrir y callar para “iniciarse”, a cada uno le tocaba su parte. La Semana Santa era el tiempo fuerte del año en que se conmemoraba la pasión del Señor, no estaba mal que fuese el tiempo fuerte también para que los niños se iniciasen y llegasen a mayores.

A su alrededor, se comentaba con una monótona repetición la riqueza y la elegancia de los bordados barrocos, la plata y el carey de la Cruz de Jesús, las dimensiones de las bocinas, la saya y el manto y la corona de Nuestra Señora. Nuestro niño pensaba que a todos los cofrades y hermanos que durante tantos siglos —la Hermandad fue fundada en el siglo XVI— habían contribuido al culto de las Sagradas Imágenes también les habría costado mucho iniciarse cuando eran niños. Ahora le tocaba a él. Se sentía continuador de una estirpe que no se podía defraudar. El dolor arreciaba, la sensación de angustia crecía pero nuestro hombrecito no tenía otra alternativa: apretar las puños y callar.

Su hermano mayor volvió a ordenar: ya está bien, vámonos. Se rezaba un Credo, se rezaba una salve. Se marcharon.

Desde la iglesia última de las visitas hasta la casa no había mucho camino pero sí tardaron el tiempo suficiente pata que pudiesen ambos hermanos intercambiar algunas frases de comentario de lo que había visto y experimentado y cómo era necesario visitar los pasos para sentirse sevillano, sevillano ya cuajado, ya iniciado y sentir y vivir la Semana Santa en plenitud.

Los dos hermanos continuaron en silencio y era el tiempo, por las calles y la plazas, de mascar la primavera. Era el “sol de Semana Santa” que tenía su inclinación propia que se colaba por los resquicios de ventanas y persianas y que iluminaba especialmente ese polvillo atmosférico que solo se veía en estos días primaverales.

En la calle ¿no podía ya hablar y manifestar su dolor y decir que ya no podía más, darse por vencido? ¿Sí o no? Pero él había sido educado como todos los niños: los niños no lloran, llorar no es propio de hombre, al que lloraba le decían niña, muñeca, había siempre que apretar los puños, y más cuando se trataba del rito de iniciación. Llorar ¿ahora sí?, ¿ahora tan poco? *Ahora tampoco.*

Llegaron a la casa, primero el zaguán, después se tocaba el timbre, se esperaba a que abriesen la cancela, se entraba en el patio, se subía la escalera que estaba a mano derecha y al llegar arriba nuestro niño ya no pudo más y explotó: lamentos, quejidos, llantos. Se fue derecho a la cama, ya no podía aguantar más, el dormitorio tenía un balcón y cuando su hermana fue a cerrarlo, él se lo

impidió diciendo que se ahogaba. Todo el dolor reprimido de una mañana iniciándose encontró ahora una espita para salir, una manera para expresarse, era la angustia, el llanto, el grito. En la casa era ya la hora del almuerzo, todos estaban reunidos, se formó un gran revuelo. Nuestro niño era el hermano menor, el benjamín de la casa, ¿qué pasa? ¿qué tiene? ¿está exagerando? ¿todo eso es verdad?

En seguida lo más rápido posible, a buscar al médico de la misma calle, el médico más cercano, llega el médico que tenía una venerable barba, ausculta, mira la lengua, toma la temperatura, no se alarma, escribe una receta y se marcha. Entre tanto ya se habían calmado los ánimos. La madre del niño había leído la receta, se trataba de un calmante para aplacar los nervios y decidió que ya no era necesario ir a la farmacia por el calmante.

El niño siguió en la cama, al llegar la noche se durmió. ¿Fue la fiebre? El soñó:

Le preguntaban ¿qué ha sido eso? El pensaba ¿qué sería si él se hubiese abierto a su hermano, si le hubiese dicho que tenía un fuerte dolor en el tórax, que no podía continuar, si él hubiese gritado?, ¿cómo habría sido la iniciación? Él había visto, varias veces, en el escaparate de una librería, un vistoso y sugerente libro que se titulaba *Cómo vencer la timidez en cuatro semanas.* Nunca entendió de qué se trataba pero aquella noche en el delirio de un calenturiento, fue a la librería, compró el libro, lo leyó y empezó a practicarlo. Se decía: "lo que es yo no exploto otra vez".

COMENTARIO DIDÁCTICO

El interesante y difícil arte de enseñar a escribir un cuento puede empezar por sugerir: exponer a los alumnos que reflexionen que todos tenemos experiencias en la vida más o menos intensas, y que podemos reflexionar sobre ellas, hacer a cada una un análisis espectral, asociarlas e incluso ponerlas en la sucesión cronológica que queramos. Pues bien sugerirles que las escriban, las redacten. Todo ello es posible.

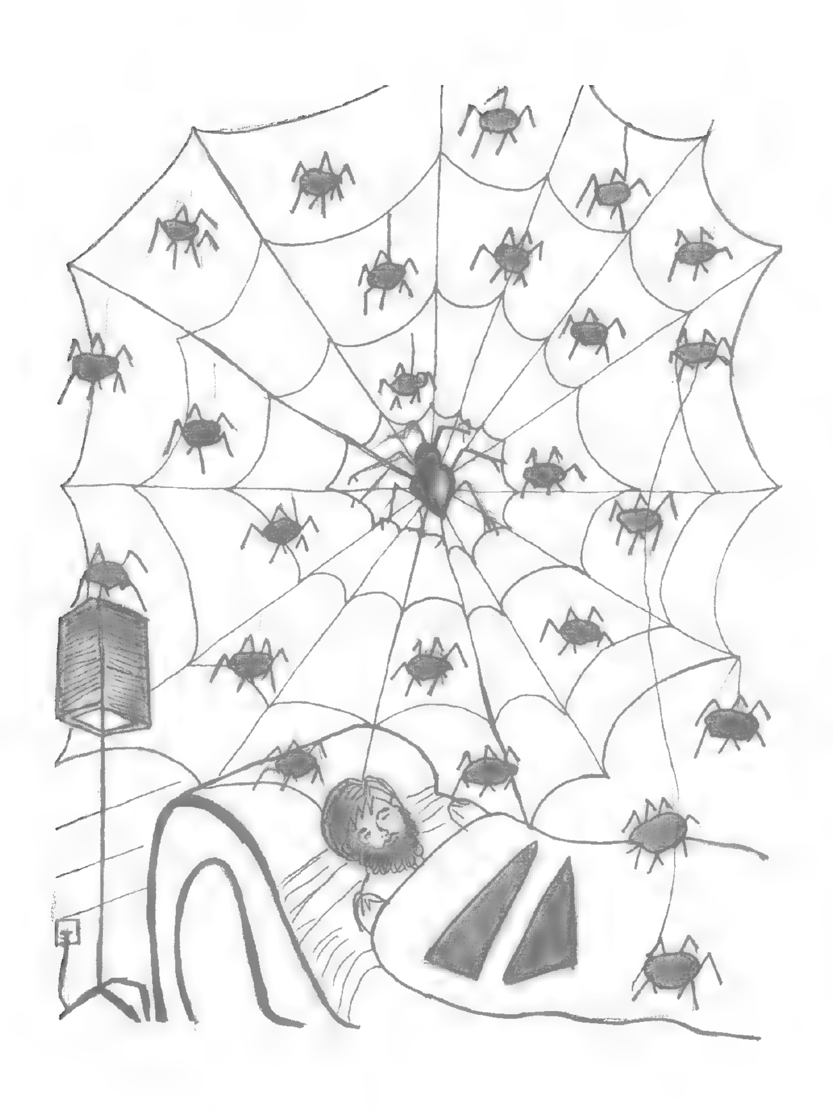
Los que estudian la literatura autobiográfica distinguen tres niveles en ella. Lo más inicial, y es por donde todos hemos empezado, es escribir para nosotros mismos y a eso le llaman *diario*. Al fin y al cabo cuando sin más pretensiones escribimos para nosotros mismos, somos más sinceros y más inmediatos. En este género literario diario tenemos verdaderos modelos. Uno de los más sugeridos es el *Diario* de Ana Frankl. Esta fue una adolescente judía que escribió su diario en Holanda durante la persecución nazi y fue asesinada. El cuaderno con su diario se descubrió después de acabada la guerra. Ese diario tan famoso ha sido llevado al cine.

Cuando se escribe para otros, los lectores, se llama *memorias* y las más llevadas y traídas son las de los políticos que han escrito para sus contemporáneos o venideros. A veces cuando son memorias muy serias también se denominan *autobiografías.* Hay abundancia de testimonios de santos que cuentas sus experiencias místicas para enseñar a los demás. Santa Teresa de Jesús escribe en el libro de *Su vida* porque se lo mandan.

Cuando se escribe para Dios, como una oración, un habla piadosa con Dios, se llaman *confesiones* como las modélicas de Agustín de Hipona, filósofo y santo.

Es necesario explicar a los alumnos que no es lo mismo un diario que un cuento pero el contenido de un diario puede llegar a ser cuento si se expone un tema unitario, una experiencia, que va saltando de evento en evento y llega a tener una unidad y un interés. Cuando es una invención es un cuento, pero que se basa en una experiencia personal que es lo consignado en un diario. Es lo que hemos intentado en El niño tímido explota. Sea modelo no de realización sino de estímulo.

16. EL ECOCUENTO



La siesta es el momento del día en que los insectos y animales molestos se hacen más presentes o por lo menos así nos lo creemos nosotros porque es hora en que lo que queremos es descansar y ellos nos fastidian más. Los mosquitos zumbando, las moscas picando y no digamos nada de lo que abundaba antes: las chinches hambrientas cuando uno se echaba en un jergón, y las pulgas y los piojos y el temido *piojo verde*.

Pero ahora se trata de algo diferente: la araña, la hermana araña, o la hermanastra araña, según los casos. Porque dicen que en nuestro ecosistema no hay ya ni arañas. La Segunda Guerra Mundial propició tres grandes inventos: la bomba atómica, la penicilina y el DDT. Cada uno de esos inventos tiene una interesante historia y su enseñanza y su cuento correspondiente. La bomba atómica fue trágica pero hay diversos puntos de vista. El Presidente Truman tuvo que tomar la decisión. Por el táctica convencional la guerra se cobraría todavía unas 300.000 bajas.¿Qué pasaría con la bomba atómica?

La penicilina tiene un cuento más hermoso. Sir Alexander Fleming, descubridor de la penicilina moría en el centro de Londres sin asistencia médica y cuando le propusieron que se enriqueciese con la comercialización de la penicilina respondió: “No, ese es un invento al servicio de la humanidad”.

El DDT fue funesto para todos los insectos, parecía que había llegado el punto final para todos los insectos. Hay especies animales que se han apoderado del ecosistema y han campado por sus respetos: los insectos, los arácnidos. Pero les llegó los tiempos malos del DDT.

Ya algunas especies animales nos han dejado el enigma de su extinción, por ejemplo, los dinosaurios. ¿Por qué se extinguieron esos animales tan grandiosos, tan impresionantes? Ya su etimología griega nos dice que son reptiles, *saûros*, y además, terribles, *deinós.* Hay hasta trece teorías para explicar su extinción, desde la más ingenua: como eran tan grandes no cupieron en el Arca de Noé y todos se ahogaron, hasta la más original que no da lugar a un cuento pero sí a un chiste: con la expansión de los mamíferos roedores, éstos se comieron los huevos de los dinosaurios. Y es que una alumna, en un examen, no muy bien informada pero para ser *muy bien hablada* ponía en su examen escrito: "Que la extinción de los dinosaurios se originó porque con la plétora de los mamíferos roedores roían los testículos de los dinosaurios".

Pero las arañas, las arañas domésticas, han tenido una muerte mucho más prosaica, han ido cayendo una a una, día a día, verano a verano, siesta a siesta. Por ese afán desenfrenado de matar insectos y todo tipo de animales. Los norteamericanos, en una isla del Pacífico se vanagloriaban de haber acabado con todos los insectos. ¡Ya estábamos en la gloria! Por fin la humanidad civilizada había conseguido vivir sin los molestos insectos. Pero hete aquí que en aquella isla paradisíaca en que se vivía tan bien, en que nada te picaba, en que nada te molestaba, aconteció el pequeño acontecimiento de que llegó la primavera y no se dio la polinización de las flores. Entonces de manera urgente y masiva, hubo que como regar la isla con todo tipo de insectos traídos de cultivos de laboratorios para evitar la muerte biológica de aquella isla ideal.

Hasta las moscas son poéticas si se saben mirar con ojos de poetas como los de Antonio Machado pues él nos ha dejado ese hermoso canto a las moscas: *Vosotras moscas vulgares, me evocáis todas las cosas...*

Para ver una araña hoy hay que salir al campo a buscarla. Pues bien, en verano, en *una casa de las de antes* he vuelto a encontrarlas y, desde luego en la siesta. Yo resoplaba de calor con los ojos entreabiertos y me adormilé y yo veía que una araña tuvo la osadía de entrar en mi cuarto y no había sido la primera vez. Yo ya sabía todo lo que nos había explicado el profe: esa araña deambulante que audazmente y desafiando la química moderna se atrevió a hacerse visible en mi cuarto no era una araña sino un *araño*, o sea, una araña macho porque la araña es del género epiceno, o sea, que la palabrita está sobre lo común, sobre los dos sexos. Pues bien, ese *araño* se paseaba por la pared con un aire de despistado pero lo que quería es despistarnos, despistarme a mí que estaba en la siesta. Pues él sabía muy bien a donde iba, era un macho muy bien educado, que, por cierto, mediante una tradición oral había aprendido que la galantería es un valor moral y que había que respetar a las damas. Se dirigió calmosamente a una cabina telefónica, pues la clase de los Arácnidos ha inventado el teléfono antes que Alexander Graham Bell y lo primero que realiza, cuando se instala en un ecosistema, es una red telefónica para casos de emergencia. El amor para ellas es la gran emergencia de su vida, la genial y fatal emergencia.

Pues ya que nuestro *araño* encontró la cabina telefónica más oportuna, buscó el número y llamó a la araña hembra. Esta oyó el timbre pero no se apresuró

sino que muy calmosa con una pose de una gran dama que se tiene en mucho cogió el auricular:

—Dígame, ¿quién es? ¿qué desea?

Se trataba de una fórmula hecha, un ardid femenino pues ya todo estaba apañado.

—Soy el *araño* amigo, el vecino, y quisiera una entrevista, una cita si fuese posible.

—Bien, tal vez, quizá, pero ¿cuándo?, ¿a qué hora? Bueno, ahora, pasa ¿no es la hora de la siesta? Has de ser experto y ya mismo, en el laberinto de la telaraña. Cuidado con la tercera escalera del entramado telarañal.

Yo seguía contemplando. El proverbio es: *Tienes menos carne que un mosquito* pero nunca mejor referido que a una araña. Pero también recordaba que *El sapo se enamora de la sapa.* ¡Oh que primera entrevista! ¡qué plantarse la hembra! Y observar: *Antes que te cases mira lo que haces.* ¡Qué altanería! ¿era precaución?, ¿habría entre las arañas también el peligro del sida?

Pero al fin todo trámite se allanó y empezó una danza prenupcial, una artística danza de patas, la red telefónica empezó amoverse, parecía que todo el tendido telefónico trepidante, parecía que se vendría abajo, ¿es que se trataba de un órgano electrónico tronando la Marcha Nupcial?

En lo más íntimo de la suite arácnida, en la intimidad de un lenguaje, de un código, se consumó el amor, el *éros*. Pero entonces pude oír lo más macabro y

espeluznante de la escena amatoria. *Quien bien te quiere te hará llorar*, la araña se dirigió zalamera al *araño* y le dijo:

—Querido, has de saber que te necesito. Has cumplido la misión de tu vida, estás acabado pero a mí me queda una larga misión biológica que realizar, es el futuro de nuestra especie, es una responsabilidad, se me ha encomendado por la Naturaleza. Te necesito pero ahora con otra finalidad.

Y sin aguardar más respuesta y sin contemplaciones, como sexo prevalente y privilegiado, agarró al macho y, previa anestesia, empezó a devorarlo, era otro ritual, otro código. La función materna necesitaba una sobredieta de proteínas que ahora la tenía asegurada. Y el cuerpo del *araño* tan destartalado y tan mal repartido entre tantas patas, empezó a desaparecer triturado por la voracidad, ahora alimenticia, de la omnipotente hembra. También en la naturaleza hay hembrismo. Parecía una araña muy marxista, con marxismo puro y duro, vivía la enseñanza de Karl Marx: la muerte es el triunfo de la especie sobre el individuo.

Se percibió un silencio y una calma por el espacio de una sacra media hora. También aquí parece que el proverbio latino inspirado en Ovidio se cumplió: *Post coitum omne animal triste.*

En este silencio, profundo y meditativo silencio, a la hora de la siesta, yo seguía durmiendo, empecé a soñar:

Yo pensaba en las patrañas de los animales: ¿será verdad lo que cuentan de ellos? ¿El pelícano se

hiere el pecho para alimentar con su sangre a sus crías? ¿Es cierto que el alacrán rodeado de un círculo de fuego se suicida como gesto eutanásico? ¿Será verdad todo eso? Y mientras soñaba y pensaba y más pensaba y más soñaba en ello, se me acercó un gran arácnido, bajaba desde el techo, más que en un funicular en un ascensor, piso a piso, lentamente y al mismo tiempo se iba centrando sobre mi cabeza, cuando se aproximaba; sus patas perecían más destartaladas, más ganchudas; cada vez que las movía parecían que estaban más articuladas, ¿cuántas articulaciones tenían?

La araña que se aproximaba era negra, más bien negruzca, con un color viscoso repugnante, parecía que cambiaba de color, del negro al pardo, del pardo al verdusco, con movimientos cada vez más lentos, más premeditados, esta araña no venía a telefonear amorosamente. Yo empecé a tenerle miedo y asco, se acercaba más y ya me miraba, sus ojos tenían una mirada sarcástica y retadora, ya sonreía de satisfacción, no era una araña mala, era malvada. Una araña no tiene carne, carece de mole, pero esta araña que se me acercaba llegó a ser una araña monstruosa que hacía actuar la mente, que ponía no los pelos de punta sino la mente de punta.

Pero cuando me di cuenta contemplé que la araña no venía sola sino que un ejército de arañas bajaba a mi cama, muchas estaban ya en el lecho y se aproximaban a mis pies desnudos, otras se acercaban a las piernas y mis manos estaban ya rodeadas de un enjambre de arañas que bordeaban la figura de mis dedos y estaban preparadas como para una orden de

avance y ataque. Yo ya no me atrevía a moverme, como si haciéndome yo el muerto consiguieran que no me atacasen. De nuevo miré sin levantar la cabeza, no tenía valor para incorporarme, y he aquí que vi que la sábana blanca estaba como bordada no con hilos sino con patas de arañas, todo era una trama negruzca de patas de arañas que sostenían sus cuerpos y en éstos unos ojos voraces que me miraban con avidez. Por fin la araña más grande, la que hacía como de araña reina lanzó una mirada de comando a todo el enjambre de arácnidos. Yo empezaba a sudar como un calenturiento: quizá el sudor espanta las arañas, pensaba yo, pero nada, el cerco sobre mi cuerpo se cerraba, aunque ninguna me atacaba, era como un tormento psicológico que ya acabaría en suplicio corporal.

De pronto se inició una música muy lejana, poco a poco se iba acercando, era como una marcha militar que enardecía los ánimos para el combate. ¡Oh! Si era la misma música de la película *El puente sobre el río Kwai*. **Al son de la marcha militar todo el tropel arácnido se puso a marcar el paso. El ardor militar de la marcha iba creciendo y mi ánimo iba menguando, me quedaba casi sin respiración; con el pánico que tenía y mi instintivo disimulo de hacerme el muerto ya casi lo estaba.**

Como a una orden de ataque, la gran araña que descendía del techo se arrojó sobre mi garganta y otras tantas se pusieron en mi cuello como un macabro collar y ras, empezaron a morder y a cortar. Yo quise arrojarlas con mis manos pero no pude mover los brazos; una legión de arañas me tenían

inmovilizado. Fue todo muy rápido, iba el collar arácnido cortando, perforando, taladrando, aserrando, yo sentía una sensación nueva, inédita, porque las arañas parecían como si me inyectasen una anestesia, pero también me producían sus mordiscos un intenso escozor. Quise mover la cabeza para librarme de la atroz carnicería pero mis orejas ya estaban tomadas y no pude hacer el menor movimiento.

En los momentos de apuro se discurre rápidamente. Yo pensaba, yo soñaba: ¿No querían las arañas y todos sus congéneres darnos una lección de protesta ecológica ante su fatal exterminio por el DDT? Lo que estaban haciendo era el grito de una especie que no se resigna al genocidio, su estrategia era una defensa desesperada.

El collar se iba cerrando, ya quedaba menos, de pronto sentí que mi cabeza estaba ya separada del tronco, era el fin, habían cumplido su misión, ya había un humano aracnicida menos que con el maldito DDT pudiera exterminarlas. ¡Una cabeza separada del tronco! ¿Cómo era que yo podía discurrir tan bien? Y ahora me ponía en el punto de vista de ellas, de las que me cortaron la cabeza, quería hasta justificarlas ¿Eso qué era? ¿Había caído yo en el *síndrome de Stockholmo?*

El dolor en mi cortado cuello se me hizo tan intenso que aunque no me podía mover, por lo menos pude dar un profundo grito, era como un alarido en una crisis final, repetí el grito y esta vez con más intensidad. El grito se oyó muy bien fuera de mi

dormitorio. Los que estaban fuera entraron alarmados en mi cuarto.

—¿Qué te pasa? ¿Qué es eso? Estás pálido. ¡Cómo sudas!

Yo me desperté e instintivamente me llevé las manos al cuello. Donde espera comprobar una terrible carnicería, todo estaba en orden, todo en su sitio. Sólo noté un copioso sudor que bañaba la almohada. No me lo quería creer, es que no podía admitir que todo había siso un sueño, un *cuento*.

—No me pasa nada, pero ¿no sería bueno que respetásemos a las arañas y a todos los insectos?

—Ya estás tú con tu rollo. ¿Es que te has impresionado con las arañas gigantescas venidas de la Argentina?

—Bueno es que me ha sucedido...es que quiero contaros un cuento...Érase una vez un hombre que se durmió en la siesta... y érase una vez una araña...

COMENTARIO DIDÁCTICO

Yo que he escrito el cuento, dudo si está inspirado, o por lo menos motivado, por la película de Alfred Hitchcock *Los pájaros (The Birds).* Por lo menos fueron dos eventos bastante próximos: ver la película y escribir el cuento. Es curioso que ese filme está basado en un relato de la escritora Daphne du Maurier. En internet,en un buscador se puede hasta leer una entrevista que le hace

François Truffaut a Hitchcock sobre la película *Los pájaros.*

Sería aconsejable tener un visionado de esa película con los alumnos, explicarles el filme y enfatizar cómo de un evento prosaico se puede sacar un cuento.

En este cuento los pájaros han sido sustituidos por las arañas. El alumno puede y es invitado a hacer cualquier otra translación y buscar la trama que a él le resulte más familiar, la que él haya leído u oído alguna vez o la que él se invente del todo. Que el *alumno-escritor-de-cuentos* se pregunte y se haga refleja la interrogación de cómo puede ir creando un clima de admiración, de sorpresa, de originalidad, de miedo... sobre lo que él imagine.

17. LA FÁBULA DEL CONTENEDOR



—Oiga, doña Gracia, por favor, el jueves tenemos a las seis reunión de la comunidad de propietarios.

—¿Cuál es el orden del día? ¿Otra vez el bendito contenedor?

—Saldrá el temita otra vez, pero hay otros muchos puntos a tratar.

—No se ha enterado usted que los del 4º B parece que se los ha tragado la tierra, llevan ya un año y medio sin pagar la mensualidad de la comunidad. Dicen que están en el extranjero, en Holanda, parecen que tienen problema en el matrimonio. Ya me decía yo que ese matrimonio no andaba muy católico. Ya le oímos, muchas veces, discutir y mucho más.

Lentamente doña Gracia se dirigió al ascensor, lentamente, pues Gracia era la veterana de los vecinos, en antigüedad en la casa y en edad. "Se conservaba muy bien", según la frase que empleaban todas las vecinas cuando hablaban de ella. Pero ella se reía de ese halago muy convencional y decía: los sociólogos norteamericanos dicen que la vida del hombre hay que dividirla en tres periodos que son: juventud, adultez y "qué bien se encuentra, qué bien se conserva, parece mentira, ya quisiera yo..."¿Tendría ochenta y cinco? ¿rondaba los noventa? Nadie lo sabía, pero era porque nadie lo preguntaba. La edad de doña Gracia era un tema del que se hablaba pero nadie se aclaraba.

Ella, incluso en algunas reuniones de comunidad de vecinos, había revelado anécdotas y etapas de su

vida. Lo que sí quedaba claro era, siempre en conclusión, que ella vivía sola, estaba sola en el mundo.

—Cuando mi marido y yo llegamos a esta casa —explicaba con detalle en una reunión— no había ascensor, ni contenedor, ni reunión de vecinos. Todo lo arreglábamos las amas de casa hablando. Yo creo que el refrán *Hablando se entiende la gente* muy bien habría podido venir de los vecinos de esta casa. Mis padres vivieron siempre en una casa unifamiliar, como se dice hoy, y que entonces no se decía así porque lo que se acostumbraba era una casa para cada familia. Como pasa hoy en los pueblos. Casa mejor o peor, pero cada uno su casita. La escalera se subía poquito a poco.

La basura se ponía en el cubo de la basura y se bajaba cuando se oía que venía el carro del basurero. La basura servía para mucho, no había que reciclarla, era un alimento excelente para los cerdos. No había el problema de acumulación de desperdicios. No había tantos productos procesados y retractilados, no había tanto plástico, tanto cartón para todo. La basura era sólo productos orgánicos que no se comían: cáscaras, piel de frutas, huesos, pitracos... El papel de periódico era como el papel higiénico de hoy y todos estábamos tan contento. Después hubo años de más comodidad para los vecinos y los basureros subían a los pisos y ellos recogían las basuras en los cubos y después cada vecino subía el suyo. Las amas de casa y las criadas, las que eran más cuidadosas, forraban por dentro el cubo con un pliego de periódico, el fondo del cubo de la basura y los laterales y así se ensuciaba menos el cubo que con todo, había que limpiarlo de cuando en cuando para que no estuviesen sucios y apestosos. A los basureros había que darles una

gratificación cada mes por este servicio, aunque es verdad que con menos de cinco pesetas quedaban muy satisfechos. Ya teníamos los mismos problemas que hoy tenemos: “que si no se tapaban bien los cubos, que si estaban picados y chorreaban por las escaleras cuando se bajaban, que si esto, que si lo otro.

En aquellos tiempos tan lejanos y tan diferentes doña Gracia se había mudado a una nueva casa que ya no era unifamiliar sino de pisos. Esa casa se había construido en una de esas nuevas avenidas que como espinas estaban clavadas en la trama de callejas de una ciudad histórica. Además esas avenidas, hoy tan criticadas, se construyeron porque a finales del siglo XIX la población sufrió graves y diezmantes epidemias de cólera y otras enfermedades. Una de las conclusiones que se sacaron de esas epidemias fue comprobar que en las calles que eran más estrechas y tortuosas, en donde entraba menos el sol, fue donde la muerte se cobró más víctimas. La conclusión, entonces, era contundente: había que construir calles más amplias, ventiladas y soleadas y no en unas nuevas barriadas que para aquel entonces ni se pensaba en ello pues el crecimiento de las ciudades era muy insignificante. Había que modernizar la ciudad ya construida con nuevas avenidas que no respetaban la configuración tradicional de las calles ni los abundantes palacios y casas solariegas.

Con esos aires modernistas y renovadores el esposo de Gracia, que era fiscal, fue destinado a una de esas ciudades, cuyo nombre ahora por discreción omitimos, que proyectaron nuevas avenidas. Ese era el pasado ya tan lejano para Gracia. ¡Aquella mañana de la mudanza! ¡Los muebles de su primer hogar! ¡La gran

ilusión de ser madre de familia numerosa! Esa era la tradición en toda su familia: madre, abuela, hermanas, tías y toda la parentela.

Pero ahora todo había cambiado. En la tarde convenida Gracia bajó desde el 3º C, donde vivía, al 2º B donde se tendría la reunión de comunidad de vecinos. A las seis de la tarde, con toda puntualidad, pues Gracia no quería perderse ni un minuto de conversación, de posibilidad de contar y hablar y oír y comentar todo lo que pasaba en la comunidad, con todas sus peripecias, gracias y desventuras. Gracia gozaba conversando, era una extravertida, irradiaba sociofilia. Pensaba en los demás, gozaba con los demás. Su frustración de madre de familia numerosa, convertida en esposa estéril, contumazmente infecunda, que queda viuda cuando el bueno de su esposo murió de un infarto, porque aquello "era de familia" pero que atribuían también al desenfreno en el fumar y a los malos ratos que tenía que pasar en su carrera de fiscal y al inacabable pleito, los berrinches y sofocones que tuvo que pasar, cuando unos desprotegidos jornaleros del campo tuvieron atranques con los caciques y políticos de turno. Él repetía *Dura lex, sed lex.*

Casi a las seis y media empezó la reunión, mientras tanto, charlaban y más charlaban, de lo divino y lo humano. Todas eran mujeres que representaban a sus paridos que eran los propietarios —feminismo en la reunión y machismo en la propiedad—. Sólo había dos varones en la reunión, jubilados por más señas, y que acudían a la reunión para matar el tiempo de su ocio jubilar y para poner un poco de orden en aquellas

reuniones de hablar y nuca acabar y no sacar nada en claro.

Como era de esperar le llegó el turno al tema del contenedor. Jamás se podría nadie imaginar que un objeto tan prosaico, tan poco elegante, tan vulgar, tuviese la capacidad de inspirar y sugerir tantas palabras y tan iterativos aunque siempre nuevos comentarios. Es verdad que tomando una distancia crítica aquello sonaba a disco rayado y como un monótono redoblar de un viejo tambor. El tema con sus variantes sonaba así: desde que el encarecimiento de la mano de obra dejó a la casa sin portero, el encargo de sacar el contenedor para que se llevase la basura la infernal máquina, trituradora y despertadora del plácido descanso de los ciudadanos, iba rotando de vecino en vecino. Empezaba por los del primer piso, pues los del bajo eran comercios y llevaban otro tajo, y por estricto orden alfabético de la letra de cada vivienda en cada planta iba pasando el encargo de vecino a vecino. En total cuatro pisos que tenía el inmueble por cuatro letras daban un total de dieciséis vecinos más la vivienda del ático que se adaptó después y era donde vivía el portero cuando lo había. Pero dos de los vecinos tenían dos pisos pues eran familias más que numerosas.

En resumen que quince vecinos entraban en la ronda.

—¡Si es menos de una semana por trimestre! Ese era el estribillo final cuando se quería expresar que el cuidado del contenedor no era una carga tan laboriosa.

Pero las acusaciones contra el contenedor eran abundantes: “se olvida sacarlo y se acumulan las basuras

de dos día, no se pone en el lugar que indican los recogedores de la basura, cuando se saca se hace con estrépito, no se mete a su hora, ponen en él la basura demasiado pronto y toda la escalera y la casa se impregna de malos olores, se echan cosa fuera de las bolsas, las bolsas no se cierran bien, las bolsas de los grandes almacenes no son apropósito, no cierran bien aunque sean un ahorro, las bolsas se rompen porque meten en ellas cosas que las rajan, cuando alguien no ha podido sacar o meter el contenedor por fuerza mayor nadie suple aunque lo vea y pueda remediarlo..."

¡Pobre contenedor! Si por lo menos él pudiera defenderse, si los contenedores hablaran, si pudieran dar sus puntos de vista y cómo observaban a los que los transportaban. Por lo menos un poco de educación y de respeto con el contenedor. Aunque el contenedor era un producto del consumismo productor de basuras en cantidades industriales, él cumplía una labor humanitaria y ecologista y hacía el mundo "civilizado" un poco menos incivilizado. ¡Pero cómo trataban al contenedor! Se informa al ciudadano de que el país que produce más desperdicios es EE.UU. y el que menos Etiopía. Eso va parejo al consumismo.: *usar y tirar*

Se apelaron todos los motivos y valores: la salud, la estética, el buen ejemplo a los muchachos a los cuales se les exigían que no tirasen nada al suelo, el reciclaje del papel, del vidrio, de los plásticos...la deforestación del planeta, la desertización, etc. Aquello parecía toda una "física y metafísica del contenedor"

Doña Gracia habló y denunció la insolidaridad. Ella había aprendido muy bien la máxima de Albert Schweider

de que *el viejo es sabio porque conoce la relatividad de las cosas.* Pero cuánto había detrás del problema del contenedor.

Una vez que cada propietario de cada vivienda, de parte de cada familia había dicho *su dicho*, se levantó la sesión y todos se fueron a sus hogares ronroneando el tema del ordenador.

Pero doña Gracia iba concibiendo un plan, algo que fuese educador y ejemplar, algo distinto del monótono y cansino lamento de los males, algo como la *Campana de Huesca* que sonase en todo Aragón, pero con otro estilo que no fuese de castigo sino de premio y recompensa. Que los vecinos aprendiesen, de una vez para siempre, que detrás de una pequeña anécdota hay siempre y se puede descubrir algo importante y sorpresivo. En un insignificante servicio a los demás, en el fondo, hay una actitud de colaboración y entrega.

Aquella noche Gracia tuvo un sueño y al despertarse —varias veces en la noche, eran los gajes de la vejez— decidió estudiarlo y ver cómo ponerlo en práctica. Porque el sueño era una cadena de complicaciones que no se avenían a la realidad de aquella vivienda. El sueño consistió en que **el contenedor quedó en el vestíbulo en la puerta del ascensor y a nadie de los que lo vieron y pasaron se les ocurrió retirarlo a su convencional y oscuro rincón. Los vecinos pasaban, murmuraban, pro- testaban, pero nadie removía el contenedor de ese emplazamiento tan incómodo como improcedente.**

Entonces —seguía el sueño— Gracia tuvo una idea: ella ya tenía pocos años de vida y no carecía de un patrimonio y “una paguita de vieja” que le permitía vivir con cierta holgura. ¿Qué sería de su dinero cuando ella muriese? El dinero de la cartilla de ahorro que estaba vinculada con su cuenta corriente que estaba a su nombre y a sólo su nombre. En ese momento tuvo para ella una feliz idea: cogió resoluta el talonario de cheques y escribió, donde se lee páguese, al portador, UN MILLÓN DE PESETAS, y con más resolución buscó el rollo de fixo y fue al contenedor y fijó el talón por detrás del contenedor y puso éste delante de la puerta del ascensor. Era de noche y nadie la veía, enfocaba con la linterna, de pronto oyó un ruido impreciso y el corazón le dio un sobresalto, era la gata de los vecinos del 3º A que regresaba de sus correrías nocturnas. Con el respiro de que no era observada prosiguió su maniobra. Con creciente sigilo se fue a su vivienda y se acostó y con el gozo de haber hecho una original hazaña se quedó dormida. Y entonces, soñó, que soñaba, y llegó la mañana y los vecinos fueron a coger el ascensor para subir y bajar y se encontraron el contenedor, pero nadie lo quiso quitar de la puerta del ascensor. Esta semana no me toca a mí ¡habrase visto donde lo han puesto! Y subieron a la planta primera para allí coger el ascensor.

Pero los que bajaban en el ascensor al llegar al bajo veía el polémico contenedor y no podían salir. ¡Dale que te pego! volver al primero y salir por allí para bajar al bajo a patitas y protestando. Y así todo el día. Pasó una mañana pasó una tarde, el día primero, pero a media tarde la presidente de la comunidad de

vecinos decidió convocar una reunión urgentísima e inaplazable, a puerta abierta para que asistieran todos los vecinos que quisieran y pudiesen. Tema único del orden del día:

EL CONTENEDOR A LA PUERTA DEL ASCENSOR.

¿Cómo había ocurrido eso? ¿cómo había de procederse para que el funesto evento no volviera a repetirse? En la reunión de urgencia salió el tema con toda su crudeza: ¿Quién había sido el atrevido, insolente, insolidario, gamberro, desaprensivo, ineducado, antihigiénico, antiestético, antisocial...y así hasta quince epítetos piropos, si contamos uno por cada piso, pues doña Gracia también contribuyó a la letanía de descalificaciones. Todos se miraban pero nadie respondía, nadie daba una pista.

—Lo que yo puedo asegurar es que en mi familia no hay nadie capaz de tal felonía.

Esa era la única afirmación que todos aportaban. Se hizo un largo embarazoso y largo silencio. Aquello resultaba un ejercicio preverbal retador y desafiante. Nadie respondía. La situación no tenía salida. El ambiente se caldeaba y parecía que iba explotar. De pronto por donde menos se esperaba salió la respuesta. Doña gracia con una calma propia de su edad e impropia de la tensa situación dijo: El contenedor en la puerta del ascensor, en el bajo, lo he puesto yo, esta noche, sin que nadie me viese y con una intención premeditada. El silencio se cortaba, el silencio siguió. El silencio era inexplicable, todos pensaban y sentían pero nadie hablaba. Empezaron a

cuchichear: no es posible, doña Gracia chochea, está desvariando, es imposible que ella lo haya puesto. Cuando el largo silencio se hizo casi insoportable doña Gracia dijo:—Os pido un favor, que ahora todos vayamos al contenedor.

Con la esperanza de encontrar la solución a tan tremendo enredo todos bajaron al bajo por la escalera. Cuando llegaron los últimos el suspense había llegado a su más alta cota. Gracia esperó a que todos estuviesen impacientes y se adelantó a donde estaba el contenedor, ya no parecía la octogenaria, con gran fuerza y decisión arrastró el contenedor con estrépito con un chirrido que se fue apagando en el silencio, le dio la vuelta al contenedor, estaba en el centro del corro y con voz mandona y un gesto imperativo ordenó:—Lean y miren lo que hay ahí.

Empezando por los niños y jóvenes que se habían acercado al espectáculo empezaron a leer y a gritar:

PÁGUESE AL PORTADOR LA CANTIDAD DE UN MILLÓN DE PESETAS POR EL SERVICO DE HABER QUITADO EL CONTENEDOR Y HABERLO COLOCADO EN SU SITIO.

Uno y otro iban leyendo solfeando la misma cantinela, hasta que Gracia despegó enérgicamente el cheque y con toda parsimonia como si se tratase de un rito litúrgico abrió el contenedor, lentamente rompió en cuatro pedazos el talón y lo tiró al contenedor como con aira de victoria.

Sin decir nada, con gran calma, ya como vieja, empezó a subir las escaleras. Se oyó la voz de un muchacho que afirmaba que él estuvo a punto de quitar el contenedor: lo que me he perdido.

COMENTARIO DIDÁCTICO

¿Quién no tiene repetidas experiencias de reuniones interminables en que todos hablan, discuten, escuchan poco e interrumpen mucho? Reflexionando sobre esas experiencias, se puede sacar una enseñanza según la materia de la reunión y se puede ir comentando, ampliando y enriqueciéndola con las banalidades y aciertos sensatos que se han tenido que oír. Sacar la materia del cuento de lo que dicen, refutan, pretenden demostrar y vuelven a repetir.

Seguir estos pasos: oír, escuchar. Darle importancia a lo que dicen, observar con atención, seleccionar lo más “cuentista” e ir hilvanado hasta darle cuerpo a un cuento.

18. MIRADAS EN TANGENTOLANDIA



El señor Presidente de la República de Tangentolandia era un tipo delgado, aquijotado, de mirada penetrante, de expresión exquisita, de gesto pensativo y como un poco preocupado. Por aquellos días, durante las noches, su descanso se veía perturbado por ensueños insistentes de terremotos, inundaciones...Todos esos ensueños, en simple psico- análisis, se podrían muy bien interpretar como problemas y catástrofes económicas y políticas.

Al despacho del señor Presidente afluían los asuntos que las más de las veces eran problemas cada uno con su propia dimensión: problemitas, problemas y problemazos. Sus secretarias distribuían los asuntos con regularidad y orden. Pero esta vez no se trataba de un problema sino la suma de muchos problemas que todos tenían un denominador común: sus ministros, sus subsecretarios y toda la escala administrativa estaba superburocratizada y esta superburocratización era un caldo de cultivo, fomentaba y encubría una corrupción que acabada en cohecho encubierto y maquillado. Toda obra pública, todo servicio público era contratado por una cantidad millonariamente mayor que su valor real. El exceso de dinero sobre el costo real se lo repartían amigablemente entre el político corrupto y el prestador del servicio.

Con esa práctica generalizada los presupuestos del estado subían a cifras astronómicas, más allá de lo que las arcas públicas toleraban y los ciudadanos disponían de unas prestaciones disminuidas e insuficientes. A esa manera de robar se le empezó a llamar proverbialmente *tangentes* pues el dinero se escurría por la tangente del engaño y el fraude que los políticos querían justificar por

el empleo, a su vez político, de ese dinero que defraudaban, y por la agilidad con que procedían en la administración.

La corrupción administrativa crecía, las “tangentes” se multiplicaban como un cáncer de evolución rápida que corroía el organismo político en todos sus segmentos. Era una metástasis completa, progresiva, alarmante.

El espíritu inquisitivo y caviloso del señor Presidente estaba alarmado. ¿Qué hacer? ¿Cómo corregir el mal? O a lo menos ¿cómo impedir que el desfalco aumentase? El señor Presidente confería con sus consultores y sus secretarias. Entre éstas había una de cultura intensa y extensa y de un especial don de consejo. Con ésta el Presidente consultaba los problemas más intrincados. Esa secretaria, que frisaba en los cuarenta años, era una mezcla original de cultura, clarividencia, perspicacia y magia. Tenía ese don de consejo, esa razón eterna que iluminaba y marcaba el camino que debemos seguir en cada momento de nuestra vida, y todo con audacia, con seguridad y con rapidez.

Ante el señor Presidente acorralado y disminuido por la perplejidad la secretaria se crecía maternalmente y ofrecía el consejo, la sugerencia, que trajese la tranquilidad y la paz de su corazón. El Presidente, una tarde de esas oscuras y en que todos los acontecimientos son problemas insolubles, se confidenció plenamente con la secretaria. *La soledad del jefe que siempre tiene razón* le inducía unas eventuales erupciones de su conciencia, unas sesiones de intimidad y confidencia.

—Estoy acorralado —le dijo a su confidente— y me siento tentado de tirar la toalla, de presentar la dimisión. La corrupción administrativa se extiende como una mancha de aceite. Las "tangentes" se multiplican y están ya presentes en todas las capas, en todos los repliegues del organismo administrativo. Vosotras las secretarias tenéis las manos limpias porque no pueden y además no necesitan meteros en el saco. Yo soy el presidente, ¿qué puedo hacer?, ¿qué debo hacer?, ¿qué me cabe esperar? Yo soy el responsable.

La voz del omnipotente Presidente se hacía entrecortada por la emoción. La debilidad del fuerte es trágica y en este caso era manifiesta: el Presidente estaba tan emocionado, casi llorando. Se hizo el esperado silencio, al mismo tiempo distensivo y provocador. La secretaria pendulaba por un lado con un profesional deseo de servir, con una maternal compasión y por otro lado un refinado sentimiento de superioridad. Lo animó. *Mal de muchos, consuelo de tontos.* Empezó por lo más vulgar y trivial.

—¿En qué país no había corrupción administrativa? Los políticos, como los militares, el alto clero, la nobleza y los capitalistas, tenían una trayectoria histórica de corrupción y podredumbre. La secretaria muy culta recordó a Lord Acton que ya en el siglo XIX sentenció:"El poder corrompe, el poder absoluto corrompe absolutamente". La secretaria, más culta y erudita todavía, prosiguió:

Recuerdo haber leído un manuscrito inédito de nuestra Biblioteca Nacional que estaba en un legajo polvoriento, con el polvo de los siglos, y que yo por lo visto soy la única que lo he leído y he conseguido

descifrar. La Historia es *Maestra de la vida* y en ese documento aprendí que un Rey en la Edad Madia estaba en una situación semejante a la que ahora padece el señor Presidente. Aquel Rey consultó con sus consejeros, todos lamentaban los malos tiempos que vivían, todos decían vaguedades de vaguedades, pero entre sus consejeros había uno que tenía un especial don de consejo y clarividencia. Éste se plantó en la reunión de consejeros y le dijo:

"Majestad los tiempos son malos porque los hombres son malos, hagamos a los hombres buenos y los tiempos serán buenos. Justicia y eficacia, esos son los remedios. Yo me atrevo a hablar delante de vuestra Majestad y proponeros que descubráis quiénes de vuestros ministros han defraudado en la administración de los bienes de las arcas reales y en qué proporción os han sido injustos, quien más, quien menos. Haced vuestra Majestad, si os place, el siguiente ardid: en uno de los corredores de palacio, cread un ambiente, una atmósfera de penumbra y misterio. Según se vaya avanzando por ese corredor, la oscuridad será mayor y al final poned unas consolas con lujosos tapetes y encima de ellos muchas joyas y monedas de oro de vuestro tesoro y de las joyas de vuestra esposa la Reina que Dios guarde. Conseguid que los pálidos candiles iluminen tan sólo las joyas, las piedras preciosas y las monedas y que los ministros y sotoministros del Reino vayan pasando por el corredor de la tentación solos y sin ser vigilados por nadie y que ellos tengan la plena seguridad de no ser observados. Que las mesitas estén dispuestas de tal modo que obliguen a los que pasan a detenerse para contemplar el valor de las joyas, piedras preciosas y monedas expuestas.

Vayan pasando de uno en uno y sin ser urgidos a que vayan de prisa. Vayan lentamente para que la pasión y la desenfrenada codicia pueda ir creciendo en sus perversos corazones. Después, recorrido el corredor, se saldrá a una gran sala, también a media luz, y por ello se sentirán envueltos en una atmósfera de disimulo. En esa sala organizaréis un solemne baile, tendréis a las damas de la corte avisadas para que bailen con vuestros ministros complacientemente, sin parar, insistentemente, un baile maratoniano. Nuestra señora la Reina se encargue de este cometido como ella sabe ya muy bien realizarlo. Haya un baile, otro baile, hasta que se llegue al cansancio.

Entonces esté vuestra Majestad y vuestro Mayordomo muy atentos, que yo lo estaré también, e iremos observando quiénes se cansan de bailar y se sientas y cuáles son los primeros que lo hacen y el orden con el cual se van sentado. Después nos reuniremos los tres: su Majestad, el Mayordomo y yo e iremos con exactitud haciendo la lista de los que se han sentado y el orden de prioridad. El oro y las joyas pesan y sobre todo cuando se está bailando sin parar. Haremos el arqueo de las joyas, piedras preciosas y monedas de oro que faltan de las mesas, calcularemos sus precios en ducados y esa cantidad la correlacionaremos con el monto total de dinero que han defraudad a la hacienda pública e iremos haciendo un prorrateo de ella de modo que se corresponda inversamente con el tiempo que tardaron en sentarse. Así tendrá vuestra Majestad, con exactitud y justicia, la cantidad que tiene que restituir cada ministro al erario público. Con este ardid vuestra fama de justicia y sabiduría, eficacia y perspicacia resonará en todo vuestro

Reino y los pueblos vecinos comentarán la sabiduría del Rey tan equitativo y dirán de vos que un nuevo Salomón ha sido enviado por Dios a la tierra”.

La secretaria calló y de nuevo se hizo un profundo y meditativo silencio. Fue, ciertamente, un silencio reflexivo en que ambos, el Presidente y la secretaria fueron asimilando las enseñanzas de ese manuscrito inédito y desconocido.

Hecha la reflexión la secretaria continuó:

Señor Presidente, la enseñanza es clara y realizable pero hay que traducirla a los tiempos que corren. Hoy es imposible reconstruir un corredor en penumbra con joyas y tesoros. Además, en nuestros días, todos sospecharían un túnel de control electrónico al final del corredor. Los trajes de hoy son demasiado funcionales para poder disimular un peso de joya y monedas. Las vestimentas de entonces, hoy son piezas de un museo del vestido: los jubones y las calzas. Hoy casi nadie entiende qué sea un guardainfante femenino. Para ser eficaces, como nuestro Rey medieval, hay que trabajar con otros parámetros. Se me está ocurriendo: hoy vivimos después Freud en una era psicológica. Se me está ocurriendo una idea, a ver ¿qué le parece al señor Presidente? El señor Presidente podría ir llamando a su despacho para una entrevista a todos los ministros y sotoministros. El señor Presidente debe de aprenderse de memoria una exposición detallada y emotiva sobre la falta de ética y honradez en los cargos de la administración pública, exactamente el mismo rollo a cada entrevistado. Debe enfatizar la villanía y la injusticia de los funcionarios de alto rango administrativo, de los subsecretarios y demás

políticos, de la escurridiza práctica de los cabildeos, de los *lobbys* para que se impacten más, debe conducir la exposición desde una exposición sencilla y objetiva hasta el más alto clima de denuncia y acusación directa. Debe asustarlos con comisiones de investigación, de inspección, de auditorías sin piedad, de la policía que está segando la hierba que pisan sus propios pies, de como los desfalcadores ya están perdidos y han caído en la ratonera, de espías infiltrados, de todo eso y mucho más. Del acierto al exponer la gravedad de los problemas depende esta estrategia a seguir.

El señor Presidente, cuando esté hablando, debe mirar los ojos de su interlocutor, escudriñar su conciencia, dar a entender que el Presidente lo sabe todo ya, que está tirando del hilo y viene ya a sus manos todo el ovillo, que no están seguro en la tierra que pisan. Y entonces el señor Presidente debe estar muy atento y observar la mirada de su interlocutor. Con un cronómetro que mantendrá oculto entre sus manos irá cronometrando cuánto tarda en bajar la mirada y cuánto tiempo está con la mirada baja. Eso es muy importante y cuándo, por fin, se atreve cada interpelado a levantar la mirada.

Los Reyes y los grandes, los superiores religiosos y los magnates siempre pretendieron que sus súbditos no les mirasen a los ojos en sus entrevistas y así ellos, mientras miraban a sus inferiores, mantenían un *status* de asimetría, superioridad y privilegio. No mirar a los superiores era una admirable virtud: la modestia. Las virtudes son históricas.

En las entrevistas que mantendrá el señor Presidente comprobará cómo la denuncia de las

"tangentes" hará que los responsables de ellas bajen la mirada y se sientan culpables ante su conciencia. El señor Presidente debe realizar con su encendida palabra lo que un detector de mentira realiza casi mecánicamente. El permanecer con la mirad baja unos momentos indicará, y proporcionalmente al tiempo que dure, la magnitud del desfalco. Cuando el señor Presidente haya entrevistado a todos sus ministros y demás miembros de la administración pública que hayan intervenido en la contratación de servicios y construcciones públicas, sumará todos los segundos que cada cual estuvo con la mirada baja. Después tendrá ya calculado el importe de las "tangentes" y demás irregularidades administrativas. Dividiendo esa cantidad por el número de segundos que tuvieron la mirada baja, averiguará la parte de la defraudación a la Hacienda Pública que corresponde a cada uno y consecuente y justamente lo que deben restituir al erario de la República.

Por tercera vez, entre secretaria y Presidente se dio una comunicación, en un clima de silencio prolongado. La comunicación llegó a *sim-patía.* El Presidente todavía dudaba de realizar la experiencia, la secretaria lo animó por última vez. Ella seguía argumentando: no se perdería nada si fracasaba pues nadie se enteraría, el éxito estaba asegurado por la garantía que daba la experiencia medieval que era más aparatosa que la que ella proponía. Ella lo exponía con todo entusiasmo pues era su invento, era volver al buen gobierno de nuestros mayores.

El Presidente se decidió, la experiencia fue un éxito. Los politólogos de la República publicaron en los medios de comunicación concienzudos y elocuentes artículos donde alabaron la clarividencia y la originalidad

el señor Presidente que supo poner remedio a tantos males y a tanta corrupción que la opinión pública lamentaba como inevitables. Desde aquel entonces en la República se respiraba otro ambiente, empezaba una época de justicia y honradez.

El Presidente llamó a la secretaria inteligente a su despacho, hablaron y recordaron los días críticos de corrupción y vacilación. Ninguno de los dos bajó la mirada. Se miraron a los ojos fijamente, era otra manera de mirar y de mirarse a los ojos fijamente. No había cronómetro que midiese los segundos, se miraron largamente, a satisfacción. Comprobaron como el otro parpadeaba a intervalos, esa es la mecánica de los ojos. Y sobre todo experimentaron lo maravillosa que es una mirada, unos ojos, unas pupilas, un iris con su original color. Lo más vulgar en aquel momento resultó lo más maravilloso, tuvieron la capacidad de admirarse, Gozaron lo hermosa y fascinante que es una límpida, una limpia, una linda mirada. Límpida, limpia, linda, tres adjetivos de un mismo étimo que expresaban en aquel privilegiado momento la riqueza, la limpieza de una experiencia. ¿Cuánto tiempo estuvieron mirando la mirada? Se repitió otra vez la experiencia de Fausto al beso efímero de Margarita: ¡PERMANECE!

Por fin bajaron la mirada. El Presidente preguntó: Si con la mirada se expresan y descubren tantas cosas ¿por qué yo, que soy todo un Presidente, no he sabido mirar hasta ahora y tú, una secretaria, eres maestra en el arte tan sencillo y tan profundo de saber mirar? Mi vida desde hoy debe ser diferente: un antes, cuando miraba sin saber mirar y un ahora que aunque no mire, miro y presiento e intuyo y capto el amor.

La secretaria se ruborizó, se levantó y se marchó canturreando:

No me mires que miran que nos miramos
y en el mirar entienden que nos queremos;
no nos miremos que,
cuando no nos miren, nos miraremos...

COMENTARIO DIDÁCTICO

Se ve obviamente que este cuento es la superposición de dos cuentos: el medieval y el moderno. La originalidad está en el primero. La mecánica de la redacción del cuento ha sido describir el medieval, y, partiendo de él, reconstruir el cuento del Presidente. Por tanto, el consejo que podemos dar al alumno que quiere aprender a escribir un cuento es que tenga un núcleo que él debe de adobar y presentar de manera propia y personal con todo lujo de detalles y complementos (condimentos) y después construir él una réplica, un doblete de ese cuento original traduciéndolo a una experiencia que él conozca y, todavía mejor, que él haya experimentado y vivido en profundidad. Lo que hemos expuesto es lo que algún didacta de cómo escribir una novela ha expuesto: lo más importante para escribir una novela es tener previamente clara la *construcción* de la novela.

Ortega y Gasset también afirmó que para escribir una novela había que tener previamente un fichero de

cosas y después irlas escribiendo. En este cuento la técnica es más sencilla: un cuento núcleo, un cuento que forma un doblete y un trabajo, un esfuerzo, para enriquecer con originalidades ambos planos. Un esfuerzo, como decía Camilo José Cela. Lo demostraba enseñando el callo, en el dedo, que le había producido la pluma. Hoy el callo nos lo podemos evitar con el ordenador, pero no el esfuerzo como el del famoso Premio Nobel.

¿Podemos afirmar que la naturaleza fabrica dobletes? ¿Los dobletes son lo más natural? Ciertamente son frecuentes en muchas esferas de la creatividad humana. En el lenguaje se llaman dobletes al par de vocablos que tiene un mismo étimo, y esos dos vocablos, generalmente uno ha llegado por vía culta y se parece más al étimo original y otro por vía popular se diferencia más del original. Un ejemplo: de *femina* en latín sale, por vía culta, en español fémina y por vía vulgar, hembra.

El alumno debe animarse a hacer dobletes literarios. Es fácil. Anímese.

19. CONTRA IRA, PACIENCIA

La tarde caía sobre el Centro histórico de la ciudad. Para conservar la atmósfera de época ya pasada, de embrujo y de tipismo, los ediles municipales acordaron, después de ensayo y error, una iluminación tenue por aquellas callejas que dio más ambiente a la peripecia que contemplamos aquella tarde.

Aquellas piedrecitas cuadradas del pavimento, el *opus reticulatum* de los romanos, habían visto pasar sobre ellas muchas generaciones y muchas clases de vehículos: el carro, el carromato, la silla gestatoria de los grandes, la carroza, la carreta, el coche de caballo, la berlina, el landó, el cupé, la calesa, la tartana, el simón, la diligencia, la galera... hasta el coche fúnebre.. Ahora para tortura y profanación de aquellas centenarias piedras había llegado el tráfico motorizado. ¡Hasta en la parte histórica de la ciudad!

—El respeto y la dignidad histórica de nuestra ciudad pide que por las calles que forman la trama antigua —decía un edil en un acalorado pleno municipal— no deben pasar vehículos motorizados.

—Es imprescindible —contraatacaba el Concejal de Tráfico y Urbanismo— pues sin el servicio de esas calles el tráfico quedará congestionado.

Total, que con sentido único y con dirección al centro de la ciudad se autorizó el paso de vehículos motorizados. Pero la señalización era inexistente pues la

ineficacia de la administración municipal la camuflaban diciendo que una señalización moderna afearía el aire histórico del entorno. No era infrecuente que dos vehículos en sentido contrario se encontrasen en la mitad de la calle que a duras penas permitía el ancho de un coche en algunos trayectos.

Y aquella tarde ocurrió: dos coches se encontraron en sentido contrario. Los dos conductores se pararon y se miraron con un gesto de súplica urbana indicándose mutuamente, en una conjunción mímica recíproca, que el que tenía que retroceder era el contrincante. El uno pensaba que el otro nada más que tiene que retroceder unos metros. Pero el otro decía: si a poco espacio hacia atrás hay una barreda (término ecijano con que se indica un ensanchamiento de la calle ante un edificio notable como un palacio). Ninguno se dio por aludido y con la calma de un ceremonial repitieron la súplica con las manos y el gesto. Pero aquella escena, ya que no hablan, no tenía que parecerse a un diálogo de sordos, ya lo era. ¿Qué hacer? Para dar más contundencia a la súplica el que conducía un coche de color verdoso se bajó y extendiendo los brazos en la dirección de la calle histórica expresaba la prevalencia de su opción.

Pero el contrincante, en un comportamiento de mimetismo conductista, se bajó también ceremoniosamente del auto y con las manos juntas en una apostura entre orante y burlona indicó al otro la única alternativa que le quedaba: retroceder.

Volvieron a sus asientos y casi como el que repite lo que está viendo, se sentaron y con gesto pensativo

empezaron a cavilar qué podían hacer. Uno cogió el teléfono como arma amenazante e imprevisible que no se sabía hasta donde podía llegar, pero después de acariciarlo con calma, lo colocó por fin en su sitio. El otro no tenía teléfono y nos privó de ver la réplica de esa amenaza telefónica.

Uno de los conductores bajó la vista, se puso el puño debajo de la barbilla y, en gesto reflexivo, aparentó cavilar profundamente. Aquella estampa evocaba toda la genialidad escultural del *Pensador* de Rodin. Pero el otro en un iterativo comportamiento de imitación se cogió la barbilla y mirando hacia arriba hizo una súplica de auxilio y protección. El silencio se hacía tenso pero se prolongaba en calma y sosiego, en paz. Por fin el primero tomó una iniciativa: bajó cuidadosamente el cristal de la ventanilla y asomó la cabeza mirando desafiantemente a su adversario de tráfico, y el otro, con imitativa y calculada calma, bajó el cristal de las dos ventanillas para tener oxígeno en orden a lo que le tocaba esperar, como un submarino que quiere tener abasto abundante de oxígeno para una prolongada y arriesgada inmersión.

—Señor, me permite que le haga una observación —declaró el primero— se trata tan sólo de aclarar la situación que para mí y para usted está resultando embarazosa. Creo que es usted el que tiene que retroceder pues es un trayecto más corto el que usted tiene que recorrer y además el sentido que yo llevo es el permitido para esta calle, y usted comprenderá que con las dimensiones de mi coche la maniobra será más complicada y peligrosa y usted comprenderá... ¿qué quiere que le diga?

—Comprendo sus razones, señor, —contestó el segundo— pero otro tanto podría decirle yo, ¡oh, el trayecto que yo tendría que ir marcha atrás! es imposible, pero solo le diré que el sentido que llevo yo es el único sentido autorizado en esta calle y además usted comprenderá...¡qué quiere que le diga?

Con esa manera de razonar y comportarse se llegó a una especie de empate a puntos y la situación parecía estabilizada. Para salir del impase el segundo pretendió tomar una mayor iniciativa y protagonismo, se apeó del coche y con la vista estuvo midiendo el pasaje: miró adelante, miró atrás, rodeó su coche y el de su adversario vial. Mientras tanto éste hacía otro tanto como intentando no perder ventaja en el pugilato vial emprendido.

—Está usted sin iniciativa y ya puede ir tomando la iniciativa de retroceder. Mire, el sol ya declina y la noche es mala consejera (y esto dicho como amenaza).

—Yo no he de retroceder —contestó el segundo empezando a subir los decibelios— es cuestión de principios, es cuestión de justicia, y yo soy muy celoso de mis derechos. ¿Yo darme por vencido? Nunca jamás. Eso nunca lo haré ¿Usted pretende amenazarme? ¡No sabe usted con quien está hablando!

Y después de pronunciar las últimas palabras, con gritos destemplados, se volvió a sentar en su auto, dando a entender que nunca retrocedería. Poco después, aparentado un autodominio y serenidad que no poseía, sin decir una palabra, se bajó de su auto, abrió el maletero bien desordenado y se puso a buscar hasta que encontró un libro voluminoso y lujosamente encuadernado

y en silencio con él en el pecho como si fuese un escudo invulnerable, se sentó de nuevo en su coche y lo colocó en la guantera como el que va acumulando un arsenal de municiones para el combate.

Por lo visto segregaba adrenalina en cantidades industriales y todo nervioso empezó a tocar el pito como una señal de alarma, primero a cortos intervalos, después un pitido insistente que se clavaba en los oídos y nunca acababa. Pero sí acabó y entonces el primero intentó hacer un dúo y empezó una clase de solfeo destemplado con el claxon de su coche.

La gente que pasaba empezó a pararse. En las ventanas y balcones de las casas contiguas "empezaron a ser puestos mulieres e varones", como en Burgos del Cid Campeador, aquello se animaba y se oyeron las primeras preguntas y comentarios.

—¿Otra vez el mismo conflicto?

—Se han puesto a dar gritos y dicen que no retrocede ninguno de los dos.

—La culpa la tiene el ayuntamiento. ¿No hemos pedido ya que esta calle sea peatonal?

—Yo, por eso, no voto a estos concejales. Con mi voto que no cuenten.

—¡Hay que ver! Ya no hay ni autoridad. ¿Dónde están los municipales? O será porque no pagamos bastantes impuestos.

—Esto va de mal en peor. Ya lo decía mi madre que en gloria esté

El primero se bajó del coche y se plantó en actitud desafiante. El segundo le correspondió, se colocó a una calculada distancia con el mismo gesto arrogante. Un corto silencio se hizo tenso y amenazante.

El primero: Doy el ultimátum, yo no he de retroceder, es mi última y definitiva palabra.

Un transeúnte que era psicólogo llegó y pensó que aquello era interesante como una película de Fellini, esto no me lo pierdo, esto me sirve para mis estudios y empezó a filmar la escenita con un vídeo.

El segundo: Pues yo no he de retroceder, usted verá lo que hace, pero la multa será para usted que es un ciudadano incivil y testarudo. ¿Habrase visto?

Y este segundo, como el que dispara el último cartucho. Se dirigió al coche muy decidido y cogió el librote que había puesto en la guantera y se presentó ante su contrincante y le mostraba el libro como un arma arrojadiza y le decía que él se pondría a leerlo y muy despacito y que no retrocedería. Subía el tono de la voz y se creyó que su adversario ya se daría por vencido.

Para más enfatizar la amenaza dijo:

—Sepa usted que se trata de la *Di-vi-na Co-me-dia* de Dan-te A-li-ghie-ri. Y cuando llegue al Infierno, sepa usted, que escribiré el canto trigésimo quinto donde aparecerá usted con pelos y señales.

El primero manifestó una gran calma que fue interpretada por el segundo como una rendición, pero, todo lo contrario, con parsimonia se limitó a decirle:

—Lea usted, señor, lea y lea despacito la Di-vi-na Co-me-dia de Dan-te A-li-ghie-ie con toda calma y componga ese canto trigésimo quinto pero le suplico un favor.

Se hizo un silencio lleno de curiosidad. Unos interpretaban que se trataba, por fin, de una rendición, otros pensaron, por lo menos, en un arreglo. El contrario preguntó con sorna:

—¿De qué favor se trata?

—Pues le pido encarecidamente que cuando acabe de leer la *Di-vi-na Co-me-dia* de Da-te A-li-ghie-ri, con una reposada lectura, me la preste a mí para que yo pueda leerla. Recuerdo muy bien cómo empieza esa obra inmortal, el poema más genial de todos los poemas:

Nel mezo del camin de nostra vita
mi ritrovai per una selva oscura,
che la diritta via era emarrita.

Pero lo que no recuerdo es cómo acaba la Di-vi-na Co-me-dia de Dan-te A-li-ghie-re y usted me ha intrigado y ya estoy curioso e intranquilo hasta que conozca las palabras del último verso. ¡Ah! Y sepa que yo también escribiré un nuevo canto pero será el trigésimo quinto canto del *Purgatorio*. Podrá usted ver cómo soy más indulgente y educado que usted. Me limito a enviarle al Purgatorio, nada de Infierno.

Al día siguiente en la prensa provinciana local los periodistas ávidos de noticias, que se tenían que conformar con un parto triple o un accidente de tráfico espectacular, aquella mañana enfatizaron humorísticos comentarios sobre lo ocurrido en la calle de sentido único pero de discusiones múltiples y un periodista tituló su comentario **Contra ira, paciencia,** presentando como proverbial la paciencia de ambos conductores. En el Mercado de Abastos las mujeres estaban todas curiosas y entretenidas comentando el caso. De boca en boca se transmitían la anécdota y una exclamaba: "Ya quisiera yo un poquito de esa paciencia para mi hombre". (Risas y comentarios).

COMENTARIO DIDÁCTICO

Los temas para empezar a escribir y para enseñarse uno mismo a escribir han de escogerse entre los temas más frecuentes, los temas más triviales, los temas de los que todo el mundo habla y comenta y da su opinión y se cree capaz de discutir sus ideas y creerlas prevalentes sobre las ideas de los demás. De esos temas los alumnos tendrán algo que decir pues ellos están diariamente machacados por los medios de comunicación y por los comentarios de sus compañeros y de su propia familia.. Este cuento es el tráfico pero tan tratado como este tema está el cambio climático, la droga y sus problemas, la movida juvenil, los exámenes y su picaresca, los apuntes, las excursiones, los viajes, el veraneo, los deportes, etc., etc.

Esos temas presentados, con esa simplona enumeración tienen el peligro de declinar en algún escrito que no sea un cuento. Ahí estará el ingenio y el esfuerzo del alumno en elaborar la construcción de un cuento. Para evitar ese peligro de que lo que escriba el alumno no sea un cuento, puede actuar la orientación personalizada del profesor.

Con todo, si el alumno escribe sobre esos temas algo que no llega ser un cuento, no hay que desanimarse, ya ha avanzado, y no poco, en cuanto que ya se ha decidido a escribir. Primero escribir, sea este intento lo inicial, después vendrá saber escribir algo en el género literario que se ha escogido. Al pretender escribir un cuento, los alumnos deben también valerse del principio de investigación que excluye el desánimo: *Ensayo y error.*

BIBLIOGRAFÍA ACONSEJADA

Como el colectivo de cuentos publicados, a través de los siglos y en todas las lenguas y culturas, es muy abundante y consecuentemente las antologías de cuentos, son muy numerosas, sólo queremos dar unas breves pistas:

PARA EL ARTE DE ESCIBIR:

CASASECA, S.: *Talleres de escritura. La estética del lenguaje escrito.* Madrid, Narcea, 2000.

SÁNCHEZ LOBATO, JESÚS (Coord.): *Saber escribir.* Madrid, Instituto Cervantes, Aguilar, 2008.

ZAPATA, ÁNGEL: *La práctica del relato. Manual de estilo literario para narradores.* Madrid, Ediciones y Talleres de Escritura Creativa Fuentetajo, 1997.

PARA EL ARTE DE ESCRIBIR UN CUENTO:

1. IMIZCOZ, TERESA: *Manual para cuentistas: el arte y el oficio de contar historias.* Barcelona, Península, 1999.
2. PROPP, VLADIMIR: *Morfología del cuento*. Móstoles, Akal bolsillo, 1985.

En los libros de texto, principalmente en los del Curso de Orientación Universitaria, COU, que hoy corresponde al 2º curso del Bachillerato español hay interesantes sugerencias para cómo escribir un cuento. Sólo mencionemos uno:

3. CARMEN PLEYÁN: *Lenguaje. COU*. Barcelona, Teide, 1978. En concreto, pp. 161-172.

PARA LA HISTORIA DEL GÉNERO LITERARIO CUENTO EN ESPAÑA

EGUÍA, CARLOS: *El cuento.* Madrid. Publicaciones Españolas. Temas Españoles, nº 297. 1957.

PARA LEER EN CLASE CUENTOS Y ACONSEJAR A LOS ALUMNOS

1. ANDERSEN, HANS CHRISTIAN (1805-1875): *Cuentos de …* Barcelona, Editorial Juventud, 1941. Este maestro de la literatura cuentista atrae por su belleza e ingenuidad y es muy apto para motivar a los alumnos.

2. BUCAY, JORGE (1949-): *Cuentos para pensar.* Barcelona, Del Nuevo Extremo RBA integral, 2003, 8ª ed. Este interesante libro que representa un nuevo estilo de cuentos para pensar sugiere también que el concepto de cuento se puede entender de una forma muy elástica lo que puede ayudar a escritores debutantes de cuentos. Muchos cuentos de Bucay son descaradas invitaciones a pensar.

3. CALVINO, ITALO (1923-1985): *Cuentos fantásticos del XIX* [Obra completa]. Ediciones Ciruela, S.A.

4 . CHEJOV, ANTÓN PAVLOVICH (1860-1904). *Cuentos de …*: Editors. S.A. 1988

5. CHESTERTON, GILBERT KEITH (1874-1936): *Cuentos del arco largo.* Bercelona, Ediciones Lauro, 1943.

6.IBSEN, HENRIK (1828-1906): En la escala de autores de cuentos a nivel mundial, en 2006 hemos celebrado el

primer centenario de la muerte de Henrik Ibsen cuyos cuentos son de fácil encuentro en sus diversas ediciones. El centenario de un autor es otra oportunidad de refuerzo de motivación.

7. IRVING, WASHINTONG (1782-1859): *Cuentos de la Alambra*. Granada, Miguel Sánchez Editor, 1984. Como nuestro libro ha sido pensado en Granada, no podemos dejar de aconsejar este libro de Irving. Con más exactitud diríamos que es un libro de viaje, en el clima romántico del siglo XIX, pero es un libro muy sugerente para que los alumnos puedan comprobar cómo de una narración que le hacían a Washintong Irving él reconstruía un cuento con extraordinaria maestría. Imite el alumno ese artificio de producir un cuento. Es un autor modélico y ameno.

8. PER(R)AULT, CHARLES (1628-1703): *Cuentos completos de* ... Madrid, Anaya, 1997.

9. La colección de cuentos finalistas en cada concurso anual Hucha de Oro que la Confederación Española de Cajas de Ahorro publica desde 1966. Madrid.

ANTOLOGÍA DE CUENTOS FAMOSOS

MENÉNDEZ PIDAL, GONZALO Y BERNIS, ELENA: *Antología de cuentos de la literatura universal.* Barcelona, Labor, 1958.

EN BIBLIOTECA SONORA

Canarias en cuento. Biblioteca Sonora de Canarias. www.sinpromi.es/biblioteca

Parece que los historiadores están de acuerdo en que durante la Edad Media se enseñaba a escribir como pieza fundamental de la formación impartida. Con la llegada de la Edad Moderna la enseñanza de la Rhetorica se intensifica. ¿En el siglo XX el enseñar a escribir ha ido en regresión? Ahora, más que lamentar males y exhortar a bienes en el mundo docente, de lo cual ya hay bastante, lo que pretendemos es presentar una modesta experiencia de cómo enseñar a escribir. Hay primeramente que entusiasmar a los alumnos con el ejercicio de la escritura personal, original, creativa. El entusiasmo es un bien escaso. Un recurso para entusiasmar al alumno, que tenemos confirmado durante diecinueve años, es invitarlo a que participe en un concurso de escritura de cuentos. En este libro incorporamos esos diecinueve cuentos presentados al Concurso de Cuentos HUCHA DE ORO. Cada cuento va completado de un comentario didáctico para entusiasmar a los alumnos.

